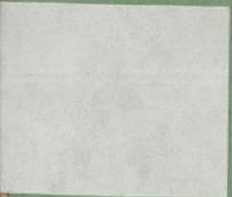


Reg^{do} al folio 41 v. 71 de
arriunto

7140



7109

contrate un empréstito destinado á cubrir el déficit de los ayuntamientos, para subvencionar á los ayuntamientos de su jurisdicción la redencion de que disfrutaban emitiendo al efecto de 500 pesetas cada una dicha suma.

Art. 2.º El empréstito se emitirá en dos emisiones de 250 pesetas cada una, á juicio de la Junta de Emision, verificándose por medio de la Comision pública ó negociacion pública de la propia corporacion, dando de toda cuenta á la Junta de Emision, previa la aprobacion de la Junta de Emision, se ha de verificar.

El mismo carácter y en iguales condiciones podrán conceder los que se pidan por los ayuntamientos y diputaciones provinciales para servicios de su incumbencia y de utilidad pública, como son: hospitales, hospicios, casas de maternidad, establecimientos de instruccion, cárceles, casas consistoriales, iglesias parroquiales, cementerios, escuelas prácticas de agricultura y otros establecimientos de igual ó parecida índole, dedicados al fomento de cualquier ramo de instruccion ó de riqueza pública.

Art. 3.º Cuando los referidos edificios y terrenos se pidan por individuos ó empresas particulares para alguno de aquellos objetos, ó por los ayuntamientos y diputaciones provinciales

de este género ocurriese, debe V. S., señor gobernador, atenderse para dirimirlos á la siguiente regla; consulte detenidamente la letra de la razon de la ley constitucional, compare su espíritu con el del caso á que haya de aplicarse; y de resultar confusion ó incertidumbre, *inmense á resolver en el sentido más favorable á la libertad, ya individual, ya colectivo, y á la amplitud en el ejercicio de los derechos políticos.* Obedeciendo á este criterio, que es el del poder ejecutivo, puede contar V. S. con grandes probabilidades de acierto, y de seguro con fallo propicio de la opinion que, así guiada, la misma secundará los deseos de las autori-

47-4267

12123
601847

EL LIBRO

DE LA

LECTURA.

TROZOS EN PROSA Y VERSO, ESCOGIDOS DE ENTRE LOS
MEJORES AUTORES CASTELLANOS,

POR

Don Matias Gusch y Palmer,

profesor de 1.ª enseñanza elemental.

PROSA.

M. 150

PALMA.

LIBRERÍA DE J. M. MONTANER É HIJOS,
frente de San Nicolás número 23.

1869.

... de ...

Al profesorado de primera enseñanza de las Baleares.

Desde muy antiguo se han usado trozos escogidos en prosa y verso de los mejores escritores castellanos para el perfeccionamiento de la lectura. Recomendables colecciones existen; mas todas ellas de un precio demasiado subido para que puedan adquirir ninguna de ellas la mayor parte de los niños que concurren á las escuelas de instruccion primaria.

El deseo, pues, de evitar este inconveniente, nos ha inducido á publicar esta coleccion, que á la par que llena el objeto de otras mas estensas, se hace asequible, por su módico precio, á todas las clases en general.

Si esa respetable clase á quien la dedicamos, como á encargada de la instruccion primaria, acepta benevolamente este sencillo trabajo, quedarán cumplidas nuestras aspiraciones.

MATÍAS BOSCH.

Al profesorado de primera enseñanza de las Baleares.

Desde muy antiguo se han usado libros escogidos en prosa y verso de los mejores escritores castellanos para el perfeccionamiento de la lectura. Hecundables colecciones existen; mas todas ellas de un precio demasiado subido para que puedan admitir ninguna de ellas la mayor parte de los niños que concurren á las escuelas de instrucción primaria.

El deseo, pues, de evitar este inconveniente, nos ha inducido á publicar esta colección, que á la par que llena el objeto de otras mas estensas, se hace asequible, por su módico precio, á todas las clases en general.

Si esa respetable clase á quien la dedicamos, como á encargada de la instrucción primaria, aceptará benevolamente este sencillo trabajo, quedarán cumplidas nuestras aspiraciones.

Matias Bosch.

TROZOS EN PROSA

ESCOGIDOS

DE ENTRE LOS MEJORES AUTORES CASTELLANOS.

Soliloquio de D. Quijote, cuando hizo la primera salida de su aldea.

¿Quién duda, sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana de esta manera:

«Apénas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apénas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora, que por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero D. Quijote de la Mancha, dejando la ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba,) y añadió diciendole: Dichosa edad y siglo dichoso aquel, adonde sal-

drán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista de esta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras.»

Soliloquio de Sancho yendo al Toboso en busca de Dulcinea.

Sentándose al pié de un árbol comenzó á hablar consigo mismo y á decirse; sepamos agora, Sancho hermano, adonde va vuesa merced. ¿Va á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adonde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quien la vais á buscar? De parte del famoso caballero D. Quijote de la Mancha, que desfaca los tuertos, y da de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habeisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás. ¿Y pareceos que fue-

ra acertado y bien hecho, que si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus Princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon, cuando no considerasen que soy mandado, y que *«mensajero sois, amigo, no mereceis culpa, no.»* No os fieis en eso, Sancho, porque la genta manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura. Oxe... allá darás rayo: no sino ándeme yo buscando tres piés al gato por el gusto ageno, y mas que así será buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Marica por Ravena, ó al Bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mí en esto, que otro no. Ahora bien, todas las cosas tienen remedio, sino es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice: dime con quien andas, decirte he quien eres; y el otro de: no con quien naces sino con quien paces. Siendo, pues, loco como lo es, y de locura que las mas veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco,

como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos, dromedarios, y las manadas de carneros, ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea, y cuando él no lo crea juraré yo, y si él jurare tornaré yo á jurar, y si porfiare porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere, quizá con esta porfia acabaré con él que no me envíe otra vez á semejantes mensajerías, viendo cuan mal recado le traigo dellas, ó quizá pensará, como yo imagino, que algun mal encantador, destos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.

CERVANTES SAAVEDRA. (MIGUEL DE)

*Razonamiento de Hernan Cortés á sus soldados,
animándolos para la empresa de Méjico.*

Cuando considero, amigos y compañeros míos, como nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad; cuántos estorbos y persecuciones dejamos atrás, y como se nos han deshecho las dificultades; conozco la mano de Dios en esta obra que emprendemos, y entiendo que en su altísima providencia es lo mismo favorecer los principios, que prometer los sucesos.

Su causa nos lleva y la de nuestro rey, que tambien es suya, á conquistar regiones no conocidas; y ella misma volverá por sí, mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos; combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles, batallas desiguales, en que habreis menester socorremos de todo vuestro valor: miserias de la necesidad, inelemeacias del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres, y tan hijo del corazon como el primero: que en la guerra mas veces sirve la paciencia que las manos; y quizá por esta razon tuvo Hércules el nombre de invencible y se llamaron trabajos sus hazañas. Hechos estais á padecer y hechos á pelear en esas islas, que dejais conquistadas: mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía: que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. La antigüedad pintó en lo más alto de los montes el templo de la fama, y su simulacro en lo más alto del templo: dando á entender, que para hallarla, aun despues de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos. Pocos somos; pero la union multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere: una la mano en la ejecucion; comun la utilidad y comun la gloria en lo que se conquistare.

Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados. Más tendreis que obedecer en mi ejemplo, que en mis órdenes; y puedo aseguraros de mí, que me basta el ánimo á conquistar un mundo entero, y aun me lo promete el corazón con no sé que movimiento extraordinario, que suele ser el mejor de los presagios. Alto, pues, á convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mia, pues se funda en que os tengo á mi lado, y dejo de fiar de mí lo que espero de vosotros.

*Del mismo á sus soldados animándolos á la batalla
contra Pánfilo de Narvaez.*

— Esta noche, amigos, ha puesto el cielo en nuestras manos la mayor ocasion que se pudiera fingir nuestro deseo: vereis ahora lo que fio de vuestro valor, y yo confesaré que vuestro mismo valor, hace grandes mis intentos. Poco ha que aguardábamos á nuestros enemigos, con esperanza de vencerlos al reparo de esa ribera: ya los tenemos descuidados y desunidos, militando por nosotros el mismo desprecio con que nos tratan. De la impaciencia vergonzosa con que desampararon la campaña, huyendo esos rigores de la noche, peque-

ños males de la naturaleza, se colige como estarán en el sosiego unos hombres, que le buscaron con flojedad y le disfrutaban sin rezeló. Narvaez entiende poco de las puntualidades á que obligan las contingencias de la guerra. Sus soldados por la mayor parte son bisonos, gente de la primera ocasion, que no ha menester la noche para moverse con desacierto y ceguedad: muchos se hallan desobligados ó quejosos de su capitan: no faltan algunos á quien debe inclinacion nuestro partido, ni son pocos los que aborrecen como voluntario este rompimiento; y suelen pesar los brazos, cuando se mueven contra el dictámen ó contra la voluntad. Unos y otros se deben tratar como enemigos hasta que se declaren, porque si ellos nos vencen, hemos de ser nosotros los traidores. Verdad es, que nos asiste la razon, pero en la guerra es la razon enemiga de los negligentes, y ordinariamente se quedan con ella los que pueden más. A usurparos vienen cuanto habeis adquirido: no aspiran á menos que hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras haciendas, y de vuestras esperanzas: suyas han de llamar vuestras victorias: suya la tierra que habeis conquistado con vuestra sangre: suya la gloria de vuestras hazañas: y lo peor es, que con el mismo pié, que intentan pisar nuestra cerviz, quieren atropellar el servicio de nuestro rey, y atajar los progresos de nuestra religion; por-

que se han de perder, si nos pierden; y siendo suyo el delito, han de quedar en duda los culpados. A todo se ocurre, con que obreis esta noche como acostumbrais: mejor sabreis ejecutarlo que discurrirlo: alto á las armas y á la costumbre de vencer: Dios y el rey en el corazón: el pundonor á la vista y la razón en las manos; que yo seré vuestro compañero en el peligro, y entiendo menos de animar con las palabras, que de persuadir con el ejemplo.

SOLIS. (D. ANTONIO DE)

De un Germano al Senado de Roma.

Los tristes hados lo permitiendo y nuestros sañudos dioses nos desamparando, fué tal nuestra desdicha, y mostróse á vosotros tan favorable ventura, que los superbos capitanes de Roma tomaron por fuerza de armas á nuestra tierra de Germania; y no sin razón digo, que á la sazón estaban de nosotros nuestros dioses sañudos, porque si nosotros tuviéramos á nuestros dioses aplacados, excusado era pensar vosotros vencernos. Grande es vuestra gloria, oh Romanos, por las victorias, que habeis habido, y por los triunfos, que de muchos reinos habeis triunfado; pero mayor será vuestra infamia en los siglos advenideros por las crueldades, que habeis hecho: porque os hago saber, si no lo sa-

beis, que al tiempo que los truanes van delante de los carros triunfales, diciendo, *viva, viva la invencible Roma*, por otra parte los pobres captivos van en sus corazones diciendo á los dioses: *justicia, justicia*.

Ha sido, Romanos, tan grande vuestra codicia de tomar bienes ajenos, y fué tan desordenada vuestra soberbia de mandar en tierras extrañas, que ni la mar vos pudo valer en sus abismos, ni la tierra vos pudo asegurar en sus campos. ¡Oh qué gran consolacion es para los hombres atribulados pensar y tener por cierto, que hay dioses justos, los cuales les harán justicia de los hombres injustos! Porque de otra manera, si los atribulados no tuviesen por cierto, que de sus enemigos los dioses no tomasen venganza, ellos mismos á sí mismos quitarian la vida. Es mi fin decir esto, porque yo espero en los justos dioses, que como vosotros á sin razon fuisteis á echarnos de nuestras casas y tierras, otros vernán, que con razon os echen á vosotros de Italia y Roma. Allá en mi tierra de Germania tenemos por infalible regla, que el hombre que toma por fuerza lo ajeno pierde el derecho, que tiene á lo suyo propio; y espero en los dioses, que esto que tenemos por proverbio en aquella patria, terneis por experiencia acá en Roma.

Oid, Romanos, oid esto que vos quiero decir, y plegue á los dioses que lo sepais entender: porque

de otra manera yo perderia mi trabajo, y vosotros no sacaríades de mi plática algún fruto. Yo veo, que todos aborrecen la soberbia, y ninguno sigue la mansedumbre: todos condenan el adulterio, y á ninguno veo continente: todos maldicen la intemperancia, y á ninguno veo templado: todos loan la paciencia, y á ninguno veo sufrido: todos reniegan de la pereza, y á todos veo que huelgan: todos blasfeman de la avaricia, y á todos veo que roban. Una cosa digo, y no sin lágrimas lo digo publicamente en este Senado; y es que con la lengua todos los más blasonan de virtudes, y despues con todos sus miembros sirven á los vicios...

Pregúntoos, Romanos, ¿qué accion teníades vosotros siendo criados cabe el rio Tiberin, á nosotros, que nos estábamos en paz á las riberas del Danubio? ¿Por ventura visteisnos de vuestros enemigos ser amigos, ó á nosotros declararnos por vuestros enemigos? ¿Por ventura oisteis acá en Roma decir, que dejadas nuestras tierras propias, nos fuimos á conquistar tierras ajenas? ¿Por ventura fuisteis avisados, que levantándonos contra nuestros señores, dimos la obediencia á los indómitos bárbaros? ¿Por ventura enviásteisnos algun embajador, que nos convidase á ser vuestros amigos, ó vino alguno de nuestra patria á Roma, á desafiarnos como á nuestros enemigos? ¿Por ventura murió algun rey en nuestros reinos, que en su testamento vos de-

jase por herederos, para que con aquel título nos constriñiédes á ser vuestros vasallos? ¿Por ventura hallasteis alguna ley antigua ó alguna costumbre moderna, en la cual se aclare, que la generosa Germania de necesidad ha de ser sujeta á Roma la superba? ¿Por ventura destruimos vuestros ejércitos, tajamos vuestros campos, saqueamos vuestros pueblos, dimos favor á vuestros enemigos, para que por ocasion de vengar estas injurias, destruyédes á nuestras tierras? Si vosotros de nosotros, ó nosotros de vosotros hubiésemos sido vecinos, no fuera maravilla, que unos á otros nos destruyéramos; porque muchas veces acontece, que por ocasion de partir una pobre tierra, se levanta entre dos pueblos una prolija contienda.

No por cierto hubo cosa de estas entre vosotros los Romanos y nosotros los Germanos, porque allá en Alemania tan aina sentimos vuestra tiranía como oímos vuestra fama. Si os enojais de esto que os he dicho yo os ruego que os desenojeis con esto que os diré, y es, que el nombre de Romanos y las crueldades de tiranos en un dia llegaron á nuestros pueblos. Ya no sé que me diga, Romanos, del descuido de los dioses y del atrevimiento de los hombres; porque veo, que el que tiene mucho, tiraniza al que tiene poco; y el que tiene poco, sirve, aunque no quiera, al que tiene mucho; y la codicia desordenada se concierta con la malicia secreta; y la mali-

extranjeros, pues quebrantais las leyes de vuestros antepasados?...

Pues fué vuestra dicha y cupo en nuestra desgracia, que la superba Roma fuese señora de nuestra Germania, ¿es verdad que nos guardais justicia y teneis en paz y en tranquilidad la tierra? No por cierto, sino que los que van allá nos toman la hacienda, y los que estais acá nos robais la fama, diciendo que pues somos una gente sin ley, sin razon y sin rey, que como bárbaros incógnitos nos pueden tomar por esclavos. Muy engañados vivís en esto caso, Romanos: ca no me parece que con razon nos pueden llamar gente sin razon; pues tales cuales nos criaron nuestros dioses, nos estamos en nuestras casas propias, sin desear ni buscar ni tomar tierras ajenas. Con mucha más razon podemos decir ser vosotros gente sin razon; pues no contentos con la dulce y fértil Italia, os andais derramando sangre por la tierra. Que digais nosotros merecer ser esclavos á causa que no tenemos príncipe que nos mande, ni Senado que nos gobierne, ni ejército que nos defienda; á esto os respondo que pues no tenjamos enemigos, no curábamos de ejércitos, y que pues era cada uno contento con su suerte, no tenjamos necesidad de superbo Senado que gobernase; que siendo, como eramos todos iguales, no consentjamos haber entre nosotros príncipes; porque el oficio de los príncipes es suprimir á

los tiranos y conservar en paz á los pueblos....

Bien pensareis que he dicho todo lo que habia de decir, y por cierto no es así: antes me quedan que decir algunas cosas, de las cuales tomareis mucho espanto en oirlas; y sed ciertos que yo no terné miedo en decirlas, pues vosotros no teneis vergüenza en hacerlas... No lo habiades de hacer así, Romanos; sino que la tierra tomada por fuerza, aquella habia de ser muy mejor regida; porque los míseros captivos, viendo que les administran recta justicia, olvidarian la tiranía pasada y domeñarían sus corazones á la servidumbre perpétua... ¡Oh crudos Romanos! no sé si sentís algo de lo que nosotros sentimos, en especial yo que lo digo vereis como lo siento, pues solo de traerlo á la memoria, mis ojos se enternecen, mi lengua se entorpece, mis miembros se descoyuntan, mi corazon se desmaya, mis entrañas se abren, mis carnes se consumen; ¿qué será allá, decidme, en mi tierra, verlo con los ojos, oirlo con los oidos y tocarlo con las manos?... ¡Oh secretos juicios de los dioses! y si como soy obligado á loar vuestras obras, tuviese licencia de condenarlas, osaria decir que nos haceis mucho agravio en querernos perseguir por manos de tales jueces; los cuales, si justicia hubiese en el mundo, cuando nos castigan con sus manos, no merecian tener las cabezas sobre sus hombros.

GUEVARA. (RMO. SR. D. ANTONIO DE).

*De D. Fernando el Zaguer á los Moriscos de la
Alpujarra, exhortándolos á levantarse contra
los Españoles.*

Mándannos que no hablemos nuestra lengua: no entendemos la castellana: ¿en qué lengua habemos de comunicar los conceptos, y pedir ó dar las cosas? sin que no puede estar el trato de los hombres; aun á los animales no se vedan las voces humanas. ¿Quién quita que el hombre de lengua castellana no pueda tener la ley del Profeta? ¿y el de la lengua morisca la ley de Jesus? Llaman á nuestros hijos á sus congregaciones y casas de letras: enséñanles artes que nuestros mayores prohibieron aprenderse, porque no se confundiese la puridad y se hiciese litigiosa la verdad de la ley. Cada hora nos amenazan quitarlos de los brazos de sus madres, y de la crianza de sus padres, y pasarlos á tierras ajenas, donde olviden nuestra manera de vida y aprendan á ser enemigos de sus padres. Mándannos dejar nuestro hábito, vestir el castellano: vistense entre ellos los tudescos de una manera, los franceses de otra, los griegos de otra, los frailes de otra, los mozos de otra, y de otra los viejos: cada nacion, cada profesion y cada estado usa su manera de vestido, y todos son cristianos; y nosotros moros, porque vestimos á la morisca, como si trujésemos la ley en el vestido.

y no en el corazón. Las haciendas no son bastantes para comprar vestidos para dueños y familias: del hábito que traíamos no podemos disponer, porque nadie compra lo que no ha de traer; para traello es prohibido, para vendello es inútil; cuando en una casa se prohibiere el antiguo, y comprares el nuevo del caudal que teníamos para sustentarnos, ¿de qué viviremos? Si queremos mendigar, nadie nos socorrerá como á los pobres, porque somos pelados como ricos; nadie nos ayudará, porque los moriscos padecemos esta miseria y pobreza, que los cristianos no nos tienen por prójimos; nuestros pasados quedaron tan pobres en la tierra de las guerras contra Castilla, que casando su hija el Alcaide de Loja, grande y señalado capitán, que llamaban Aliatar, deudo de algunos de los que aquí nos hallamos, hubo de buscar vestidos prestados para la boda. ¿Con qué hacienda, con qué trato, con qué servicio ó industria, en qué tiempo adquiriremos riqueza para perder unos hábitos y comprar otros? Quitarnos el servicio de los esclavos negros; los blancos no nos eran permitidos por ser de nuestra nación; habiamoslos comprado, criado, mantenido, ¿esta pérdida sobre las otras? ¿Qué harán los que no tuvieren hijos que los sirvan, ni hacienda con que mantener criados, si enferman, si se inhabilitan, si envejecen, sino prevenir la muerte? Van nuestras mugeres, nuestras

hijas tapadas las caras, ellas mismas á servirse y proveerse de lo necesario á sus casas; mándanles descubrir los rostros: si son vistas, serán codiciadas y aun requeridas, y veráse quien son, que dieron la avilanteza al atrevimiento de mozos y viejos. Mádannos tener abiertas las puertas, que nuestros pasados con tanta religion y cuidado tuvieron cerradas; no las puertas, sino las ventanas y resquicios de casa. ¿Hemos de ser sujetos de ladrones, de malhechores, de atrevidos y desvergonzados adúlteros? ¿y que estos tengan dias determinados y horas ciertas, cuando sepan que pueden hurtar nuestras haciendas, ofender nuestras personas, violar nuestras honras? no solamente nos quitan la seguridad, la hacienda, honra, el servicio; sino tambien los entretenimientos, así los que se introdujeron por la autoridad, reputacion y demostraciones de alegría en las bodas, zambras, bailes, músicas, comidas; como los que son necesarios para la limpieza, convenientes para la salud. Vivirán nuestras majeres sin baños (introduccion tan antigua,) veránlas en sus casas tristes, sucias, enfermas: donde tenían la limpieza por contentamiento, por vestido, por sanidad.

HURTADO DE MENDOZA

Oración inaugural en la apertura del Instituto Asturiano.

Si, señores: la deuda que contraemos hoy es inmensa, porque lo es en el valor el don con que nos ha enriquecido nuestro buen Rey. ¿Hay por ventura sobre la tierra cosa más noble ni más preciosa que la sabiduría? Pues ved aquí que Carlos IV quiere domiciliarla entre vosotros. Ya no tendreis que abandonar vuestra patria para alcanzarla, ni que peregrinar en pos de ella, buscándola, como Pitágoras, en países remotos. Este Instituto de enseñanza, que ahora inauguramos, es un monumento que su mano benéfica levanta á las ciencias para que en él sean perpétuamente cultivadas y honradas. Aquí tendrán siempre alimento y morada; y los depositarios de su doctrina se ocuparán continuamente en derramar sobre este suelo su luz y sus tesoros.

¿Y qué otro don pudiera ser más digno de vuestro reconocimiento? Sin duda que entre cuantos puede hacer á sus pueblos un monarca justo, ninguno es tan grande, tan provechoso como la ilustracion. Si le quereis estimar justamente, pensad en los males que ha desterrado del mundo, y volved un instante los ojos á aquellos infelices pueblos, que yacen sumidos todavía en su ignorancia primitiva. La tierra no produce para ellos sino male-

zas y abrojos. Pobres y vagabundos sobre ella, tienen que disputar con las fieras el suelo que pisan, las grutas en que moran, y hasta el grosero alimento de que viven y se mantienen. ¿Qué artes acuden, no ya á la satisfaccion de sus deseos sino al socorro de sus necesidades? O condenados á sufrir el continuo estímulo de tan punzantes privaciones, ¿qué esperanzas, qué ideas de resignacion y consuelo pueden conservar la paz y tranquilidad de su espíritu? ¿Hay por ventura espectáculo más triste, que ver sujeto y esclavizado á la naturaleza el hombre que nació para enseñorearla? Y he aquí porqué la instruccion de los pueblos fué entre los sábios de la antigüedad el primer objeto de la legislacion. Desde Confucio á Zoroastro, y desde Solon hasta Numa Pompilio, cultivar el espíritu y formar el corazon de los hombres fué el grande fin de las instituciones políticas. Leed los fragmentos de sus leyes, y los hallareis más henchidos de máximas de educacion, que de reglamentos de policia. Todas se dirigen á engrandecer las almas; y si algunas á perfeccionar las facultades fisicas del cuerpo, endureciéndole y acostumbrándole á la agilidad y á la fatiga, era solo para arraigar en los ciudadanos aquellas dos grandes virtudes sobre que descansan los estados: el valor, como primer apoyo de la seguridad pública; y el amor al trabajo como primera fuente de la felicidad individual.

Tal era entonces, tan sencillo y sublime el carácter de la sabiduría. La moral pública y privada era su único objeto. Este solo estudio ilustró á tantos hombres célebres: este solo mereció la aplicacion y las vigiliass de tantos legisladores y filósofos. Por él fueron afirmadas y ennoblecidas las antiguas repúblicas; por él exaltadas las almas de sus ciudadanos; y por él engendradas aquellas altas virtudes, que arrebatan todavía nuestra admiracion, y que darán eterno testimonio de la excelencia de su sabiduría.

¡Plugiera á Dios, amados compatriotas, que en este dia, consagrado á la verdad y á la utilidad pública, no tuviese yo que proponer otro estudio á vuestra aplicacion! ¡Plugiera á Dios, que en él solo se afianzasen todavía la seguridad de los Estados, y la fortuna de sus miembros! ¡Plugiera á Dios que en la presente corrupcion de ideas y costumbres rayase á lo menos la esperanza de recobrar algun dia aquella inocente y venturosa sencillez! Entónces la sabiduría, que reinó en medio de ella, fuera el primero, fuera el único objeto de mis exhortaciones. Entónces temeroso de corromperla, ó de alejarla de nuestro suelo, y señalando con el dedo los augustos aledaños que le circunscriben, «volved, os diria, volved los ojos á esas rocas altísimas que se levantan al Mediodía, y ved en ellas el valladar inaccesible que la naturaleza interpusó para separaros

del resto de la tierra. Tended la vista al proceloso mar Cantábrico, y ved en esas olas bramadoras, que baten el cimiento de vuestras moradas, el terrible límite que señaló á vuestra ambicion. Allende de estas eternas barreras no encontrareis sino mónstruos y peligros. Guardaos de traspasarlas en busca de una felicidad que la Providencia colocó más cerca de nosotros. Miradlas más bien como términos señalados á la division de vuestros pueblos para reducir la esfera de su trabajo y sus deseos, para reconcentrarlos en el seno de sus familias, y para estrechar más y más aquellos tiernos vínculos que las hacen venturosas. No aspireis á otra felicidad; no aspireis á otra sabiduría, que á la que puede asegurarla: y para ser felices, tratad solamente de ser virtuosos.»

Pero, ah! ¿Quién podrá revocar aquella inocente edad, que pasó como un relámpago para no aparecer más sobre la tierra? La ambicion la desterró para siempre de su superficie: la ambicion, que levantando su trono sobre el de la virtud, todo lo trastrocó, todo lo corrompió, todo, hasta los objetos de la sabiduría que parecian inmutables como ella. Un general frenesí que difundió por todas partes, y que infundió en todos los corazones, hizo á los hombres poner su gloria en la muerte y la desolacion. Desde entónces la fuerza triunfó de la virtud, y la ignorancia de la sabiduría. Así la sábia Gre-

cia, ennoblecida con la santidad de Cimon y de Sócrates, pereció á manos del grosero Mummio. Y así tambien la prudente Roma, á quien engrandecieran más las virtudes de Régulo y Caton que sus sangrientos triunfos, cedió al furor del pueblo insipiente y bárbaro, que restableció sobre la tierra el imperio de la ignorancia.

Ah! séparemos la vista de una época tan funesta para la humanidad, como vergonzosa á la sabiduría! ¿Qué nos presenta la historia de diez siglos sino violencias é injusticias, guerra y destruccion, horror y calamidad? ¡Oh siglos de ignorancia y supersticion! siglos de ambicion y de ruina, y de infamia y de llanto para el género humano! La sabiduría os recordará siempre con execracion, y la humanidad llorará perpétuamente sobre vuestra memoria.

— Asturianos, ved aquí el grande objeto de los nuevos estudios á que hoy nos llama nuestro buen Rey: promover los conocimientos útiles, para perfeccionar las artes lucrativâs; para presentar nuevos objetos al honesto trabajo; para dar nueva materia al comercio y la navegacion; para aumentar la poblacion y la abundancia; y para fundar sobre una misma base la seguridad del Estado, y la dicho de sus miembros. Tal es el término de su beneficencia, y tal debe ser el de vuestras vigiliâs.

— Para conseguir tan grandes fines os llama

vuestro Rey al estudio de la naturaleza, y os convidó á que busqueis en ella aquellas útiles verdades sobre que están librados. He aquí la divisa de este nuevo Instituto. No se tratará en él de ofuscar vuestro espíritu con vanas opiniones, ni de cebarle con verdades estériles. No se tratará de empeñarle en indagaciones metafísicas, ni de hacerle vagar por aquellas regiones incógnitas donde anduvo perdido largo tiempo. ¿Qué es lo que puede encontrar en ellas la temeraria presuncion del hombre? Desde Zenon á Espinosa, y desde Thales á Malebranche, ¿qué pudo descubrir la ontología sino mónstruos, ó quimeras, ó dudas, ó ilusiones? Ah! Sin la revelacion, sin esta luz divina que descendió del cielo para alumbrar y fortalecer nuestra oscura, nuestra flaca razon, ¿qué hubiera alcanzado el hombre de lo que existe fuera de la naturaleza? ¿Qué hubiera alcanzado aun de aquellas santas verdades que tanto ennoblecen su ser, y hacen su más dulce consolacion?

Si algun estudio nos puede levantar á estas verdades, es el estudio de la naturaleza; es el estudio de este órden admirable que reina en ella, que descubre por todas partes la sábia y omnipotente mano que le dispuso, y que llamándonos al conocimiento de las criaturas, nos indicá los grandes fines para que fuímos colocados en medio de ellas. Corred, pues, amados compatriotas, á cultivar este

inocente y provecho estudio. Corred: y mientras una parte de nuestra juventud, ansiosa de ejercer los ministerios de la Religión y la justicia, recibe en las escuelas generales los principios del dogma y la moral pública y privada, venid vosotros á estudiar la naturaleza: poned los ojos en este gran libro que la Providencia abrió ante todos los hombres, para que continuamente le leyesen: buscad en su inmenso volúmen aquellas páginas que el dedo de la verdad ha señalado: aumentad este patrimonio todavía pequeño, pero muy precioso; y este sea el fin de vuestras tareas, este el de vuestra ambición y vuestra gloria.

No temo yo, amados compatriotas, que le menospreciéis. Dotados de una razón clara y penetrante, y de un espíritu capaz de remontarse á los altos principios de las ciencias, mi voz no se ocupará tanto en escitar vuestra aplicación, como en recomendaros la modestia con que debéis entrar en esta nueva senda de la sabiduría: no tanto en aguijaros para que corrais inconsideradamente por ella, cuanto en señalaros los riesgos y precipicios que están en su orrilla, y las oscuras é intrincadas trochas en que podéis extraviaros. La verdad y la utilidad, que son objeto de este Instituto, lo serán hoy de mis exhortaciones. ¡Dichoso yo, si el zelo que me las dicta lograse inspiraros aquella sobriedad, aquella constancia, sin la cual no puede ser alcanzado objeto tan sublime!

Preparados así, entrad en hora buena á los nuevos estudios á que os llama la patria. Entrad á buscar la sabiduría en este nuevo templo; cualquiera que sea vuestra profesion, vuestros designios; ¿Quereis entregaros al terrible Océano que brama á vuestra vista? La sabiduría levantará sobre sus abismos una morada firme y segura, y os enseñará á conducir la á los extremos de la tierra. Ella pondrá en vuestra mano la llave de los vientos; y haciéndoos leer en el cielo los rumbos que debéis seguir sobre las ondas, os enseñará á triunfar de peligros y tempestades. Mientras el astro del dia alumbrare los climas que están bajo de vuestros piés, os mostrará la estrella de los navegantes velando sobre vuestras cabezas; y si las tinieblas la robaren á vuestros ojos, pondrá en vstra mano un instrumento débil, pero maravilloso, que os señalará continuamente los polos sobre que gira el mundo. Así surcareis seguros los anchos mares, y así conducireis á las regiones más remotas al pacífico negociante, que buscare en ellas la recompensa de vuestro sudor. Y si tal vez el deseo de fama y nombradía hincharé vuestros corazones, así tambien subireis á la gloria inmortal que hoy ilustra los nombres célebres de Colon y Magallanes, de Cook y Malespina.

Pero si más tímidos, ó ménos ambiciosos, prefiriereis una felicidad mas cercana y segura, estudiad

la naturaleza y ella os franqueará sus tesoros. Estudiad estas numerosas repúblicas de entes que vagan sobre vuestras cabezas, y que yacen bajo de vuestros piés, y que están ó se mueven en derredor de vosotros. Investigad su esencia y propiedades; y lo que es aún más digno de vuestra aplicacion, investigad los usos á que los destinó la benéfica mano del Criador. La naturaleza, complacida de ser único objeto de vuestro estudio y contemplacion, os abrirá su fecundo seno; derramará ante vosotros su rica cornucopia, y ninguno la solicitará, que no vuelva de su presencia enriquecido y mejorado.

O amados compatriotas, ¡cuánto se complace mi alma al contemplaros dedicados á tan inocente, tan agradable, tan provechoso estudio; á un estudio tan propio para mejorar y engrandecer vuestro espíritu! ¡Qué escenas tan magníficas no presentará la física á vuestra razon al pasar en alarde la rica coleccion de séres que pueblan el universo, y al reconocer las eternas leyes que dirigen su movimiento y reproduccion: cuando os enseñare á distinguir la índole de esos flúidos que traen á nosotros la luz y el calor, y el fuego y el sonido; de esas admirables y tenuísimas sustancias que minan y penetran todos los entes, y en medio de las cuales nada, por decirlo así, y se sumerge toda la naturaleza! ¡Qué perspectivas tan nuevas y agradables, cuando la química, corriendo el velo misterioso que envuelve la

esencia y propiedades de los cuerpos, y reduciéndolos á sus simplicísimos elementos, ponga delante de vosotros aquellas afinidades, aquellas íntimas relaciones de amor ó de aversion que los atraen ó repelen, que los hacen buscarse ó huirse, y que con tan portentosa armonía los conservan en la gran cadena de la creacion! Entónces todo aparecerá en derredor de vosotros lleno de movimiento y vida, todo animado, todo colocado y dispuesto en un órden invariable y sapientísimo; todo, en fin, formado y dirigido por una mano santa y benéfica al bien y al consuelo del género humano.

No quiera Dios que perdais nunca de vista este gran carácter que brilla en las obras de la naturaleza, y señala el fin de vuestro estudio. No quiera Dios que le empleeis jamás en aquellas estériles indagaciones, que solo pueden alimentar una liviana ó presuntuosa curiosidad. Desconfiad de esta terrible pasion, tanto mas funesta cuanto más halagüeña al espíritu humano; y si alguno de vosotros se hallare tentado á seguir su voz, sepa que verdad se esconde de los que la buscan con temerario orgullo; que se complace en burlar sus conatos, y que mientras ceba su presuncion con fantasmas y vanas apariencias, solo se presenta clara y brillante, cual bajó del cielo, á los que la buscan con sobriedad y rectitud de intencion. Sea así cómo estudiéis vosotros la naturaleza. Sea así cómo bus-

queis en ella aquellas verdades que están calificadas por el bien y provecho; y la verdad y la utilidad, que formán la doble divisa de este Instituto, sean el constante, el único fin de vuestra aplicacion.

— Pero ah! que en medio de esperanzas tan dulces para mi corazon, un triste récelo introduce en él la desconfianza, y desconcierta su constancia y su zelo. Sin duda que nace de esta terrible alianza que tienen en todas partes la ignorancia y la pereza. «Quién, me parece que las oigo decir, quién vendrá á recoger estas preciosas doctrinas? Los hombres están clasificados en toda sociedad: cada profesion, cada estado tiene su destino y sus funciones: cada uno tiene sus ocupaciones y sus placeres: todos tienen distribuidos los momentos de su fatiga y su descanso. ¿Quién será el que los sacrifique á la aplicacion y al estudio? Las verdades científicas solo se pueden alcanzar á costa de largo tiempo y largas vigiliass; y el pobre solo trata de subsistir, como el rico de gozar. ¿Quién, pues, se encargará aquí de buscarlas, de ponerlas á lo-gro, y de difundirlas entre sus hermanos?»

— Asturianos, ved aquí indicados todos mis temores: ved el escollo en que han zozobrado las más útiles instituciones! ¿Pero serémos nosotros tan desgraciados? ¡Qué digo! ¿Serémos tan indolentes y perezosos, que teniendo el bien tan cerca no levante-

mos nuestro espíritu para recibirle? ¿Quién es el que no puede sacar provecho del estudio de la naturaleza? ¿Hay por ventura clase, hay estado, hay profesion, á quien no sirvan las importantes verdades que enseña?

Venid vosotros á recibirlas, generosos descendientes del gran Pelayo, venid: la patria os convoca á este Instituto. El pueblo, que os mantiene, necesita de vuestra direccion y vuestras luces. Si su desamparo no os moviere á socorrerle, muévaos á lo menos vuestro interés y el decoro de vuestra clase. Ya no sois, como en otro tiempo, los únicos apoyos de la seguridad nacional, ni los defensores de sus derechos, ni los intérpretes de su voluntad. Vuestros blasones, vuestros privilegios, ya no se libran sobre tan firmes títulos. Solo el verdadero patriotismo, solo la virtud, una virtud ilustrada y benéfica, pueden justificarlos y conservarlos. Venid; instruid al pueblo, socorredle, y recompensad con vuestras luces y consejos el continuo sudor que derrama sobre vestras tierras: este sudor inocente y precioso, á quien debeis vuestro esplendor y vuestra misma existencia.

Venid tambien vosotros, ministros del santuario, no desdeñeis este inocente estudio que tanto puede perfeccionar vuestra sabiduría. Ah! una triste necesidad os llama poderosamente hácia él. La impiedad pretende corromperle, acudid vosotros á san-

tificarle y conservar su pureza. Una secta de hombres feroces y blasfemos, buscando sus armas en la naturaleza, se levanta contra el cielo, como los Titanes. Venid, estudiad en ella esta varia y magnífica coleccion de séres, este órden constante, estas inefables armonías que los enlazan, esta prodigiosa abundancia de bienes y placeres derramados en derredor de nosotros; y ved como predicano, cómo demuestran al hombre la omnipotencia, la sabiduría y la bondad de su Hacedor. Venid, estudiadlos, y combatid con sus mismas armas á la ingrata incredulidad: confundidla, aterradla, conservad al pueblo, que os honra y alimenta, el mayor de todos los consuelos; y mientras le doctri- nais en las verdades eternas, ayudadle tambien á conocer y aumentar aquella escasa porcion de felicidad, que le está concedida en la tierra.

Y tú, pueblo laborioso, primer objeto de mis desvelos: tú, clase no menos recomendable á mis ojos por tus olvidados derechos, que por tus inocentes fatigas, mientras tanto que las continuas en beneficio de todos los órdenes del Estado, envía tu juventud á educarse en este Instituto.

Aquí aprenderá á despreciar los peligros del Océano, y á buscar en las lejanas playas tu alivio y tu consuelo. Aquí aprenderá á multiplicar los objetos de tu trabajo, á mejorar tus instrumentos y máquinas, y á perfeccionar las artes útiles en que

continuamente te empleas. Aquí aprenderá á romper esas rocas altísimas de que estás circundado; á penetrar los senos de la tierra, y á sacar de sus entrañas los bienes que la Providencia despositó en ellas para tu alivio; estos bienes negados á la pereza y al indolente orgullo, y solo reservados al ingenio y á la aplicacion laboriosa. Envíala, instrúyela, y así recobrarás la consideracion que te rinden ya todas las almas buenas y sensibles.

Sobre todo, hijos míos (que bien debeis permitir este nombre á la ternura de mi zelo) sobre todo, consagrad vuestro estudio á aquella arte que es más amiga y allegada de la sabiduría, y que más ennoblece y perfecciona la naturaleza. Consagradle á la primera, á la más necesaria, á la más provechosa, á la inocente agricultura. Observando la inmensa mole de materia ruda é inorgánica, que parece destinada al socorro de nuestras miserias, fijad vuestra atencion en la tierra, en esta madre universal, cuya juventud se renueva con la anual revolucion de los cielos; y estudiad á todas horas aquella virtud maravillosa de fomentar las semillas que se confian á su seno, y de asegurar en su reproduccion la multiplicacion y el consuelo del género humano.

Y cuando tan útiles y preciosos dones, como presenta á nuestra vista, no saciasen vuestros deseos, abrid por fin sus entrañas, y descubriréis

nuevas fuentes de riqueza y prosperidad. ¡Qué de bienes no os guarda en sus tenebrosos abismos! Piedras, sales, betunes, metales.... Ah! No os deslumbreis con la codicia de tantos tesoros: elegid los que son más útiles é inocentes; y deteneós sobre todo en este admirable y abundantísimo fósil, que la Providencia descubrió en nuestros dias para colmar vuestra felicidad.

Ved aquí un objeto bien digno de vuestra particular aplicacion. La patria os llama á estudiarle y conocerle. No os desdeñeis de volver hácia él los ojos, por más que os parezca humilde y grosero. Dentro de poco él solo servirá de recurso al abrigo, de auxilio á la industria, y de materia al comercio y á la navegacion de los españoles. Vuestros hermanos derramados por las provincias de Oriente y Mediodía, le desean y esperan de vosotros. Vendrá tambien un dia en que las demás naciones se hagan vuestras tributarias, y corran ansiosas á buscarle en vuestras orillas, ó le reciban de las manos que llevaren este consuelo á los helados habitantes de uno y otro polo. Entónces todo será en Asturias abundancia y felicidad. Entónces, mejorada vuestra agricultura, animadas vuestras artes, extendidos vuestro comercio y navegacion, os multiplicareis como las arenas de vuestras playas, y la paz y la alegría morarán en medio de vosotros. ¡Oh dias venturosos! Dias de plenitud y de hol-

ganza y de gloria para los asturianos. ¡Dichosos aquellos que os alcanzaren, y que renovando la memoria aniversaria de este solemne dia, puedan celebrar su aparicion en el círculo de los años! ¡Dichosos los que oyeron los cánticos de gratitud y alabanza que entonarán nuestros venideros al nombre y á la gloria del buen rey, que domiciliando las ciencias en este suelo, abre hoy las fuentes de la felicidad, que gozarán entónces! Entónces sus bendiciones renovarán tambien el tierno y venerable nombre del ministro patriota, que preparó los caminos á su sabiduria, y le irán llevando de generacion en generacion á la más remota posteridad. Y si en el entusiasmo del reconocimiento algun tierno recuerdo despertare la memoria de los débiles esfuerzos de mi zelo, de este zelo de vuestro bien que ahora me consume, entónces mis vertas cenizas, que no reposarán léjos de vosotros, recibiendo el único premio que pudo anhelar mi corazon, os predicarán todavia desde el sepulcro que estudiéis continuamente la naturaleza, que solo busqueis en ella las verdades útiles, y que consagreis toda vuestra aplicacion, toda vuestra sabiduria, todo vuestro zelo al bien de vuestra patria y al consuelo del género humano.

JOVELLANOS. (D. GASPARI MELCHOR DE)

Pintura de la Edad del oro.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos, á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras *tuyo y mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebras de las peñas, y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su corteza, sus anchas é livianas cortezas con que se comenzaron á cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, toda amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella

sin ser forzada ofrecia por todas partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entónces la poseian. Entónces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrirse honestamente, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones, que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entónces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entónces no habia que juzgar ni quien fuese juzgado.

CERVANTES.

Descripcion de la ciudad de Sevilla.

En lo postrero de España ácia el poniente está asentada Sevilla, cabeza del Andalucía, noble y rica ciudad entre las primeras de Europa, fuerte por las murallas, por las armas y gente que tiene: los edificios públicos y particulares á manera de casas reales son en gran número: la hermosura y arreo de todos los ciudadanos muy grande. Entre la ciudad que está á mano izquierda, y un arrabal llamado Triana, pasa el río Guadalquivir acanalado con grandes reparos, y de hondo bastante para naves gruesas, y por la misma razon muy á propósito para la contratacion y comercio de los dos mares, Océano y Mediterráneo. Con una puente de madera fundada sobre barcas se junta el arrabal con la ciudad, y se pasa de una parte á otra. En la ciudad está la casa real en que los antiguos Reyes moraban, en el arrabal un alcázar de obra muy firme que mira el nacimiento del sol. Una torre está levantada cerca del rio, que por el primor de su edificio la llaman *de Oro* vulgarmente: otra torre edificada de ladrillo, que está cerca de la Iglesia mayor, sobrepuja la grandeza de las demas obras, por ser de sesenta varas en ancho y cuatro tanto mas alta; sobre la cual se levanta otra torre menor, pero de bastante grandeza, que al presente de nuevo está toda blanqueada, y al rededor adornada de varie-

dad de pinturas, hermosas à maravilla à los que la miran.

¿Qué necesidad hay de relatar por menudo todas las cosas y grandezas desta ciudad, tan vaga y llena de primores y grandezas? Hay en la ciudad en este tiempo mas de veinte y cuatro mil vecinos, divididos en veinte y ocho parroquias ó colaciones. La primera y principal es de Santa Maria, que es la iglesia mayor, con el qual templo en anchura de edificio y en grandeza ninguno de toda España se le iguala. Vulgarmente se dice de las iglesias de Castilla: la de Toledo la rica, la de Salamanca la fuerte, la de Leon la bella, la de Sevilla la grande. Tiene su fábrica de renta treinta mil ducados en cada un año, la del arzobispo llega à ciento y veintemil, las calongías y dignidades, así en número como en lo demás, responden à esta grandeza. Los campos son muy fértiles, llanos y muy alegres por todas partes, por la mayor parte plantados de olivas, que en Sevilla se dan muy bien, y el esquilmo es muy provechoso: de allí se llevan aceitunas adobadas, muy gruesas, de muy buen sabor, à todas las demas partes. El trato es tan grande y la grangería tal, que en los olivares llamados Ajarafe en tiempo de los moros se contaban cien mil parte cortijos, parte trapiches ó molinos de aceite; y dado que parece gran número, la autoridad y testimonio de la Historia del rey D. Alonso el Sabio lo

atestigua. El número de extranjeros y muchedumbre de mercaderes que concurren, es increíble; mayormente en este tiempo, y de todas partes á la fama de las riquezas, que por el trato de las Indias y flotas de cada un año se juntan allí muy grandes.

MARIANA. (P. JUAN DE).

De la paz de una noche serena.

El ejército de las estrellas puesto como en ordenanza, y como concertado por sus hileras, luce hermosísimo, y adonde cada una de ellas inviolablemente guarda su puesto, adonde no usurpa ninguna el lugar de su vecina, ni la turba en su oficio; ni menos olvidada del suyo rompe jamás la ley eterna y santa que le puso la Providencia: antes como hermanadas todas, y como mirándose entre sí, y comunicándose sus luces las mayores con las menores, se hacen muestra de amor, y como en cierta manera se reverencian unas á otras, y todas juntas templán á veces sus rayos y sus virtudes, reduciéndolas á una pacífica unidad de virtud, de partes y aspectos diferentes compuesta, universal y poderosa sobre toda manera. Y si así se puede decir, no solo son un dechado de paz clarísimo y bello; sino un pregon y un loor que con voces manifiestas y encarecidas nos notifica cuán excelentes

bienes son los que la paz en sí contiene, y los que hace en todas las cosas. La cual voz y pregon sin ruido se lanza en nuestras almas, y de lo que en ellas lanzada hace, se vee y entiende bien la eficacia suya, y lo mucho que las persuade. Porque luego, como convencidas de cuanto les es útil y hermosa la paz, se comienzan ellas á pacificar en sí mismas, y á poner á cada una de sus partes en orden. Porque si estamos atentos á lo secreto que en nosotros pasa, verémos que este concierto y orden de las estrellas, mirándolo, pone en nuestras almas sosiego: y verémos que con solo tener los ojos enclavados en él con atencion, sin sentir en que manera, los deseos nuestros, y las pasiones turbadas, que confusamente movian ruido en nuestros pechos de dia, se van quietando poco á poco, y como adormeciéndose se reposan, tomando cada una su asiento; y reduciéndose á su lugar propio, se ponen sin sentir en sujecion y concierto. Y verémos que así como ellas se humillan y callan, así lo principal y lo que es señor en el alma, que es la razon, se levanta, y recobra su derecho y su fuerza, y como alentada con esta vista celestial y hermosa, concibe pensamientos altos y dignos de sí, y como en una cierta manera se recuerda de su primer origen, y al fin pone todo lo que es vil y bajo en su parte, y huella sobre ello. Y así puesta ella en su trono, como emperatriz, y re-

ducidas á sus lugares todas las demás partes del alma, queda todo el hombre ordenado y pacífico. ¿Mas qué digo de nosotros, que tenemos razon? Esto insensible, y aquesto rudo del mundo, los elementos, y la tierra, y el aire, y los brutos se ponen todos en órden, y se quietan luego que poniéndose el sol, se les representa aqueste ejército resplandeciente. ¿No veis el silencio que tienen agora todas las cosas, y como parece que mirándose en este espejo bellissimo se componen todas ellas, y hacen paz entre sí, vueltas á sus lugares y oficios, y contentas con ellos? Es sin duda el bien de todas las cosas universalmente la paz, y así donde quiera que la veen, la aman.

FR. LUIS DE LEÓN.

Mision de los apóstoles.—Doctrina de Jesus.

Demasiado sabido es que el mundo intelectual antes de Jesucristo era un verdadero caos de tinieblas, de errores y de impías y absurdas extravagancias: el deforme politeismo dominaba la tierra, y esto basta para denotar cuál era el estado de las ideas acerca de lo mas importante, acerca de Dios, acerca de aquella Causa primera por quien fueron hechas todas las cosas. No solo habia ignorancia aun en los hombres de mas elevado entendimiento, sino que este se hallaba degradado y envileci-

do en todas sus imaginaciones y pensamientos relativos á la religion, á los eternos destinos del alma, á las reglas de su conducta y á su comercio con los seres de otros mundos invisibles.

La época en que vivimos es calamitosa; no hay que dudarlo, porque un clamoreo lúgubre que se levanta por donde quiera, la acusa de inquieta, tumultuosa, triste y llena de zozobra y de peligros. ¿Pero qué católico querría trocárla por las tinieblas que envolvían al universo antes de la venida de Jesús? Muchas veces se da á este divino Redentor en el Evangelio el nombre de maestro; y á la verdad que á nadie le cuadra tan magníficamente este honroso título. El entendimiento se ofusca y se pierde al considerar lo que enseñó la Sabiduría del Verbo.

En la Judea era donde al menos se tenían algunas nociones del verdadero Dios: la Sinagoga poseía el libro de la revelacion antigua, pero no lo entendía; ni es aquella comparable con la mas clara y mas sublime enseñanza del nuevo Testamento. Los que estén versados en la ciencia de la religion podrán recordar que nada sabia el pueblo escogido de esa admirable Trinidad que adoramos y de sus inefables comunicaciones *ad intra*. Recuérdese lo mas elevado que se haya estudiado ó leído acerca de la Divinidad, y téngase por cierto que todo ello es doctrina que trajo de los cielos el Hijo de la

Virgen-Madre. Y todo lo concerniente á este soberano Maestro y todos sus misterios de salvacion y vida para los redimidos ¿pasaba de ser un enigma poco entendido en la ley antigua? Escelsa dicha la nuestra, á cuyo conocimiento llegan tan augustas verdades aun antes que el uso de la razon haya acabado de desarrollarse en nuestra tierna infancia, ¡Ah! Cuando como caballos de guerra, corriendo en pos de nosotros, nos alcanzan las tribulaciones en este campo de batalla que llamamos vida, y nos hieren y se bañan en nuestra sangre, cebándose cruelmente en nuestros doloridos corazones como rabiosos tigres en su presa, ¡oh! cuán profundo y eficaz consuelo es traer á la memoria el dogma de nuestra gloriosa resurreccion enseñado por Jesucristo! ¡Oh! cuán dulce es alzar los ojos á ese cielo, con el cual nos puso en comunicacion el Rey de gloria, que nos enseñó á llamar padre al Eterno! ¡Oh! cuán íntima fruicion siente el alma en enviar dolorosos suspiros al alma querida, cuya muerte la vistió de luto y de amargura y creer por la enseñanza de Jesucristo que aquellos suspiros llegan al cielo y al purgatorio!...

¿Quién no corre en pos de la felicidad? Pero la felicidad es el gran duende de la tierra: todos la buscan y ninguno la encuentra. En la juventud se sueña en hallarla algun dia; á cierta edad se pierde

la esperanza de encontrarla sobre la tierra, y sin embargo no nos abandona el ánsia de ser felices. ¡Ó dicha! ¡Ó dicha! ¿Adónde estás? ¿Dónde te escondes?

El divino Salvador se dignó hablar sobre esta materia, señalando las verdaderas fuentes de la bienaventuranza posible mientras somos peregrinos moradores del valle de las lágrimas. Esta bienaventuranza está cifrada, segun su augusto testimonio, en la práctica de la virtud; no en las riquezas, no en el mando, no en el poderío, no en la adulacion de los hombres, no en los placeres sensuales; consiste en la paz del alma, y esta deliciosa quietud nace del mas perfecto ejercicio de las virtudes cristianas.

BERRIOZABAL. (D. JUAN MANUEL DE).

Mano de Dios.

¡O mano, que siendo tú tan generosa, quanto poderosa y rica, poderosamente me das las dádivas! ¡O mano blanda, tanto mas blanda para esta alma, apretándola blandamente, quanto si la asentaras algo pesada, hundiera todo el mundo: pues de solo tú mirar la tierra se estremece, tiemblan las gentes, los montes se desmenuzan! ¡O, pues, otra vez blanda mano, que así como fuiste dura y rigorosa para Job porque le tocaste tan asperamente; asentándola tú sobre mi alma muy de asiento, muy

agradable y graciosamente, me eres tanto mas blanda y suave que fuiste para él dura, cuanto mas de asiento me tocas con amor dulce que á él le tocaste con rigor! Porque tú matas y das la vida; así como nunca llagas sino es para sanar.

Llagaste para sanarme ¡ó divina mano! Mataste en mí lo que me tenia muerta sin la vida de Dios, en que agora me veo vivir. Y esto hiciste tú con liberalidad de tu generosa gracia para conmigo en el toque con que me tocaste del resplandor de tu gloria, y figura de tu sustancia, que es el unigénito Hijo; en el cual, siendo él tu sabiduría tocas fuertemente desde un fin hasta otro fin. ¡O, pues, toque delicado! Verbo hijo de Dios, que por la delicadeza de tu ser divino, penetras sutilmente en la sustancia de mi alma, y tocándola tú delicadamente, la absorbes toda en divinos modos de suavidades nunca oídos en la tierra de Canaan, ni vistas en Teman. ¡O, pues, mucho y en gran manera delicado toque del Verbo: para mí tanto mas, cuanto habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Oreb con la sombra de tu poder y fuerza, que iba delante, te diste á sentir al profeta en silbo de aire delgado y delicado. ¡O aire delgado! Dí, ¿cómo tocas delgada y delicadamente, siendo tú tan terrible y poderoso? ¡O dichosa y muy dichosa el alma á quien tocares delgadamente siendo tan terrible y poderoso! ¡Dilo al mundo, alma:

mas no lo digas, porque no sabe de aire delgado y no te sentiria porque no puede recibir estas altezas.

SANTA TERESA.

Delicias de la virtud.

Vemos que entre las cosas criadas, unas hay honestas, otras hermosas, otras provechosas, otras agradables y otras con otras perfecciones: entre las cuales, tanto suele una ser mas perfecta y mas digna de ser amada, quanto mas de estas perfecciones participa. Pues segun esto; ¿cuánto merece ser amada la virtud, en quien todas estas perfecciones se hallan? Porque si por honestidad va ¿qué cosa mas honesta que la virtud, que es la raiz y fuente de toda honestidad? Si por honra va ¿á quien se debe la honra y el acatamiento sino á la virtud? Si por hermosura va ¿qué cosa mas hermosa que la imagen de la virtud? Si por utilidades va ¿qué cosa hay de mayores utilidades y esperanzas que la virtud? pues por ella se alcanza el sumo bien. La *longura* de los dias con los bienes de la eternidad están en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria. Pues si por deleite va, ¿qué mayores deleites que los de la buena conciencia, y de la caridad, y de la paz, y de la libertad de los hijos de Dios, y de las consolaciones del Espíritu Santo: lo cual todo anda en compañía de la virtud? Pues si desea fama y me-

moria, en memoria eterna vivirá el justo, y el nombre de los malos se pudrirá, y así como humo desaparecerá...

Este es aquel bien, que por todas partes es bien, y ninguna cosa tiene del mal. Por donde con grandísima razon envió Dios al justo aquella tan grandísima embajada, la mas breve en palabras y la mas larga en mercedes que se pudiera enviar: *Decid al justo que bien.* Decidle que en hora buena él nació, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida y su muerte, y lo que despues de ella sucederá. Decidle que en todo le sucederá bien, en los placeres y en los pesares; en los trabajos, y en los descansos; en las honras, y en las deshonoras; porque á los que aman á Dios todas las cosas sirven para su bien. Decidle que, aunque todo el mundo vaya mal, y aunque se trastornen los elementos y se caigan los cielos á pedazos, él no tiene por qué temer, sino por qué levantar cabeza, porque entónces se llega el dia de su redencion. Decidle que bien: pues para él está aparejado el mayor bien de los bienes que es Dios: y está libre del mayor mal de los males que es la compañía de Satanás. Decidle que bien: pues su nombre está escrito en el libro de la vida, y Dios padre lo ha tomado por hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu Santo por su templo vivo. Decidle que bien: pues el camino que ha tomado, y el partido

que ha seguido, por todas partes le viene bien, bien para el ánimo, y bien para el cuerpo: bien para con Dios y bien para con los hombres; bien para esta vida y bien para la otra; pues á los que buscan el reino de Dios, todo lo demás será concedido.

Meditacion III.

Piensa cuan terrible será aquel dia, en el cual se averiguarán las causas de todos los hijos de Adán, y se concluirán los procesos de nuestras vidas, y se dará sentencia definitiva de lo que para siempre ha de ser. Aquel dia abrazará en sí los dias de todos los siglos, presentes, pasados, y venideros: porque en él dará el mundo cuenta de todos estos tiempos, y en él derramará Dios la ira y la saña que tiene recogida en todos los siglos. Pues, que tan arrebatado saldrá entónces aquel tan caudaloso rio de la indignacion divina, teniendo tantas acogidas de ira y saña, ¿cuántos pecados se han hecho desde el principio del mundo? Considera las señales espantosas que precederán este dia: porque, como dice el Salvador, *antes que venga este dia, habrá señales en el sol y en la luna, y en las estrellas*, y finalmente en todas las criaturas del cielo y de la tierra: porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan, y se estremecerán y comenzarán á caer antes que caigan. Mas los hombres,

dice que andarán secos y ahilados de muerte, oyendo los bramidos espantosos de la mar, viéndolas grandes olas y tormentas que levantará, barriuntando por esto las grandes calamidades y miserias que amenazan al mundo tan tenebrosas señales. Y así andarán atónitos y espantados, las caras amarillas y desfiguradas; antes de la muerte, muertos, y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus propios temores, y tan ocupado cada uno con el suyo, que no se acordará del ageno aunque sea padre ó hijo. Nadie habrá para nadie; porque nadie bastará para sí solo...

Después de esto considera cuan estrecha será la cuenta que allí á cada uno se pedirá... Pues, que sentirá entonces cada uno de los malos, cuando entre Dios con él en este exámen, y allá dentro de su conciencia diga así: Ven acá hombre malo, ¿qué viste en mí porque así me despreciaste y te pasaste al bando de mi enemigo? Yo te crié á mi imágen y semejanza, yo te dí la lumbre de la fé, y te hice cristiano, y te redimí con mi propia sangre... Testigos son esta cruz y clavos que aquí parecen; testigos estas llagas de pies y manos que en mi cuerpo quedaron; testigos el cielo y la tierra delante quien padecí. Pues ¿qué hiciste de esta ánima tuya que yo con mi sangre hice mia; en cuyo servicio empleaste lo que yo compré tan caramente? ¡O generacion loca y adúltera! ¿porque quisiste mas servir á ese

enemigo tuyo con trabajo, que á mí, tu redentor y criador con alegría? Llaméos tantas veces, y no me respondisteis: toqué á vuestras puertas, y no los mirastasteis; estendí mis brazos en la cruz, y no los mirasteis. Menospreciasteis mis consejos, y todas mis promesas y amenazas: pues decid ahora vosotros, ángeles, juzgad vosotros, jueces entre mí y mi viña: ¿qué mas debia yo hacer por ella que lo que hice? Pues ¿qué responderán aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron mas cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandatos rebeldes, y á todos sus azotes y beneficios, ingratos y duros?

FR. LUIS DE GRANADA.

Lamentable ceguera de los indiferentes en religion.

No faltan algunos que sin negar definitivamente la verdad de la religion, no le están tampoco adheridos, ni cuidan de averiguar si es verdadera ó falsa. «No quieren meterse, segun dicen, en esas cuestiones; no saben lo que hay sobre esto, ni quieren trabajar por saberlo.» Estos se llaman indiferentes en materias de Religion. Por cierto que no puede haber estado mas lamentable que el de *indi-*

ferente, pues que si bien se mira, tiene algo de peor que el de aquellos que son irreligiosos por sistema; y que atacan la Religion; porque el hombre que niega su verdad, que disputa queriendo probar que es falsa, al menos se ocupa de ella; entre tanto la examina, y andando el tiempo puede venir dia en que, ó por medio de un libro ó de la conversacion con alguna persona sábia, quede desengañado de sus errores, convenciéndose de la verdad de la religion; pero quien ha tomado ya por sistema no pensar en ella, quien se ha llegado á imaginar como cosa indiferente el que sea verdadera ó falsa, este tal como ni leerá ni consultará sobre la materia, no saldrá jamás de su mal estado; y será como un hombre que se duerme tranquilo al borde de un abismo.

Para manifestar cuan contrario es semejante sistema á la razon y á las reglas mas comunes de prudencia, bastará considerar que la Religion no versa sobre cosas que nada tengan que ver con el hombre, sino que se propone nada menos que enseñarle su origen, su destino y los medios que para llegar, á este destino debe practicar. Es decir, que en la Religion ha de encontrar el hombre lo que mas le importa, lo que le toca mas de cerca, y no puede prescindir de ella sin exponerse á gravísimos peligros. En efecto, por más que una persona sin Religion suponga que no es cierto que haya otra vida de premio para los buenos y castigo para los malos, al

menos no puede negar que el negocio es tan grave, que merece la pena de ser examinado. Porque la razon y la esperiencia nos aseguran de que ha de venir un dia en que hemos de morir; entón-ces sin remedio hemos de experimentar por nosotros mismos si hay otra vida ó no; y en el momento en que habremos dado el último suspiro, en que los que rodearán nuestro lecho de agonía dirán: *ya ha muerto*; en aquel mismo instante hemos de experimentar nosotros mismos lo que hay sobre la otra vida. ¿Y quién será bastante loco para arrojar-se á la eternidad, sin cuidar de si en ella se encuentra algun peligro de hacerse infeliz para siempre y sin esperanza de remedio? Dirá el indiferente que tal vez no hay nada de todo lo que dice la Religion; que quizás el alma muere con el cuerpo: pero ¿y si hay realmente lo que dice la Religion; si el impío se equivoca; si en el acto de morir encuentra que es verdad todo lo que ella enseña, que hay un cielo para los buenos y un infierno para los malos? ¿A dónde podrá ir, quien en vida no ha querido cuidar de saber si la Religion era verdadera ó falsa? Podrá esperar ir al cielo, quien no ha querido saber si habia cielo? Quien pasa su vida sin averiguar si hay un Dios que le haya criado, ni cómo debe amarle y servirle, ni si hay una regla para encontrar la verdad en las materias de mas importancia; quien vive en un tan profundo olvido de sí mismo, ¿podrá

menos de ser culpable delante de Dios? ¿podrá quejarse si se le destina á un lugar de castigo eterno? Increíble parece que haya hombres que vivan en tal ceguera: el corazón se acongoja al verlos marchar distraídos hácia la orilla de un precipicio horroroso.

BALMES (D. JAIME).

De la creación y del establecimiento de la Iglesia.

Estendió los cielos Dios, como quien desplega tienda de campo, y cubrió los sobrados dellos con aguas, y ordenó las nubes, y en ellas, como en caballos, discurre volando sobre las alas del aire, y le acompañan los truenos, y los relámpagos, y el torbellino. Aquí ya vemos cielos, y vemos nubes, que son aguas espesadas y asentadas sobre el aire tendido, que tiene nombre de cielo: oímos también el trueno á su tiempo, y sentimos el viento que vuela y que brama, y el resplandor del relámpago nos hiere los ojos. Allí, esto es, en el nuevo mundo y Iglesia, por la misma manera los cielos son los apóstoles, y los sagrados doctores, y los demás santos ántes en virtud, y que influyen virtud; y su doctrina en ellos son las nubes, que derivada en nosotros se torna en lluvia. En ella anda Dios, y discurre volando, y con ella viene el soplo de su espíritu, y el relámpago de su luz, y el tronido y el estampido

con que el sentido de la carne se aturde. Aquí, como dice prosiguiendo el Salmista, fundó Dios la tierra sobre cimientos firmes, adonde permanece, y nunca se mueve: y como primero estuviese anegada en la mar, mandó Dios que se apartasen las aguas, las cuales obedeciendo á esta voz, se apartaron á su lugar, adonde guardan continuamente su puesto; y luego que ellas huyéron, la tierra descubrió su figura, humilde en los valles, y soberana en los montes. Allí el cuerpo firme y macizo de la Iglesia, que ocupó la redondez de la tierra, recibió asiento por mano de Dios en el fundamento no mudable, que es Cristo, en quien permanecerá con eterna firmeza. En su principio la cubria y como anegaba la gentilidad, y aquel mar grande y tempestuoso de tiranos y de ídolos la tenían cuasi sumida; mas sacóla Dios á luz con la palabra de su virtud, y arredró della la amargura y violencia de aquellas olas, y quebrólas todas en la flaqueza de una arena menuda; con lo cual descubrió su forma y su concierto la Iglesia, alta en los Obispos y Ministros espirituales, y en los fieles legos humildes humilde. Y como dice David, subieron sus montes, y parecieron en lo hondo sus valles. Allí como aquí, conforme á lo que el mismo salmo prosigue, sacó Dios venas de agua de los cerros de los altos ingenios, que entre dos sierras, sin declinar al extremo, siguen lo igual de la verdad, y lo medio derecha-

mente: en ellas se bañan las aves espirituales, y en los frutales de virtud que florecen dellas, y junto á ellas, cantan dulcemente asentadas. Y no solo las aves se bañan aquí, mas tambien los otros fieles, que tienen mas de tierra y menos de espíritu, si no se bañan en ellas, á lo ménos beben dellas, y quebrantan su sed.

El mismo, como en el mundo así en la Iglesia, envia lluvias de espirituales bienes del cielo, y caen primero en los montes y de allí juntas en arroyos, y descendiendo bañan los campos. Con ellas crece para los más rudos, así como para las bestias su heno, y á los que viven con mas razon, de allí les nace su mantenimiento. El trigo que fortifica, y el ólio que alumbra, y el vino que alegra, y todos los dones del ánimo con esta lluvia florecen. Por ella los yermos desiertos se vistiéron de religiosas hayas y cedros; y esos mismos cedros con ella se vistiéron de verdor y de fruto, y diéron en sí reposo, y dulce y saludable nido á los que volaron á ellos, huyendo del mundo. Y no solo proveyó Dios de nido á aquestos huidos, mas para cada un estado de los demas fieles hizo sus propias guaridas. Y como en la tierra los riscos son para las cabras monteses, y los conejos tienen sus viveras entre las peñas; así acontece en la Iglesia. En ella luce la luna, y luce el sol de justicia, y nace y se pone á veces, agora en los unos, y agora en los otros, y tiene tambien

sus noches de tiempos duros y ásperos, en que la violencia sangrienta de los enemigos fieros halla su sazón para salir y bramar, y para ejecutar su fiereza; mas también á las noches sucede en ella después el aurora, y amanece después, y encuévase con la luz la malicia, y la razón y la virtud resplandece. ¡Cuán grandes son tus grandezas, Señor! y como nos admiras con esta órden corporal y visible, mucho más nos pones en admiración con la espiritual é invisible. No falta allí también otro océano, ni es de mas cortos brazos ni de mas angostos senos que es este, que ciñe por todas partes la tierra: cuyas aguas, aunque son fieles, son no obstante eso aguas amargas, y carnales, y movidas tempestuosamente de sus violentos deseos: cria peces sin número, y la ballena infernal se espacia por él. En él y por él van mil navíos, mil gentes aliviadas del mundo, y como cerradas en la nave de su secreto y santo propósito: mas dichosos aquellos que llegan salvos al puerto. Todos, Señor, viven por tu liberalidad y largueza: mas como en el mundo, así en la Iglesia, abscondes, y como encoges, cuando te parece, la mano; y el alma, en faltándole tu amor y tu espíritu, vuélvese en tierra. Mas si nos dejas caer para que nos conozcamos; para que te alabemos y celebremos, después nos renuevas. Así vas criando, y gobernando, y perfeccionando tu Iglesia, hasta llegarla á lo último, cuando consumida toda

la liga del viejo metal, la saques toda junta pura y luciente, y verdaderamente nueva del todo. Cuando viniere este tiempo (¡ay amable y bienaventurado tiempo, y no tiempo ya sino eternidad sin mudanza!), así que cuando viniere, la arrogante soberbia de los montes estremeciéndose vendrá por el suelo, y desaparecerá hecha humo, y obrándolo tu magestad, toda la pujanza, y deleite y sabiduría mortal: y sepultarás en los abismos juntamente con esto á la tiranía, y el reino de la tierra nueva será de los tuyos.

Ellos cantarán entónces de continuo tus alabanzas, y á tí el ser alabado por esta manera te será cosa agradable. Ellos vivirán en tí, y tú vivirás en ellos, dándoles riquísima y dulcísima vida. Ellos serán Reyes, y tú Rey de Reyes. Serás tú en ellos todas las cosas, y reinarás para siempre.

FR. LUIS DE LEON.

La Maternidad.

I.

¿Recordais por ventura los años de vuestra infancia?

¿Recordais aquellas horas tranquilas en que libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes, dejábais reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer?

—¿Recordais la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles é imprimía sin ruborizarse sus labios en vuestra frente candorosa?

—¿Recordais cuántas veces veces enjugaba solícita vuestro llanto, y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor?

—¡Oh! Si lo recordais.

Los que tenemos la dicha de ver todavía á esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño á todas horas! Su nombre está escrito en el corazón: es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario.

El nombre solo de MADRE nos representa aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de la vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba; que oprimía entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente; que enjugaba nuestro llanto; que nos mecía, por fin, en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

Vosotros los que habeis perdido á vuestra madre, tambien podeis verla si teneis corazon y sentimiento.

Podeis verla en el sueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envía sobre la

tierra su pálido resplandor; figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si veis en la region del firmamento una blanca nubecilla que flota cual tenue gasa sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre que al miraros sonríe de cariño desde el cielo.

Si á la caída de una tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde á lo lejos, y que no es el canto de las aves ni el murmurio de la fuente, arrodillaos; es el aleteo de la oracion que por vosotros eleva vuestra madre.

Si en noche apacible del estío acaricia vuestra fuente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos ni el hábito embalsamado de las flores, extremeceos de placer: es el beso de pureza y de ternura que os envia desde el cielo vuestra madre.

Aunque la muerte la arrebate, la madre no deja nunca de existir para vosotros, los que tenéis corazon y sentimiento.

II.

Pueblos que rebajasteis la dignidad de la mujer, que la considerasteis como un sér casi despreciable, ¡venid! La razon os llama á juicio.

El sér que vilipendiais ha dado vida á vuestros héroes y á vuestros sábios.

Quando vuestros héroes y vuestros sábios, quando los Alejandro y los Homeros, los Césares y los Virgilio, cruzaban los azarosos dias de la infancia, una mujer los alimentaba con el jugo de su pecho; una mujer los adormecía con el arrullo de su amor.

Quando sus lábios empezaron á articular sonidos, una mujer les enseñó á pronunciar los nombres para vosotros venerandos; y les imbuyó vuestras creencias; y les dijo que habia una patria que debian adorar; una patria que ellos ilustraron luego con el brillo de sus conquistas ó con el mágico resplandor de su talento.

¡Detractores sistemáticos del que llamais sexo débil, recordad que habeis tenido madre, ó que la teneis todavía.

¡Los que negais absolutamente la virtud de la mujer, acordaos de vuestra madre!

¡Los que al nombre y á la memoria de madre no sintais latir de entusiasmo el corazón, apartad, alejaos!

Pero no vayais á los campos; que allí las tier-
nas avecillas besan á sus madres en el nido; allí el manso recental brinca de gozo junto á la oveja.

No vayais á los bosques; que allí podeis ver á la pantera lamer á sus cachorros, y á la leona acariciar á sus hijuelos.

Y no es bien que la leona y la pantera de los bosques, y la oveja y el ave de los prados enseñen al hombre las leyes inmutables de la naturaleza; al hombre, que es rey de la naturaleza y primera figura en el gran panorama de la creacion.

Huid adonde el sol no alumbre, adonde halleis un espacio virgen, jamás hendido por respiracion viviente; porque donde quiera que lleguen los rayos del sol, donde exista un sér organizado y sensible allí reinará magestuosamente la idea de la maternidad.

III.

Cuéntase que á un pintor célebre encomendaron un cuadro, donde se bosquejasen á un tiempo el amor y la pureza.

Y el artista trasladó al lienzo la imágen de una mujer que llevaba en los brazos al hijo de sus entrañas.

Aquel pintor era un sábio. Los brazos de nuestra madre son el trono del amor y la pureza, donde en los albores de la vida del hombre brilla su magestad de rey de la creacion.

En esos primeros años de la vida, la madre viene á ser para nosotros una segunda Providencia.

En los años de la niñez, la madre es nuestra primera maestra: ella nos enseña diariamente á alzar las manos al cielo y á bendecir al Dios de las

mercedes.

Por ella aprendemos á coordinar las palabras mismas de nuestras primeras oraciones; de esos primeros innos que el alma eleva á la reina de los ángeles.

En los años de la adolescencia, ella nos señala los senderos de la virtud, nos avisa de los precipicios, y quizá enjuga la primera lágrima de fuego que hace asomar á nuestros párpados un amor que no es el suyo. ¡Oh! el amor materno no arranca lágrimas de fuego; produce llanto apacible que refresca el alma, como el rocío á la tierra, como el céfiro á las flores.

En los años de la juventud consuela nuestras amarguras, perdona nuestros estravíos y es la amiga que nunca nos engaña; la amante inalterable y fiel que nos ama sin cálculo y sin interés, sin falsedad y sin celos.

Ella es la sola mujer que sin avergonzarse y avergonzarnos puede besar nuestra frente y estrecharnos en su seno.

Ella es la que comparte con nosotros los infortunios y los males; la que vela nuestro sueño; la que cuenta por segundos las horas de nuestro padecer; la que cierra nuestros párpados en el instante supremo; el único sér, en fin, despues de nuestro padre, que no admite consuelos por nuestra pérdida; porque se anega su alma en el mar sin bordes del egoismo intenso del dolor. 3

Si es indudable que los padres ocupan en la tierra el lugar de la Divinidad, concluyamos por declarar absurdo é inconcebible el ateísmo.

No puede existir un sér racional que niegue á su madre; si existiere, debe considerarse como una escepcion.

Las escepciones, tratándose del linaje humano, se llaman por otro nombre mónstruos. Su número es corto por fortuna.

Si consultamos la historia de la humanidda, hallaremos millares de páginas entre cada dos Nerones.

Por cada mónstruo, esto es, por cada hombre en cuyo pecho no se abrigue el amor maternal, hay generaciones sin cuento que rinden homenaje á la santa ley esculpida por la mano de Dios en el corazon de los mortales y por la mano Dios en el código inmortal del Sinay.

En esa doble ley natural y positiva está escrito el amor materno.

El amor materno es el mas puro y sublime de todos nuestros amores.

Un autor profundo y sentencioso nos ha legado esta máxima, que encierra una gran verdad:

«La mujer que con sus virtudes y sus gracias cautiva nuestra cabeza y nuestro corazon, es la que *más* amamos: la mujer á quien nos unimos con el vínculo del matrimonio es la que amamos *mejor*: la madre es la única mujer que amamos siempre.

CATALINA. (D. SEVERO)

Fragmento de un discurso académico sobre la Biblia.

Hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados la estrella del Oriente, adonde han ido á beber su divina inspiracion todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones, y de arrebatarse las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Este libro es la BIBLIA, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca á modular sus gemidos: en él vió Dante sus terríficas visiones: de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido á la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, á Luzbel en su primera conquista, á Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir á las gentes la tragedia de Paraiso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro Fr. Luis de Leon á ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonacion alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba á Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mus-

tios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderon á remontarse á las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazon humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremedas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor, con que unas veces ponian espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginacion, y habreis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habreis despojado al menos de sus destellos mas sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y sus santas magnificencias.

¿Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresion de la Biblia quedarian todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte? Porque en la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la Divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será: en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas: y en su última página el fin

de las cosas y de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio; y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó á los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitation de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, vense pasar unas en pos de otras á la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos: las tribus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus magistrados; las monarquías con sus reyes; y los imperios con sus emperadores: Babilonia pasa con su abominacion; Nínive con su pompa; Menfis con su sacerdocio; Jerusalem con sus profetas y su templo; Atenas con sus artes y con sus héroes; Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios: todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola. Allí se enentan ó se predicen todas las catástrofes; y por eso están allí los modelos inmortales de todas las tragedias: allí se hace el recuento de todos los dolores humanos; por eso las arpas bibli-

cas resuenan lúgubrementé, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las elegías. ¿Quién volverá á gemir como Job, cuando derribado en el suelo por una mano excelsa que le oprime hinche con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá á lamentarse como se lamentaba Jeremías en torno de Jerusalén, abandonada de Dios y de las gentes? ¿Quién será lúgubre y sombrío, como era sombrío y lúgubre Ezequiel, el poeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuando daba á los vientos su arrebatada inspiración, espanto de Babilonia? Cuéntanse allí las batallas del Señor, en cuya presencia son vanos simulacros las batallas de los hombres: por eso la Biblia, que contiene los modelos de todas las tragedias, de todas las elegías y de todas las lamentaciones, contiene también el modelo inimitable de todos los cantos de victoria.

¿Quién cantará como Moisés, del otro lado del mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jeová, el vencimiento de Faraón y la libertad de su pueblo? ¿Quién volverá á cantar un himno de victoria como el que cantaba Débora, la Sibila de Israel, la Amazona de los hebreos, la Mujer fuerte de la Biblia? Y si de los himnos de victoria pasamos á los himnos de alabanza, ¿en cuál templo resonaron jamás, como en el de Israel, cuando subían al cielo aquellas voces suaves, armoniosas, concertadas, con el del-

gado perfume de las rosas de Jericó y con el aroma del incienso del Oriente? Si buskais modelos de la poesía lírica, ¿qué lira habrá comparable con el arpa de David, el amigo de Dios, el que ponía el oído á las suavisimas consonancias y á los dulcísimos cantos de las arpas angélicas; ó con el arpa de Salomon, el rey sábio y felicísimo, que puso la sabiduría en sentencias y en proverbios, y acabó por llamar vanidad á la sabiduría; que cantó el amor y sus regalados deijos, y su dulcísima embriaguez, y sus sabrosos trasportes, y sus elocuentes delirios? Si buskais modelos de la poesía bucólica, ¿en donde los hallareis tan frescos y tan puros como en la época bíblica del patriarcado; cuando la mujer, la fuente y la flor eran amigas, porque todas juntas y cada una de por sí eran el símbolo de la primitiva sencillez y de la cándida inocencia? ¿Dónde hallareis sino allí los sentimientos limpios y castos, y el encendido pudor de los esposos, y la misteriosa fragancia de las familias patriarcales?

Y ved, señores, porqué todos los grandes poetas, todos los que han sentido sus pechos devorados por la llama inspiradora de un Dios han corrido á aplacar su sed en las fuentes bíblicas de aguas inextinguibles, que ahora forman impetuosos torrentes, ahora rios anchurosos y hondables, ya estrepitosas cascadas y bulliciosos arroyos, ó tranquilos estanques y apacibles remansos.

Libro prodigioso aquel, señores, en que el género humano comenzó á leer treinta y tres siglos há; y con leer en él todos los dias, todas las noches y todas las horas, aún no ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel, en que se calcula todo, antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos; en que sin estudios lingüísticos, se da noticia del origen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos, se cuenta la historia; en que sin estudios físicos, se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel, que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazon del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar, y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta ó predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia, y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, señores, que cuando los cielos se replieguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra resonando eternamente en las alturas.

DONOSO CORTÉS. (D. JUAN)

¿Entre que gentes estamos?

Hémos aquí refugiándonos en las costumbres: no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos.—Por otra parte no son las costumbres el último ni el menos importante objeto de las reformas. Sirva, pues, solo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos reglones, y vamos al caso.

No hace muchos dias que la llegada inesperada á Madrid de un extranjero, antiguo amigo mio de colegio, me puso en la obligacion de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia nunca hubiese yo solo realizado la observacion sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oír diariamente los dichos y modales que son la moneda de nuestro trato social, es culpa de que no salte su extrañeza tan fácilmente á nuestros sentidos; mi amigo no pudo menos de abrirme el camino, que el hábito tenían cerrado á mi observacion.

Necesitábamos hacer varias visitas: *¡un carruaje!* dijimos; pero un coche es pesado; un cabriolé será mas ligero: no bien lo habíamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno de los mejores alquiladores de esta corte, sobre todo, de esos que llevan dinero por los que llaman *bombés es decentes*, donde

encontró efectivamente uno sobrante y desocupado, que, para calcular como seria el maldecido, no se necesitaba saber mas. Dejó mi criado la señal que le pidieron, y dos horas despues, ya estaba en la puerta de mi casa un birlocho pardo con varias capas de polvo de todos los dias y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y aun yo tuve para mí que lo debian de sacar en los dias de aire á tomar polvo para que le encubriese las macas que tendria. Que las ruedas habian rodado hasta entónces, no se podia dudar; que rodarian siempre y que no harian rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestion: que el caballo habia vivido hasta aquel punto no era dudoso; que viviria dos minutos mas, eso era precisamente lo que no se podia menos de dudar cada vez que tropezaba con su cuerpo, no perecedero, sino ya perecido, la curiosa visual del espectador. Cierta ruido desapacible de los muelles y del eje le hacia sonar á hierro como si dentro llevara medio Rastro. Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servia, y entre la vida del caballo y la suya no se podia atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellon. Por lo mal comidos, por lo estropeados, por la vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ambos entes irraciona-

les se notaba, hubiera creído cualquiera que eran gemelos, y que no solo habían nacido á un mismo tiempo, sino que á un mismo tiempo iban á morir. Si andaba el birlocho era un milagro; si estaba parado un capricho de Goya. Fué preciso conformarnos con este elegante mueble: subí, pues, á él y tomé las riendas, despues de haberse sentado en él mi amigo el extranjero. Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchar, y fuí á subir á la trasera: sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar: mas ¿cuál fué mi admiración, cuando siento bajar el asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal, que parecía un espíritu desprendiéndose de la tierra?

¿Y qué dirán ustedes que era? que el birlocho venia sin barriguera, y lo mismo fué poner el lacayo la planta sobre la zaga, que á manera de balanza, vino á tierra el mayor peso, y subió al cielo la ligera resistencia del que *tantum pellis et ossa fuit*.

— Esto no es conmigo, exclamé; bajamos del birlocho, y á pié nos fuimos á quejar, y reclamar nuestra señal á casa del alquilador. Preguntámos y volvimos á preguntar, y nadie respondia, que aquí es costumbre muy recibida: pareció por fin un hombre, digámoslo así, y un hombre tan mal encarado como el birlocho: espúsele el caso, y pe-

dile mi señal en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él sino para que tirase él de mí.

—¿Qué tiene V. que pedirle á ese birlocho y á esa jaca sobre todo? me dijo echándome á la cara una interjecion espresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos. Despues de semejante entrada nada quedaba que hablar.—Véale V. despacio, le contesté sin embargo.—Pues no hay otro, siguió diciendo, y volviéndome la espalda: ¡A Paris por gangas! añadió.—Diga V. señor grosero, le repuse, ya en el colmo de la cólera, ¿no se contentan ustedes con servir de esta manera, sino que tambien se han de aguantar sus malos modos? ¿V. se pone aquí para servir ó para mandar al público? Pudiera V. tener mas respecto y crianza para los que son mas que él.—Aqui me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de estas que arrebañan á la persona mirada, de estas que van acompañadas de un gesto particular de los labios, de estas que no se ven sino entre los majos del pais.—Nadie es mas que yo, don caballero ó don lechuga; si no acomoda, dejarlo. ¡Mire V. con lo que se viene el seor levosa! A ver, chico, saca un bombé nuevo: ¡ahí en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno!—Y al decir esto salió una mujer y dos ó tres mozos de cuadra; y llegaronse á oír cuatro ó seis vecinos y catorce ó quince curiosos

transeuntes, y como el calesero hablaba en bajo y respondia en desvergonzado, y fumaba y escupía por el colmillo, é insultaba á la gente decente, el auditorio daba la razon al calesero, y le aplaudia y soltaba la carcajada, y le animaba á seguir: en fin, solo una retirada á tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la cual se preparaba á hacernos pasar el concurso que allí se habia reunido.

¿Entre qué gentes estamos? me dijo el extranjero asombrado. ¿Qué modos tan raros se usan en este pais!—Oh, es casual, le respondí algo avergonzado de la inculpacion, y seguimos nuestro camino. El dia habia empezado mal, y yo soy supersticioso con estos dias que empiezan mal, acaban peor.

Tenia mi amigo que arreglar sus papeles, y fué preciso acompañarle á una oficina de policia: ¡Aquí verá V., le dije, otra amabilidad y otra finura! La puerta estaba abierta, y naturalmente nos entrábamos; pero no habiamos andado cuatro pasos, cuando una especie de portero vino á nosotros gritándonos:—¡Eh! hombre! ¡adónde va V! fuera.—Este es pariente del calesero, dije yo para mí; salimos fuera, sin embargo esperamos el turno.—Vamos, adentro: ¿qué hacen ustedes ahí parados? dijo de allí á un rato, para dar á entender que ya podiamos entrar: entramos, saludamos, nos

miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debían contestar al saludo, se pidieron mutuamente papel y tabaco, echaron un cigarro de papel, nos volvieron la espalda, y á una indicación mia para que nos despachasen, en atención á que el Estado no les pagaba para fumar, sino para despachar los negocios.—Tenga V. paciencia, respondió uno, que aquí no estamos para servir á V.—A ver, añadió dentro de un rato, venga eso; y cogió el pasaporte y lo miró.—Y V. quien es?—Un amigo del señor.—¿Y el señor? algún francés de estos que vienen á sacarnos los cuartos.—Tenga V. la bondad de prescindir de insultos, y ver si está ese papel en regla.—Ya le he dicho á V. que no sea insolente sino quiere V. ir á la cárcel. Brincaba mi extranjero, y yo le veía dispuesto á hacer un disparate.—Amigo, aquí no hay mas remedio que tener paciencia.—¿Y que nos han de hacer?—Mucho y malo.—Será injusto.—¡Buena cuenta! Logré por fin contenerle.—Pues ahora no se le despacha á V.: vuelva V. mañana.—¿Volver? Vuelva V. y calle V.—Vaya V. con Dios.

—Yo no me á atrevía á mirar á la cara á mi amigo.—¿Quién es ese señor tan altanero? me dijo al bajar la escalera, y tan fino y tan... ¿Es algún príncipe?—Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personaje de la nación: como está empleado, se cree dispensado de tener crianza...

—Aquí tiene todo el mundo esos mismos modales segun voy viendo. — ¡Oh! no, es casualidad. *C'est drole*, iba diciendo mi amigo, y yo diciendo: ¿Entre que gentes estamos?

Mi amigo queria hacerse un pantalon, y le llevé en casa de mi sastre. Esta era mas negra: mi sastre es hombre que me recibe con sombrero puesto que me alarga la mano y me la aprieta; me suele dar dos palmaditas ó tres, mas bien mas que menos cada vez que me vé; me llama simplemente por mi apellido, á veces por mi nombre como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus porroquianos; y no me tutea, no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. Mi francés nos miraba á los dos alternativamente; mi sastre se reia; yo mudaba de colores, pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres, ó todos los sastres son caballeros. Por supuesto que el maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en darnoslo encendido el mismo de su boca; cuantas groserias, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas gentes. — Era por la mañana: la fatiga y el calor nos habian dado sed: entramos en un café y pedimos sorbetes. — ¡Sorbetes por la mañana! dijo un mozo con voz brutal y gesto de burla. ¿Qué si quieres? — ¡Bravo! dije para mí. ¿No

presumia yo que el día había empezado bien.— Pues traiga V. dos vasos pequeños de limón... Vaya, ¡hombre! anime V.; tómelos V. grandes, nos dijo entonces el mozo con singular franqueza; si tiene V. cara de sed.—Y V. tiene cara de morir de un silletazo, repuse yo ya incomodado: sirva V. con respecto; calle, y no se chancee con las personas que no conoce, y que están muy lejos de ser sus iguales.

Entre tanto que esto pasaba con nosotros, en un billar contiguo diez ó doce señoritos de muy buenas familias jugaban al billar con el mozo de este, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba á uno, sobaba á otro, insultaba al de mas allá, y se hombreaba con todos: todos eran unos. ¿Entre que gentes estamos? repetia yo con admiracion, *¡C' est drôle!* repetia el francés.

¿Es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto? ¿Hay tal confusion de clases y personas? ¿para qué cansarme en enumerar los demás casos que de este género en aquel bendito día nos sucedieron? Recapitule el lector cuantos de estos le suceden la día y le están sucediendo siempre, y estos mismos nos sucedieron á nosotros. Hable V. con tres amigos en una mesa de café: no tardará mucho en arrimarse alguno que nadie del corro conozca, y con toda franqueza meterá su baza en la conversacion. Vaya V. á comer en una fonda, y cuente V. con

el mozo que ha de servirle como pudiera V. contar con un comensal. El le bordará á V. la comida con chanzas groseras; él le hará á V. preguntas fraternales y amistosas;... él... Vaya V. á una tienda á pedir algo —¿Tiene V. tal cosa?—No señor; aquí no hay.—Y sabe V. donde la encontraría?—¡Toma! qué sé yo! Búsquela V. Aquí no hay.—¿Se puede ver al señor de tal? dice V. en una oficina.—Aquí es peor, pues ni siquiera contestan no: ¿Ha entrado V.? como si hubiera entrado un perro.—Va V. á ver un establecimiento público?—Vea V. que caras, que voz, que espresiones, que respuestas, que groserías. Sea V. grande de España; lleve V. un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbre, y le detenga en la calle, y le manosee y empuerque su tabaco, y se lo vuelva apagado. ¿Tiene V. criados? Haga V. cuenta que mantiene unos cuantos amigos, ellos llaman por su apellido seco y desnudo á todos los que lo sean de V., hablan cuando habla V., y hablan ellos... ¡Señor! ¡señor! ¿Entre que gentes estamos? ¿Qué orgullo es el que impide á las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¿Qué trueque es este de ideas y de costumbres!

Mi francés habia hecho todas estas observaciones pero no habia hecho la principal; faltábale observar que nuestro pais es el pais de las anomalías:

asi que al concluirse el dia, amigo, me dijo, yo he viajado mucho: ni en Europa, ni en América, ni en parte alguna del mundo he visto menos aristocracia en el trato de los hombres; este es el pais á donde yo me vendria á vivir; aquí todos los hombres son unos: se cree estar en la antigua Roma.

En llegando á Paris voy á publicar un opúsculo en que pruebe que la España es el pais más dispuesto á recibir...

—Alto ahí señor observador de un dia, dije á mi estrangero interrumpiéndole: adivino la idea de V., las observaciones que ha hecho V. hoy son ciertas: la observación general empero que de ellas deduce V. es falsa: esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean, y que solo se podrian explicar entrando en pormenores que no son del momento: este es desgraciadamente el pais menos dispuesto á lo que V. cree, por mas que le parezcan á V. todos unos. No confunda V. la debilidad de la senectud con la de la niñez: ambas son debilidad, las cuales son no obstante diferentes: esa franqueza, esa aparente confusion y nivelamiento extraordinario no es el de una sociedad que acaba, es el de una sociedad que empieza; porque yo llamo empezar...—¡Oh! sí, sí, entiendo.—*¡C'est drole! ¡C'est drole!* repetia mi francés.

—Ahí verá V. repetia yo, entre que gentes estamos.

LARRA. (D. MARIANO JOSÉ DE)

Las sillas del Prado.

En risueño ademan y galante apostura, sujeta la lira en la siniestra mano, y descansando la diestra, como quien ya no tiene gana de cantar se alzaba el rubicundo Apolo en el término medio del Prado matritense, dominando á las cuatro estaciones del año, que yacian acurrucadas á sus piés.

Era la noche, y la señora Diana, aunque algo soñolienta y ajada de amores, habia relevado al Dios de Delo en la guardia y centinela de este mundo pecador; con que veíase el hijo de Latona libre aun por algunas horas de este cuidado; que no lo es corto, ni discreto, el haber de consumirse por alumbrar á los demás, mientras cierran los ojos á la luz.

Es fama en el Olimpo que estas horas de reposo, en que el Dios de los membrillos cede á su hermana *la alta mision de propagar las luces*, las tenia consagradas de tiempo inmemorial á tomar las cuentas de cargo y data á las señoras Musas allá en el Parnaso, y á despachar el correo, espidiendo desde aquel comité central sendas remesas de inspiraciones á todos los poetas con quienes conservaba buena amistad y correspondencia; ora fuesen príncipes y magnates y supieran y pudieran acompañarse con lira de oro, ya rústicos y peche-

ros, y entonasen sus villancicos al son de cáramo pastoril.

Con esto el señor Apolo andaba tan ocupado, que apénas le bastaban para la firma las largas horas de la noche; y solíale acontecer á veces rendirse cansado al sueño, olvidando su obligacion matutina, hasta que ya muy corridas las horas se levantaba todo atortolado y corria á los piés del padre Júpiter, el cual no dejaba de echarle una buena reprimenda, y decirle que la poesía habia de acabar por dejarle á buenas noches.

Hoy dia, bendito Dios es otra cosa: pues ó sea que el Númen délfico se haya desengañado de la inutilidad de semejante trágico, ó sea (y esta parece la verdad) que los señores poetas se hayan emancipado y proclamado sus derechos imprescriptibles, ello es que ha venido á levantarse el abasto de las inspiraciones, declarándose estas comercio libre, y que cada cual pueda surtirse de ellas en cualquier parte y á poca costa; v. g. en los cafés ó en los cementerios; cosas todas mas fáciles y hacederas que no andarse un hombre toda su vida trepando por las escabrosidades del Parnaso, á riesgo de rasgarse el corbatín ó de ensuciarse los guantes. Con esto el Dios indefinido ha venido á quedar tan holgachón y tan horro de todo trabajo, que se pasa una vida que ni un canónigo del antiguo régimen limitado á pasear su reluciente carro por el Olim-

po, y á presidir (con superior permiso) las prosaicas aventuras de nuestro Prado matritense.

Queda dicho arriba que era una de estas noches de agosto, en que despues de haberse divertido el buen señor en tostarnos las molleras descansando perpendicular sobre los tejados de Madrid, se hallaba sustituido por la *casta diva*, que con mas galanteria y benevolencia dejaba escapar una luz templada, y daba á los madrileños el grato espectáculo de su hermosa faz, pura, grande, serena, *senza nube é senza vel*.

Llegado era el momento, en que todos los heróicos ciudadanos se habian, en uso de su soberanía, retirado á acostar, y reinaba por todo el Prado el más profundo silencio, cuando repentinamente se percibió un ruido armonioso, que por lo sobrenatural é inusitado pareció dar vida y movimiento á aquel solitario recinto; y no era otra cosa, sino que el Dios Timbreo, viéndose solito y seguro de que nadie le escuchaba, habia tenido la tentacion de pasear los dedos por las cuerdas de su lira, con que quedaron las estrellas suspensas en el firmamento, y los árboles inclinaron las venerables copas para mejor poderle escuchar.

Cualquiera creeria que estos no eran mas que preludios para empezar á cantar; pero ¿qué filarmónico ni que poeta han visto V. V. que guste de cantar sin auditorio? S. M. délfica tampoco era in-

diferente á una *comision de aplausos*, y hubiera dado en aquel instante un ojo de la cara por encontrar un poeta que quisiera escucharle; pero los poetas andaban todos á la sazón muy ocupados, cuales buscando ideas en un bol de ponche, cuales escribiendo desde un quinto piso un artículo contra el ministerio.

Despechado, pues, de verse tan redóndamente escaso de auditorio, ocurrióle una idea que le pareció muy feliz, y fué, que pues que los seres animados rechazaban su inspiracion, debia acudir á dispensarla á los inanimados, y usando como si dijéramos de una licencia poética, inspirar á las sillas que le estaban mirando sin decir «esta boca es mia»

Dicho y hecho: apéase de su elevada cúspide; baja de un salto hasta colocarse en el borde del pilon de la fuente, y esforzando cuanto pudo la voz.

—«¿Eh..... señoras sillas... ha de casa... (les dijo)..... Apolo os llama, y os pide conversacion; vengan aquí todas, y entreténganme un rato, que ya me canso de tanta olganza, y tomen y reciban ese cacho de inspiracion que repartirán entre sí como buenas hermanas, y si no alcanzase á poder hablar en verso, vaya en prosa, con tal que sea clara, que en prosa habló Cervantes y no por eso deja de ser el primer poeta del mundo.»

Y súbito las sillas se vieron animadas, y agru-

pándose misteriosamente en ancho círculo en derredor del Dios, dejaron entender un bisbiseo confuso, como el que ofrece un enjambre de abejas en presencia del colmenero: ó una escuela de muchachos en el punto en que el maestro da licencia de marchar...

«En armonioso grupo, (dijo *Desvencijada*) estábame yo solazando con otras mis compañeras, ahí en el trozo de abajo entre vuesa merced y el Sr. Neptuno, cuando vinieron á ocuparnos cuatro apuestos mancebos, que por su locuacidad y desenfado calificamos desde luego de personas de importancia. Ella era sin duda tal, que apenas pasaba alma viviente que no saludasen y hablasen con llaneza y marcialidad; otros, al parecer de la misma clase, venian á incorporarse con ellos, y formar corro que se iba ensanchando en términos formidables; pero por mas que hacíamos mis compañeras y yo no podíamos adivinar qué gentes eran aquellas tan populares, tan decisivas, tan espontáneas. Aplicábamos, pues, nuestra atencion á sacar el ovillo de su profesion por el hilo de sus palabras, y unas veces los tomábamos por artistas, oyéndoles hablar de *colores* y *matices*; otros encarecian sus *artículos de fondo*, y al instante los calificábamos de almacenistas de la plaza ó drogueros de Santa Cruz; discurrían á veces sobre la manera de propagar *las luces*, y tomabámoslos entón-

ces por encargados del alumbrado; ora se decían órganos de no sé qué coro, ora se daban el título de *opinion pública*, y de *juicio del país*; y en medio de tantas confusiones, nosotras sin acertar ni qué juicio, ni qué luces, ni qué fondo, ni qué colores, ni qué órganos, ni qué palabrotas eran aquellas hasta que quiso Dios que acertase á pasar un quidam, el cual vino como llovido á resolver nuestras dudas, saludándolos sombrero en mano con estas palabras: «Salud señores periodistas.»

Voto á....! (esclamó Apolo saltando espelusnado como un gato sobre el borde del pilon) ¡ah hi de puerca tú, y que gentes me traes á la rueda! aquellos por quienes yo padezco y sufro confinacion y destierro; aquellos que me han arrancado el cetro y tornádome muda la lira; aquellos que me miran como mueble clásico y pueril, y entretienen al vulgo con sus discursos originales, traducidos del francés! Háblarasle á Apolo de hereges judaizantes, ó de moriscos recién convertidos, de caribes antropófagos, ó de negros bozales; pero hablarle de periodistas, y de periodistas políticos sobre todo, tentacion es del demonio y que no se puede sufrir. Mas pues carezco de otro medio de comunicacion con esas gentes, gustoso habré de disimular mi encono, aprovechando la ocasion que se me presenta de informarme de su condicion y travesura; y así, hermana silla, prosiga ya la comenzada historia, que cuando no de gus-

to, podrá servir á mi délfica persona de interés y aprovechamiento.—

—Tuvímosle y no poco yo y mis compañeras, volvió á replicar la silla, con el descubrimiento que al fin hicimos del carácter y circunstancias de aquel conclave, pues siendo como á cada paso repetían la espresion *formulada* de la pública opinión, poníannos en el caso de conocer á poca costa el estado de ella. ¡Pero ay, señor Apolo! y qué chasco tan estupendo nos llevamos, y como no será menor el que se lleve, si le repito palabra por palabra el language convencional en que fué sostenido aquel diálogo; language tan de todo punto nuevo, que puesto que nacidas en Madrid, y súbditas ordinarias de vuesa merced, era para nosotras claro como el hebreo; y cuenta, que vuesa merced pueda interpretarle tampoco si no ha por ahí á la mano un diccionario de esta moderna greguería...

—Ya veo con dolor, repuso Apolo, que aun me quedan largos años de reposo por esta tierra; ya veo y conozco que cuando tan á poca costa y con cuatro frases pomposas puede aspirarse al título de sábio, y tras él á una direccion ó á un ministerio, necio será el que se quiera consumir trabajando concienzudamente con solo el objeto de alcanzar fama literaria; ya reconozco la razon de tanto desvio hácia mi persona, y que apénas haya quien quiera saludarme cuando me encuentra; ya en fin

advierto que es tiempo de arrojar la lira, renegar de mis hermanas las Musas, y marcharme por ese mundo adelante proclamando principios y disfranzando fines, y riéndome de los necios humanos, que así caen al cebo de las palabras como los pájaros en la liga.

Y diciendo esto el afligido Dios levantóse resueltamente haciendo ademán de arrojar el instrumento en el pilón de la fuente; viendo lo cual muchas de las circunstantes se abalanzaron á contenerle, y una mas atrevida, que no sin harto trabajo habia callado hasta allí, saltó en medio del corro y exclamó:

Alto allá, señor Apolo, no hay que desesperarse y hacer una calaverada, que por mi fé y palabra que aun existen por esta tierra celosos servidores de vuesa merced, bastantes á poblar todos los hospitales del mundo. No sino éntrese cualquiera mañana por esa universidad adelante, y á poco que se revuelva tropezará con dos ó tres centenares de vates desde los quince á los veinte de la edad, entre la palmeta y el barbero, vamos al decir, ingenios precoces y prematuros, que así mascan y comentan el *fuero juzgo*, como entonan una jaculatoria á la eternidad; ora sustentan un argumento *á priori*, ora dirigen á su querida un tratado de teología en quintillas; que sueñan en sus versos nocturnos seres ideales, fantásticas mugeres, aéreas, vaporosas,

sulfúricas, y por el día corren en prosa tras las modistas de la calle de la Montera; que todavía no han saludado mas que el salon de Oriente, y ya escriben dramas en que aspiran á pintar la sociedad sin máscara...

—Cada cosa que os escucho, dijo Apolo, me da mas en qué pensar, y me afirma de nuevo en la idea que he llegado á concebir de la inutilidad de mi ministerio. Vosotras, por ejemplo, me hablais de una prodigiosa abundancia, de una generacion entera de sábios y poetas; y yo Apolo, el Dios del saber y de la poesía, apenas puedo decir que conozco de vista á media docena; me contais sus triunfos, y yo no he asistido á sus triunfos, ni siquiera de politica convidado. Me encomiais sus numerosas obras, y yo apenas encuentro nada que leer por mucho que me mato á recorrer esas librerías. Luego ¿qué es esto? Son ellos los sábios, ó yo soy un porro? Hablan ellos en castellano, ó yo soy hebreo?

Eso consiste, replicó la silla, en que vuesa merced es poeta clásico, retrógrado y añejo y está muy casado con su Aristóteles y su Horacio; libros por otra parte muy santos y muy buenos, pero que no son ningun evangelio. Además, señor Apolo, fuerza es confesar que su lira iba estando ya un si es no es destemplada y floja; y sus desmayados sonidos no son cosa para electrizar á una genera-

cion educada al ruido del tambor y al humo de la pólvora, á los gritos de la plaza pública y á la violenta agitacion de las revoluciones políticas. No, sino vénganos V. ahora con sus *dulces caramillos* y con sus *Melampos* y sus *Melibeos*, y quiéranos encajar su zamarrilla de pieles y su cayado, cuando el que mas y el que ménos anda por esas calles hecho un Bernadotte, y sabe muy bien manejar el fusil, y sublevar á un pueblo desde la tribuna, ó derribar á un ministerio desde la redaccion de su periódico.

—Calle, calle la maldecida, replicó impaciente el Dios, y no hablemos mas de esto, ó sino le encajo la lira encima del espaldar, y entónces me dirá si es ó no de algodón cardado. Habráse visto desvergüenza mayor? Porque me ven solo y sin corte como rey cesante, todas han de querer, como quien dice, subírseme á las barbas! Pero ¡ay triste! que no las tengo, y hasta en esto me diferencio de los poetas del dial...

—¿Y me he de estar callando, interrumpió *Trespies*, yo que guardo en mis adentros cosas estupendas y dignas de ser puestas en solfa?—Pido la palabra.—Pues yo la tomo.—Pues yo la agarro.—Pues yo no la suelto.—Pues yo...—Pues tú...—Pues sí...—Pues no...

Y aquello se convirtió, como si dijéramos, en un verdadero parlamento en dia de interpelacion.

Todo era interrumpirse, y chillar, y ponerse roncacas, y dar manotadas, y lanzarse pullas, y mirarse de través; hasta que el presidente Apolo, habiendo llegado á los 59 grados sobre cero de su despecho, ideó una diablura que ni el mismo Satanás en sus buenos tiempos: y fué quitarles de repente el entendimiento y la voluntad, y dejarles sólo la memoria: y luego permitir que todas hablasen á un tiempo y sin oír á las demás, y que repitiesen como un eco, simplemente y sin comentarios, todas las palabras sueltas que habian escuchado aquella tarde en el paseo, con que se armó un confuso clamoreo de interrupciones, preguntas, respuestas, medias palabras y palabras enteras, como si todo el Prado se hubiera vuelto á la sazón á poblar de paseantes...

—Basta, basta, canalla infernal, dijo enfurecido el Dios, apresurándose á trepar á su sitio acostumbrado: basta ya con vuestra diabólica gritería, que cuento que aunque me suba al Olimpo no he de desechar tan pronto la pesadilla. ¡Cáscaras! y que noche me han dado las perras, qué amargas verdades me han encajado que quieras que no. Ea bien, tiempo es de callar, que ya estoy viendo á la señora Diana que me hace señas de que vaya á relevarla, porque se quiere ir á dormir. Todo el mundo pare la lengua, y vuelva por su camino sin chistar ni mistar, que si alguna otra noche

me diere gana de echarla á perros, se les avisará á domicilio, veremos si entónces me ponen en limpio este borrador.

Y todas las sillas marcharon á sus puestos sin replicarle; y cuando el sereno atravesó al amanecer el Prado, despues de haber dormido toda la noche en un banco, ya se las encontró á todas como si tal cosa, guardando sus puestos, mudas, graves y en correcta formacion.

MESONERO ROMANOS. (D. RAMON DE)

Entrada de los franceses.

Clara ya y del todo descubierta la política de Napoleon respecto de Portugal, disponian en tanto los fingidos aliados de España dar al mundo una señalada prueba de alevosía. Por las estrechuras de Roncesvalles se encaminó hácia Pamplona el general Darmagnac con tres batallones y presentándose repentinamente delante de aquella plaza, se le permitió sin obstáculo alojar dentro sus tropas: no contento el francés con esta demostracion de amistad y confianza, solicitó del Virrey, marqués de Vallesantoro meter en la ciudadela dos batallones de suizos, so color de tener recelos de su fidelidad. Negóse á ello el Virrey, alegando que no le era lícito acceder á tan grave propuesta sin autoridad de la Córte: adecuada contestacion y digna del de-

Le bido elogio si la vigilancia hubiera correspondido
a lo que requería la crítica situación de la plaza.
Pero tal era el descuido, tal el incomprensible aban-
dono, que hasta dentro de la misma ciudadela iban
todos los días los soldados franceses á buscar sus
provisiones, sin que se tomasen ni las comunes pre-
cauciones de tiempo de paz. No así desprevénido
el general Darmagnac, se había de antemano, hos-
pedado en casa del marqués de Besolla, porque si-
tuado aquel edificio al remate de la esplanada y
enfrente de la puerta principal de la ciudadela,
podía desde allí con más facilidad acechar el oportu-
no momento para la ejecución de su alevoso de-
signio. Viendo frustrado su primer intento con la
repulsa del Virrey, ideó el francés recurrir á un
vergonzoso ardid. Uno á uno y con estudiada di-
simulación mandó que en la noche del 15 al 16
de Febrero pasasen con armas á su posada cierto
número de granaderos, al paso que en la mañana
siguiente soldados escogidos, guiados bajo disfraz
por el gefe Robert, acudieron á la ciudadela á to-
mar los víveres de costumbre. Nevaba, y bajo pre-
texto de aguardar á su gefe empezaron los últimos
á divertirse tirándose unos á otros pellas de nieve:
distrayeron con el entretenimiento la atención de los
soldados españoles, y corriendo y jugando de aquella
manera se pusieron algunos sobre el puente levadi-
zo para impedir que se alzase. A poco y á una

señal convenida se abalanzaron los restantes al cuerpo de guardia, desarmaron á los descuidados centinelas y apoderándose de los fusiles del resto de la tropa colocados en el armero; franquearon la entrada á los granaderos ocultos en casa de Darmagnac á los que de cerca siguieron todos los demás. La traicion se ejecutó con tanta celeridad que apenas habia recibido la primera noticia el desavisado Virrey, cuando ya los franceses se habian del todo posesionado de la ciudadela. Darmagnac le escribió entónces á manera de satisfaccion, un oficio en que al paso que se disculpaba con la necesidad, lisongeábase de que en nada se alteraria la buena armonía propia de los fieles aliados: género de mofa con que hacia resaltar su fementida conducta.

Por el mismo tiempo se habia reunido en los Pirineos orientales una division de tropas italianas y francesas, compuestas de once mil hombres de infantería y mil setecientos de caballería: en 4 de Febrero tomó en Perpiñan el mando el general Duhesme, quien en sus memorias cuenta solo disponibles siete mil soldados: á sus órdenes estaban el general italiano Luechi y el francés Chabran. A pocos dias penetraron por la Junquera dirigiéndose á Barcelona, con intento, decian de proseguir su viaje á Valencia. Antes de avistar los muros de la capital de Cataluña recibió Duhesme una ins-

truccion del capitan general conde de Ezpeleta, sucesor por aquellos dias del de Santa Clara, para suspender su marcha hasta tanto que consultase á la Córte. Completamente ignoraba esta el envio de tropas por el lado oriental de España ni el embajador francés habia siquiera informado de la novedad, tanto mas importante, cuanto Portugal no podia servir de capa á la reciente expedicion. Duhesme, lejos de arredrarse con el requerimiento de Ezpeleta contestó de palabra con arrogancia que á todo evento llevaria á cabo las órdenes del Emperador, y que sobre el Capitan general de Cataluña recaeria la responsabilidad de cualquiera desavenencia. Celebró un consejo el conde de Ezpeleta, y en él se acordó permitir la entrada en Barcelona á las tropas francesas. Así lo realizaron en 13 de aquel mes quedando no obstante en poder de la guarnicion española Monjuich y la ciudadela. Pidió Duhesme que en prueba de buena armonía se dejase á sus tropas alternar con las nacionales en la guardia de todas las puertas. Falto de instrucciones y temeroso de la enemistad francesa accedió Ezpeleta, con harta si bien disculpable debilidad, á la imperiosa demanda, colocando Duhesme en la puerta principal de la misma ciudadela una compañía de granaderos en cuyo puesto habia solamente 20 soldados españoles. Pesaroso el Capitan general de haber llevado tan allá su condescen-

dencia, rogó al francés que retirase aquel piquete, pero muy otras eran las intenciones del último, no contentándose ya con nada menos que con la total ocupacion. Andaba tambien Duhesme mas receloso á causa de la llegada á Barcelona del oficial de artillería Don Joaquin Osma, á quien suponía enviado con especial encargo de que se velase de la conservacion de la plaza, probable congetura, en efecto, si en Madrid hubiera habido sombra de buen gobierno; mas era tan al contrario que Osma habia sido comisionado para facilitar á los aliados cuanto apequesen, y para recomendar la buena armonía y mejor trato. Solo se le insinuó en instruccion verbal que procurase de paso indagar en las conversaciones con los Oficiales cual fuese el verdadero objeto de la expedicion, como si para ello hubiera habido necesidad de correr hasta Barcelona y de despachar espresamente un oficial de explorador.....

Hé aquí el modo insidioso con que en medio de la paz y de una estrecha alianza se privó á España de sus plazas mas importantes: perfidia atroz, deshonrosa arteria en guerreros envejecidos en la gloriosa profesion de las armas, agena é indigna de una nacion grande y belicosa.....

CONDE DE TORENO.

TROZOS EN VERSO

— CUANDO SE CANTAN EN LOS TEATROS DE MADRID Y EN LAS CORTES —

El cuerpo en verso

Quiero saber
Que me digas
Aquel verso
Que vides en
De esta respuesta
Que se da en un caso
De un poeta

VERSO.

Y se dice
Este modelo
Salió de las dices
A ver a Cicerón
(No lo altera)
Horas mentadas
Dase de haber
Hacia arriba
Hacia la del
Y en una espina
Se lo encuentra
Fuera en duda
Como de ver
Los arduos
La grande

TROZOS EN VERSO

ESCOGIDOS DE ENTRE LOS MEJORES AUTORES CASTELLANOS.

El coche en venta.

Quiero contarte
Que don Miguel,
Aquel pesado
Que viste ayer,
Me está moliendo
Más ha de un mes
Sin ser posible
Zafarme de él,
Para que compre
(Mal haya, amen)
Sus dos candongas
Y su cupé.
Esta mañana
Salí á las diez
A ver á Clori
(No lo acerté):
Horas menguadas
Debe de haber.
Ibame aprisa
Hacia la Red,
Y en una esquina
Me le encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,

Los argumentos
Que toleré,
El martilleo
De somaten,
Y las mentiras
De tres en tres,
«Y, no hay remedio,
Ello ha de ser;
Porque, amiguito,
Mirado bien,
Sale de balde,
Parece inglés;
La caja es cosa
Digna de un rey.
¡Qué bien colgada!
¡Qué solidez!
Otra más cuca
No la vereis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y á los dos meses
Llegó á ofrecer
El marquesito
De Mirabel
(Sobre la suma
Que yo solté)
Catorce duros
Para beber,
A un chalan cojo
Aragonés,
Que vive al lado

De la Merced.
Son dos alhajas:
No hay que temer,
Fuertes, seguras,
De buena ley.
Con que Domingo
Puede á las seis
Ir á mi casa,
Yo os dejaré
Las señas.... Pero
¿Teneis papel?
—No tengo nada,
Ni es menester:
Dejadme vivo,
Sayon cruel.
Si ya os he dicho
Que no gasteis
Saliva y tiempo;
Si no ha de ser;
Si por no hallaros
Segunda vez,
Solo, sin capa,
Me fuera á pié
Hasta la turca
Jerusalen.»
Y te parece
Que le ahuyenté?
Nunca un pelmazo
Llega á entender
Lo que no cuadra
Con su interés.
Quise cansarle,
Me equivoqué:

Sigo mi trote
Sigue también
Suelto de lengua,
Agil de piés,
Siempre á la oreja
Como un lebre!.
Lloviendo estaba,
Y á buen llover;
Calles y plazas
Atravesé,
Charcos arroyos...
Voy á torcer
Por la bajada
De san Ginés;
Hallo un entierro
De mucho tren;
Muerto y parientes
Atropellé.
Él por seguirme
Dió tal vaiven
A un monaguillo,
Que sin poder
Valerse, al suelo
Cayó con él.
Tal del pobrete
La rábía fué,
Tal cachelina
Siguió despues,
Que malferido,
Zurrado bien
Allí entre el todo
Me le dejé.

MORATIN (D. LEANDRO FERNANDEZ).

La despedida.

Riberas amenas
Del fértil Segura,
Zagalas morenas
De garbo gentil;
A Dios! que mi dura
Fortuna me lleva
A ver tierra nueva
Do corre el Genil.

En vano, al dejaros,
Mi llanto reprimo;
En vano, al hablaros,
Quisiera llorar:

Y al cabo, si gimo,
Mi mal no se calma;
Ni muero, si el alma
Concentra el pesar.

¡A Dios, patria mia!
A Dios, cuna amada!
Mi bien, mi alegría
Murieron en flor.

La bella Granada,
Si mas bella fuera;
Tampoco pudiera
Templar mi dolor.

Oh! nunca sus prados,
Sus cármenes frios
Tus valles llorados
Me harán olvidar:

Tus valles sombríos,
Tus altas moreras,
Tus aguas parleras,

Tu blando azahar.
Si alguna zagala,
Al verme tan niño,
Quisiere por gala
Prenderme en su amor,
Mi tierno cariño
Diréle que habita
Do nunca marchita
La nieve el verdor.
¡A Dios, mis pastores!
A Dios, mis zagalas!
Sabrosos amores
De pecho infantil!
Del viento en las alas
Mi pena á deciros
Mis tiernos suspiros
Vendrán del Genil.

FLORAN. (D. JUAN)

La espigadera.

Zagala donosa,
Linda espigadera,
Que el dorado fruto
Llevas á la aldea;
Pon sobre mis hombros
La carga ligera;
No más afanada
Mis ojos te vean.
Mira que envidiosa
Vénus te aconseja
Malogres tus años
En ruda faena:
¿Qué placer te brindan

Las desnudas heras,
Los tostados haces,
Las aristas secas?
El sol con sus rayos
Abrasa la tierra,
Sin que leve sombra
De su ardor defienda:
Enjutas del río
Se ven las arenas;
Y al margen se apiñan
Las místicas ovejas.
Sin flores el prado,
Los campos sin yerba,
Los árboles secos,
La fuente sedienta,
Ni cantan las aves,
Ni céfiro vuela;
La triste cigarra
Tan solo resuena.....
Ay! ven; y en la gruta,
De musgo cubierta,
En pláticas dulces
Pasemos la siesta;
Que amor te convida,
Te llama, te espera,
De gente curiosa
Guardando la puerta.

MARTINEZ DE LA ROSA. (D. FRANCISCO)

Mas vale trocar
Placer por dolores
Que estar sin amores.
Donde es gradescido,

Es dulce el morir;
Vivir en olvido
Aquel no es vivir:
Mejor es sufrir
Pasion y dolores
Que estar sin amores.

Es vida perdida
Vivir sin amar;
Y mas es que vida
Saberla emplear:
Mejor es penar
Sufriendo dolores
Que estar sin amores.

La muerte es vitoria
Dó vive aficion,
Que espera haber gloria
Quien sufre pasion;
Mas vale prision
De tales dolores
Que estar sin amores.

El que es mas penado
Mas goza de amor;
Que el mucho cuidado
Le quita el temor:
Así que es mejor
Amar con dolores
Que estar sin amores.

No teme tormento
Quien ama con fé,
Si su pensamiento
Sin causa no fué;
Habiendo porqué,
Mas valen dolores

Que estar sin amores.
Amor que no pena,
No pida placer;
Que ya lo condena
Su poco querer:
Mejor es perder
Placer por dolores
Que estar sin amores.

JUAN DE LA ENCINA.

La mas bella niña
De nuestro lugar
Hoy viuda y sola,
Y ayer por casar,
Viendo que sus ojos
A la guerra van,
A su madre dice,
Que escucha su mal:
Dejadme llorar
Orillas del mar.
Pues me disteis madre,
En tan tierna edad
Tan cortó el placer,
Tan largo el pesar;
Y me cautivastes
De quien hoy se va
Y lleva las llaves
De mi libertad,
Dejadme llorar
Orillas del mar.

Dulce madre mia,
¿Quién no llorará,

Aunque tenga el pecho
Como un pedernal,
Y no dará voces
Viendo marchitar
Los mas verdes años
De mi mocedad?
Dejadme llorar
Orillas del mar.

Váyanse las noches,
Pues ido se han
Los ojos que hacian
Los míos velar;
Váyanse y no vean
Tanta soledad,
Después que en mi lecho
Sobre la mitad:
Dejadme llorar
Orillas del mar.

GÓNGORA. (D. LUIS DE)

El amante tímido.

«Si quiero atreverme,
«No sé qué decir.
En la pena aguda
Que me hace sufrir
El Amor tirano
Desde que te ví;
Mil veces su alivio,
Te voy á pedir,
Y luego, aldeana,
Que llego ante tí,
«Si quiero atreverme

«No sé qué decir.

Las voces me faltan,

Y mi frenesí

Con míseros ayes

Las cuida suplir;

Pero el dios que aleya

Se burla de mí,

Cuanto ansio mas tierno

Mis lábios abrir,

«Si quiero atreverme

«No sé qué decir.

Sus fuegos entónces

Empieza á sentir

Tan vivos el alma,

Que pienso morir,

Mis lágrimas corren,

Mi agudo jemir

Tu pecho sensible

Conmueve; y al fin,

«Si quiero atreverme

«No sé qué decir.

No lo sé, temblando,

Si por descubrir

Con loca esperanza

Mi amor infeliz,

Tu lado por siempre

Tendré ya que huir:

Sellándome el miedo

La boca; y así,

«Si quiero atreverme

«No sé qué decir.

¡Ay! ¡si tú, adorada,

Pudieras oír

Mis hondón suspiros!
Yo fuera feliz:

Yo, Filis, lo fuera,
Mas ¡triste de mí!
Que tímido al verte
Burlarme y reir,

«Si quiero atreverme
«No sé qué decir.

La tortolilla

¡Oh dulce tortolilla!
No mas la selva muda
Con tus dolientes ayes
Molestes importuna.

Deja el arrullo triste;
Y al cielo no ya mística
Te vuelvas, ni angustiada
Las otras aves huyas.

¿Qué valen, ¡ay! tus quejas?
¿Acaso de la oscura
Morada de la muerte
Tu dueño las escucha?

¿Le adularás con ellas?
¿O allá en la fría tumba
Los míseros que duermen,
De lágrimas se cuidan?

¡Ay! no; que do la Parca
Los guarda con ley dura,
No alcanzan los jemidos,
Por mas que el aire turban.

En vano te querellas:
¿Do vuelvas? ¿porqué buscas

Las sombras, ¡ó infelice!
Negada á la luz pura?
¿Porqué sola, azorada,
De tí misma te asustas;
Y en tu arrullo te ahogas
En tu inmensa amargura?
Vuelve, cuñada, vuelve;
Y á llantos de viüda
Del blando amor sucedan
De nuevo las ternuras.

Orna el hermoso cuello:
Los ojos desanubla;
Y aliña artificiosa
Las descuidadas plumas.
Verás cual de tu pecho
Su ardor benigno muda
Los duelos y pesares
En risas y venturas.

MELLENDEZ VALDES. (D. JUAN)

La buena vida.

*Ande yo caliente,
Y riase la gente.*

Traten otros del gobierno
Del mundo y sus monarquías,
Mientras gobiernan mis dias
Mantequillas y pan tierno,
Y las mañanas de invierno
Naranjada y aguardiente.
Y riase la gente.

Coma en dorada vajilla
El príncipe mil cuidados,

Como pildoras dorados:
Que yo en mi pobre mesilla
Quiero más una morcilla,
Que en el asador reviente:
Y riase la gente.

Cuando cubra las montañas
De plata y nieve el Enero,
Tenga yo lleno el brasero
De bellotas y castañas,
Y quien las dulces patrañas
Del rey, que rabió, me cuente:
Y riase la gente.

Busque muy enhorabuena
El mercader nuevos soles:
Yo conchas y caracoles
Entre la menuda arena,
Escuchando á filomena,
Sobre el chopo de la fuente:
Y riase la gente.

Pase á media noche el mar
Y arda en amorosa llama
Leandro por ver su dama:
Que yo más quiero pasar
De Yepes y Madrigal
La regalada corriente
Y riase la gente.

GÓNGORA (D. LUIS DE)

De este modo ponderaba
Un inocente pastor
A la ninfa á quien amaba,
La eficacia de su amor:
¿Ves cuantas flores al prado

La primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
Mas veces te quiero yo.

¿Ves cuanta arena dorada
Tajo en sus aguas llevo?
Pues mira, Filis amada,
Mas veces te quiero yo.

¿Ves al salir de la Aurora
Cuanta avecilla cantó?
Pues mira, hermosa pastora,
Mas veces te quiero yo.

¿Ves la nieve derretida
Cuanto arroyuelo formó?
Pues mira, bien de mi vida,
Mas veces te quiero yo.

¿Ves cuanta abeja industriosa
De esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
Mas veces te quiero yo.

¿Ves cuantas gracias la mano
De las deidades te dió?
Pues mira dueño tirano
Mas veces te quiero yo.

CADALSO. (D. JOSÉ)

La cena.

En Jaen, donde resido,
Vive don Lope de Sosa;
Y diréte, Inés, la cosa
Mas brava de él, que has oido.

Tenia este caballero
Un criado portugués;

Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta:
Lo que se ha de cenar junto:
Las tazas de vino á punto:
Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
Y échale la bendicion:
Yo tengo por devocion
De sansiguar lo que bebo.

Franco fué, Inés, este toque;
Pero arrójame la bota:
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo:
Diez y seis vale el cuartillo;
No tiene vino más bajo.

Por nuestro Señor, que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.

Si es ó no invencion moderna,
¡Vive Dios! que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.

Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo y vóime contento.

Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Solo una falta le hallo,

Que con la prisa se acaba.

La ensalada y salpicon
Hizo fin: ¿qué viene ahora?

La morcilla: gran señora,

Digna de veneracion.

¡Que oronda viene y qué bella!

¡Qué través y enjundia liene!

Paréceme, Inés, que viene

Para que demos en ella.

Pues sus, encójase y entre,
Que es algo estrecho el camino...

No eches agua, Inés, al vino,

No se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañejo,

Porque con mas gusto comas;

Dios te guarde, que así tomas,

Como sábia, el buen consejo.

Mas dí: ¿no adoras y precias

La morcilla ilustre y rica?

¡Como la traidora pica!

Tal debe tener de especias.

¡Qué llena está de piñones!

Morcilla de cortesanos,

Y asada por esas manos

Hechas á cebar lechones.

El corazon me revienta

De placer; no sé de tí:

¿Cómo te va? yo por mí

Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy ¡vive Dios!

Mas oye un punto sutil:

¿No pusiste allí un candil?

¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles:
Ya sé lo que puede ser;
Con este negro beber
Se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial:
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
Todo con tanta fineza.

Mas el queso sale á plaza:
La moradilla va entrando;
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo;
El de Pinto no le iguala:
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo,

Haz, pues, Inés, lo que sueles:
Daca de la bota llena
Seis tragos. Hecha es la cena:
Levántense los manteles.

Ya Inés, que habemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés, hermana,
Que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo,
Quédese para mañana.

ALCÁZAR (D. BALTASAR DE)

Descripcion satirica de Madrid.

Solana donde me rasco
Al sol de vanos favores,
Vistoso campo de flores,
Aunque todas de carrasco:
Famoso ombligo de España,
A cuya circunferencia
La celestial influencia
Con tanta dicha acompaña:
Lugar que sin ocupar,
Trae todo el mundo en palmas,
Lugar de infinitas almas,
Porque no ocupan lugar:
Lugar de incierta esperanza,
Teatro donde importuna
Representa la fortuna,
Y la escucha la mudanza;
Casa de pocas verdades
Y dificultosas pruebas,
Correo de todas nuevas
Y de locas novedades;
Lugar de tantos cuidados,
Que se dan y se reciben;
Lugar, donde tantos viven
Envidiosos y enviados;
Adonde en enriquecer
Aunque no quiera, es dichoso
Quien trata en lo que es forzoso,
Como comer y beber:
Lugar donde tanta gente
Vive de pedir prestado,

Donde solo es desdichado
El que no juega ni miente,
Y donde los más leales
Soldados, con vituperios
Comen en los monasterios,
Mueren en los hospitales:
Lugar, que de varias suertes
Parece tela de araña,
Que pesca moscas sin caña,
Y deja animales fuertes:
Lugar de varios efectos
Y locas estimaciones,
Donde se visten bufones
Y se desnudan discretos:
Lugar de amor y temor,
Liberal y miserable,
Donde con oro potable
Se restituye el favor....
¿Mas cómo tan imprudente
Os digo el moderno estado?
Hablemos de lo pasado,
Y dejemos lo presente.
Sois más antigua que Roma,
Que Rómulo, Remo y Romo:
Sentada estais sobre un lomo,
Y por si es hembra, sea loma.
Fundacion fuisteis de griegos,
En ganar el mundo rayos,
Antes que hubiese lacayos
Y esportilleros gallegos.
Y aunque un arroyo sin brio
Os lava el pié diligente,
Teneis una hermosa puente

Con esperanza de río.
Luz, que la vela retrata,
Pareceis en vuestras cosas;
Que castiga mariposas
Y perdona á quien la mata.
Dejó la corte de daros
Largo tiempo lustre y vida,
Pues para ser conocida
Fué necesario afrentaros.
Pero estais tan inhumana
Para el comer y el vestir,
Que ya os pueden escribir:
Muy cara y amada hermana.
Y aunque para ser eternas
Aguas por caños traeis,
Por más fuentes que labreis,
Más teneis en las tabernas
Porque sin los muchos daños
Del medir los taberneros,
Mas aguas tienen los cueros,
Que los bronce de los caños.
Los prados en que pasean,
Son y serán celebrados:
Bien haceis en hacer prados
Pues hay bien para que sean.

LOPE DE VEGA.

Las tres bellezas.

Dijo en el Pindo un pastor
A las hermosas de allí:
«Bellezas, venid á mí:
Quiero cantar la mayor.»

Tres solas fueron al juez
Por la vega ancha, florida:
La competencia del Ida
Principió segunda vez.

Llegársele, ya intranquilo,
Vió el pastor á la primera:
Tesoro de encantos era,
Viviente Venus de Milo.

Naturaleza, empeñada
En su más difícil obra,
Cien gracias le dió de sobra,
La del pudor no sobrada.

Ella el ligero cendal
De los hombros derribando,
«Soy (dijo con eco blando)
La Belleza corporal.»

«De amor, al verte, se inunda
(Repuso el juez) valle y monte:
Ven, y á mi derecha ponte;
Llegue la beldad segunda.»

Con laurel se coronaba,
Y un sol en su frente ardía:
La primera seducía,
La segunda arrebataba.

«Hija del Numen Ismenio
(Prorumpió), su lauro doy,
Cántame sola: yo soy
La Belleza del ingenio.»

Sintió el pastor dentro en sí
Fuego inspirador. «Oh! ven,
Ponte á mi diestra. Mas ¿quién
Viene al certámen tras tí!»

Con tímido paso lento

Caminaba la postrera,
Como si allí la trajera
Resistido mandamiento.

Y no avezada à salir
Nunca de su pobre hogar,
Quisiera el valle cruzar,
Excusando el competir.

La envolvian hasta el suelo
Pliegues de un manto de lino:
Rasgos de rostro divino
Dejaba entrever el velo;

Y de su andar al rumor,
Entre las auras movidas,
Arpa y flores escondidas
Música daban y olor,

Que la razon natural
Creia sin mas aviso,
Fragancia del Paraíso
Y ecos de arpa celestial.

«Tú eres la beldad sin tilde
(Clamó el pastor): alza el manto.»
Bajos los ojos en tanto,
Callaba la hermosa humilde.

Tras un momento de calma,
Dijo en los aires expresa
La voz de un arcángel: «Esa
Es la Belleza del alma.

«Con viva solicitud
Conságrale ofrenda pura:
No hay en el mundo hermosura
Más grande que la virtud.»

Asió el pastor anhelante
Del velo á la hermosa en vano:

Con él se quedó en la mano,
Con blanca niebla delante.

Y en las célicas regiones
La voz añadió: «Mortal,
De la Belleza moral
Se juzga por las acciones.»

Y la niebla se aclaró,
Y en el fondo de un vergel,
España la de Isabel
Al zagal apareció.

Con su corazón á solas,
Que ardor patriótico inflama,
Vió pasar en panorama
Cien virtudes españolas.

El silencio en que han yacido
Su alto valor constituye:
Son el Guadiana, que fluye
Bajo la tierra sin ruido.

El heroísmo tal vez
Más digno de admiración
Queda oculto en un rincón
Sin testigos y sin juez.

Mas viva en tiniebla densa
Quien el bien haciendo vive:
Lo sabe quien lo recibe,
Y Dios que lo recompensa.

Vió el pastor en su lugar
Lo que hoy nuestros ojos ven:
Ya quiere España también
La virtud recompensar.

Allí del falaz Apolo
Arroja el cantor la lira;
Su imaginación le inspira

Puro sentimiento solo.

Él quiso dar un laurel,
Y hay ciento aquí prevenidos:
Oigamos con sus oídos,
Viendo y sintiendo con él.

La virtud se ofendería,
Si en épica voz se oyera:
Su gala es ser verdadera,
Y el rubor su poesía.

Contemplad ¡cuan á deshora
Esa doncella trabaja
Entre luz trémula y baja,
Y el rosicler de la aurora.

—«¿Cuando al reposo te entregas,
Josefa? Va á amanecer.»

—«¡Ay! tengo que mantener
Mi madre y mi hermana ciegas.»

—«Amalia, dame tu mano;
Tu amor con tu mano pido.»

—«Son de mi padre impedido,
Mi anciana madre y mi hermano.»

—«En este claustro hallarán
Fin tus anhelos, María.»

—«Mi ama se quedaría,
Si yo la dejo, sin pan.

«Inseparables las dos,
De aquel propósito cedo:
Sierva del mundo me quedo
Por el servicio de Dios.»

—«Niño, por fin te curé,
Mas tienes que abandonar
Tu ejercicio militar.»

—«Mi madre pierde mi pre.»

Mirad esa, á quien dejó
La razon sin un destello,
Feroz agarrarse al cuello,
De aquella de quien nació.

Persigue con furia igual
A su hermana, otra demente.

«Afuera! grita la gente:
«Los locos á su hospital.»

—«Mi hija! Mi hermana! Yo
La tendré lejos de mí,
Despues de mi muerte sí,
Durante mi vida no.

«Solo las fuerzas apoca
De mi larga resistencia,
La lucha con la inteligencia,
No el reluchar con la loca.»

Mas ¡qué desgraciado clama!
Cuatro anegándose están:
Triunfantes bramando van
El Tujuña y el Jarama.

«Ya la ropa me descieño
Ánimo no hay que temer.»

¡Acudid á esa muger,
Que tiene en brazos un niño!

¡Envia, Dios que los ves,
Libertador oportuno!

Para los dos hubo uno;
Para hijo y madre hubo tres.

De tu sólio á manos llenas
Vierte, Señor, bendiciones

Sobre tantos corazones
Con sangre santa en las venas.

No ha muerto aún, ya se ha visto

Con gozosa maravilla;
No ha muerto aún la semilla
Que echó en el Gólgota Cristo.

Poniendo á los vicios dique,
Premiando el ejemplo bueno,
Se hará que en el buen terreno
Más la virtud fructifique.

Sociedad, que al bien caminas
Cuando así le galardonas,
Valen mucho esas coronas
Que cubren otras de espinas.

Régia mano las ciñó,
Y adquieren mas precio ya.

¡Feliz quien el premio da!
¡Bendito quien le ganó!

HARTZEMBUSCH, (D. JUAN EUGENIO)

El reloj.

Cuando en la noche sombría,
Con la luna cenicienta,
De un alto reloj se cuenta
La voz que dobla á compás;

Si al cruzar la estensa plaza,
Se ve en su tarda carrera
Rodar la mano en la esfera
Dejando un signo detras,

Se fijan allí los ojos,
Y el corazon se estremece,
Que segun el tiempo crece
Mas pequeño el tiempo es;
Que va rodando la mano;

Y la existencia va en ella,
Y es la existencia mas bella
Porque se pierde despues.

Tremenda cosa es pasando
Oir entre el ronco viento,
Cual se despliega violento
Desde un negro capitel,
El son triste y compasado
Del reloj que da una hora
En la campana sonora
Que está colgada sobre él.

Aquel misterioso círculo,
De una eternidad emblema,
Que está como un anatema
Colgado de una pared,
Rostro de un sér invisible
En una torre asomado
Del gótico cincelado
Envuelto en la densa red,

Parece un ángel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta mudo
Las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido
Con la punzante campana
Las horas que habrá mañana
De ménos al despertar.

Parece el ojo del tiempo,
Cuya viviente pupila

Medita y marca tranquila
El paso á la eternidad.

La envió á reir de los hombres
La omnipotencia divina,
Creó el sol que la ilumina
Porque el sol es la verdad.

Así á la luz de esa hoguera
Que ha suspendido en la altura,
Crece la humana locura,
Mengua el tiempo en el reloj.

El sol alumbra las horas,
Y el reloj los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.

Tremenda cosa es por cierto
Ver que un pueblo se levanta,
Y se embriaga, y rie, y canta
De una plaza en derredor;
¡Y ver en la negra torre
Inmoble un reloj marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor!

Tal vez detrás de la esfera
Algún espíritu yace
Que rápidamente hace
Ambos punzones rodar.
Quizá, al declinar el día
Para hundirse en occidente,
Asoma la calva frente
El universo á mirar.

Quizá á la luz de la luna,
Allá en la noche callada,
Sobre la torre elevada
A meditar se asentó.

Y por la abierta ventana
Angustiado el moribundo
Al despedirse del mundo
De horror transido le vió.

Quizá asomado á la esfera
Las noches pasa y los días,
Marcando la hora postrera
De los que habrán de morir.

Quizá la esfera arrancando
Asoma al oscuro hueco
El rostro nervioso y seco
Con sardónico reir.

¡Ay! que es muy duro el destino
De nuestra existencia ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared;

Ver en números escrito
De nuestro orgulloso ser
La miseria... el polvo... nada,
Lo que será nuestro *fué!*

El triste oír de una péndola
El compasado caer,
Como se oyera el ruido
De los descarnados piés
De la muerte que viniera
Nuestra existencia á romper:

Oir su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces, igual, continuo,
Como la primera vez.

Y en tanto por el oriente
Sube el sol, vuelve á caer,
Tiende la noche su sombra,
Y vuelve el sol otra vez;
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno tambien,
Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño, y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.

Y el reloj dando las horas
Que no habrán mas de volver,
Y murmurando á compás
Una sentencia cruel,
Susurra el péndulo, «nunca
«Nunca, nunca vuelve á ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fué.»

ZORRILLA. (D. JOSÉ.)

Cancion pastoril.

En el campo venturoso
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dejando el suelo abundoso
Da tributo al mar potente;
Galatea desdeñosa
Del dolor que á Licio daña,
Iba alegre y bulliciosa

Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña.

Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,
Muchos cantares diciendo
Con el son del ronco estruendo
De las ondas alteradas:

Junto al agua se ponia,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar huia:
Pero á veces no podia,
Y el blanco pié se mojaba.

Licio, al cual en sufrimiento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento
Mientras miraba el contento
De su pulida zagala.

Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella habia,
El fatigado zagal
Con voz amarga y mortal
De esta manera decia:

Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo,
Y aunque mas placer te sea
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.

Deja ahora de jugar,
Que me es dolor importuno,
No me hagas mas penar,
Que en verte cerca del mar
Tengo celos de Neptuno.

• • • • •

Deja la seca ribera,
Do está el alga infructuosa,
Guarda que no salga afuera
Alguna marina fiera,
Enroscada y escamosa.

Huye ya y mira que siento
Por tí dolores sobrados,
Porque con doble tormento
Celos me da tu contento,
Y tu peligro cuidados.

Ven conmigo al bosque ameno
Y al apacible sombrío,
De olorosas flores lleno,
Do en el dia mas sereno
No es enojoso el estío.

En aqueste raso suelo
A guardar tu hermosa cara
No basta sombrero ó velo,
Que estando al abierto cielo,
El Sol morena te para.

Y tras la fortuna fiera
Son las vistas mas suaves,
Ver llegar á la ribera
La destrozada madera,
De las anegadas naves.

Ven á la dulce floresta
Do natura no fué escasa,
Donde haciendo alegre fiesta,
La mas calorosa siesta
Con mas deleite se pasa.

Huye los soberbios mares,
Ven verás como cantamos
Tan deleitosos cantares,
Que los mas duros pesares
Suspendemos y engañamos;

Mas desprecia cuanto quieras
A tu pastor Galatea:
Solo que en estas riberas,
Cerca de las ondas fieras
Con mis ojos no te vea.

¡Qué pensamiento mejor
Orilla el mar puede hallarse
Que escuchar el ruisenor,
Cojer la olorosa flor
Y en clara fuente lavarse!

Pluguiera á Dios que gozaras
De nuestro campo y ribera,
Y porque mas lo preciaras,
Ojalá tu lo probaras,
Antes que yo lo dijera.

Licio mucho mas le hablara
Y tenia mas que hablalle,
Si ella no se lo estorbara,
Que con desdeñosa cara
Al triste dice que calle.

Volvió á sus juegos la fiera
Y á sus llantos el pastor,
Y de la misma manera
Ella queda en la ribera,
Y él en su mismo dolor.

La niña de ojos negros.

I.

—«Niña de catorce abriles,
hermosa como el lucero,
graciosa como las gracias,
pura como el ángel bello
que baja todas las noches
á velar tu dulce sueño,
escúchame, no desoigas,
mis amorosos consejos
por correr tras las pintadas
mariposas del otero,
que si mis consejos oyes
y nunca te apartas de ellos,
nunca en tí los desengaños
derramarán su veneno.
Tu amor es tu dulce madre,
tus esperanzas, el cielo,
tu anhelo, las mariposas,
tu mundo, el nativo pueblo;
mas... ¡pronto de otros amores
sentirás vago deseo,
y pronto otras esperanzas
se albergarán en tu pecho,
y pronto á agitar tu alma
vendrá diferente anhelo,
y pronto por otro mundo
vagará tu pensamiento!
Pues bien: cuando esperimenes,
niña ese, cambio funesto,
no des á la confianza

libre morada en tu pecho,
«no te fies de los hombres
«aunque digan bien te quiero.»

II.

Tal consejo dió su madre
á una niña de ojos negros,
y la niña prometió
no olvidar aquel consejo.
Meses y meses pasaron
y aún años pasando fueron,
y lo que se madre dijo
iba la niña sintiendo.
Soñaba todas las noches,
y en sus agitados sueños
á veces la oyó su madre
nombrar á un gentil mancebo
con quien la niña en el soto
buscó nidos otro tiempo.
—Hija del alma, la dijo,
sueñas, y el soñar no es bueno.
cuidado no bebas agua
cuando te vayas al lecho,
ni duermas ninguna noche
con la mano sobre el seno.
—No importa, madre, que sueñe,
que son muy dulces mis sueños,
contestó la hermosa niña,
dando un suspiro muy tierno;
y siguió todas las noches
al acostarse bebiendo,
y quedándose dormida

con la mano sobre el pecho,
y tornó á decirle entónces
su madre con mas empeño:
—«No te fies de los hombres
«aunque digan bien te quiero.»

III.

Junto á una cruz del Calvario
que hay orillita del pueblo,
encontró un mancebo un día
á la niña de ojos negros,
y en cuanto la vió la dijo:
—«Morena por tí me muero!»
La niña que aquella noche
soñara con el mancebo,
mostró el enojo en los lábios
y en los ojos el contento;
mas como el galan siguiera
en sus amantes requiebros,
con juramentos de amores
respondió á sus juramentos,
pues no hay doncella cristiana
que diciéndola un mancebo:
«Por esta cruz te lo juro,»
no le responda:—«Te creo,»
como la doncella tenga
vírgen de amores el pecho,
como haya venido al mundo
bajo este bendito cielo,
como al mancebo haya visto
por el cristal de sus sueños,
que es de todos los cristales
el cristal más embustero.

Ved de qué sirvió á la niña,
á la niña de ojos negros,
que su madre á todas horas
le estuviera repitiendo:

—«No te fies de los hombres
«aunque digan bien te quiero.»

IV.

Una noche de verano,
de estas noches que tenemos
en esta tierra llorada
por romanos y agarenos,
en esta tierra bendita
por los ángeles del cielo,
una de estas bellas noches
fué la niña de ojos negros
á respirar el ambiente
de las dehesas y los huertos,
junto á una cruz del Calvario
que hay orillita del pueblo;
y junto á la cruz bendita
paróse y al mismo tiempo,
«por esta cruz te lo juro,»
oyó decir á un mancebo,
á quien respondió en seguida
una doncella: «Te creo.»
Al oír estas palabras
cayó desmayada al suelo,
y al recobrar el sentido.....
halló el Calvario desierto,
y cantaban la alborada
los pajaritos parleros.

Entónces, con lento paso,
con el corazon deshecho,
con lágrimas en los ojos,
tomó el camino del pueblo
murmurando:—Madre mía,
bien me dijiste diciendo:
«No te fies de los hombres
aunque digan bien te quiero!»

TRUEBA. (D ANTONIO DE)

El ultraje.

El genio infeliz del África
Sobre las nubes se cierne;
Y respirando huracanes
Que el hondo abismo conmueven,
Habla con la voz del trueno
Estas palabras solemnes:
«Bravos hijos del Profeta,
Si aun en vuestras venas hierve
Sangre hermana de la sangre
Que enrojeció el Guadalete,
Sacudid el torpe sueño
Y alzad las nubladas frentes.
España yace dormida:
Que en vuestros brazos despierte.

Dijo; y á España tornando
Los ojos que el aire encienden,
«Sultana—gritó—del mundo
El último sueño duermes;
Donde tus glorias concluyen
Tu cautiverio comience;

Que es mio tu cielo, y mia
La tierra que te sostiene;
Mio cuanto el mar escondes
Y cuanto en el campo crece;
Mio es el oro que guardas,
Mia es la plata que tienes,
Mio es el pan que te nutre,
Mia es el agua que bebes.
Por mí, tus arroyos corren,
Y deleitan tus vergeles;
Por mí se alzan tus palacios;
Por mí murmuran tus fuentes.
Ocho siglos de alegría
Fueron para mí tan breves,
Que á gozarte renunciara
Por no llegar á perderte.
No hay eternidad de dichas
Que la amargura compense
De aquel suspiro, que aun vaga
Por la bóveda celeste.
Tres siglos de rabia y llanto
No hay corazón que no sequen;
Y tres siglos ha que lloro
Pensando en mi España siempre.
¿No te lo han dicho las aves
Que todos los años vienen
Buscando en mi dulce clima
Abrigo contra tus nieves?
De tu libertad, sultana,
El último sueño duermes;
Mi pantera de los bosques
Contra tu león se atreve;
Y Dios querrá y su Profeta

Que el Islam glorioso impere
Desde la Meca sagrada
Hasta el nevado Pirene.
Hijos bravos del desierto,
Alzad las nubladas frentes,
No importa que un Abraham
A un Ismael desherede,
Si hay para heredar al mundo
Diez millones de Ismaeles.
España es nuestro destino:
Dios es grande, y Dios lo quiere.»

Es fama que el triste genio
Frasas tuvo tan solemnes;
Frasas que hoy en el abismo
Del olvido, se sumergen,
Flotando de sangre mora
Sobre piélagos hirvientes.
«España!» fieros gritaron
Los berberiscos infieles;
Y el rencor antiguo brota,
Y los odios reverdecen.
Fija su torva mirada
De nuestro campo en los fuertes,
Lo que al valor no confían
Dan á la traicion aleve;
Y los fieles castellanos
Que aun entre moros son fieles,
Del fronterizo enemigo
Reciben villana muerte,
Como al dormido cachorro
La astuta víbora hiere.
Cumplir del genio africano

La dulce ilusion no pueden;
Ni el África tiene Muzas,
Ni España Julianes tiene.
Allí están los que en las Navas
Mordieron el polvo leve;
Allí los que estremecidos
Del Cid ante el cuerpo inerte,
La triste vida fiaron
Al trotar de sus corceles;
Y aquí de los once Alfonsos
Lozano renuevo crece,
Y de Cides y Guzmanes
Frescos están los laureles.

Ya el África no se lanza
Contra las cristianas huestes:
Uno por uno asesina
A los cristianos de enfrente,
Si la impunidad la ayuda
Y las sombras la protejen.
¡Uno por uno! ¡Son tantos!....
Y si de su asombro vuelven,
Cobran á tan alto precio
La sangre hidalga que pierden,
Que es fuerza romper los diques
Y pelear: Dios lo quiere.

Y ciegos, porque Dios ciega
A aquellos que hundirse deben,
Ardiendo en cólera, corren
Del Riff los soberbios jeques;
Y la luz del sol se oculta
Tras nube de arena ardiente;
Y el suelo temblando besa

La alta palmera silvestre;
Y huyen las fieras, que humildes
El campo á otras fieras ceden,
Cuyo salvaje alarido
Los espacios ensordece.

Y llegan: y ante sus ojos
De fuego infernal torrentes,
De su tierra y su dominio
El triste confin se ofrece.
«Hasta aquí» dice la piedra
En su inscripcion indeleble:
«Más allá» gritan los bárbaros,
Y al monumento acometen;
Y la enseña de dos mundos
Al suelo en pedazos viene.

Con satánica algazara
Nuestros blasones ofenden;
Destrozan nuestros leones,
Nuestros castillos demuelen;
Del nombre español se burlan;
La santa Cruz escarnecen.
«Sultana del mundo—gritan—
El último sueño duermes;
Tus armas cayeron rotas;
Como el humo desaparecen
Tus glorias; torna á mi yugo,
Cautiva del Guadalete:
El África te lo manda;
Humíllate: Dios lo quiere.»
Ciegos están por su daño
Del Riff los soberbios jeques;

Ciegos están: que Dios ciega
A aquellos que hundirse deben.
Mala os espera, musulimes:
Mirad que España no duerme.
¡Ay, si se alzan los castillos!
¡Ay, si el leon se revuelve!

CATALINA. (D. SEVERO)

Indignacion de España.—Declaracion de guerra.—Donativos.—Aprestos.

¡Bárbaros que no valientes,
Y mas que todo, insensatos!
¿Qué infernal vértigo pudo
A infortunio tal lanzaros?
¿Insultar la altiva enseña
Osasteis, desventurados,
Que pura y sin mancha brilla
Desde el oriente al ocaso;
La enseña, que triunfadora
De Covadonga hasta el Darro,
Os arrastró, como polvo
Que arrastra furioso el austro?
Pensais que ya no la guardan
Descendientes de Pelayo,
Nietos de Cides y Alfonsos,
De Jaimes y de Fernandos?
Tornad á España los ojos,
Miserables; si, tornadlos,
Y temblareis, la tormenta
Que os amenaza mirando.
Y de guerra y de venganza,
Grito que llena el espacio,

Y que retumba en los cielos,
Escuchareis aterrados.

Lanzólo, como era justo,
El pueblo del Dos de Mayo
El primero, del ultraje
Herido como de un dardo;

Y en sus calles y paseos,
Casinos, plazas, teatros,
Iglesias y tribunales,
Oficinas, aulas, claustros,

Sólo se respira guerra,
Y vengar el desacato,
Aunque impedirlo procuren
Con sus enebiertos tratos,

Los que ¡oh vergüenza! aun ocupan
De Gibraltar el peñasco,
Para envilecer á España
Con su innoble contrabando.

Los elegidos del pueblo,
Los próceres del Senado,
En pró del Gobierno acuden,
Tan patriotas como cautos.

«Saca en buen hora, le dicen,
Del taller y del arado
Millares de campeones
Que den al África espanto.

«No admitas sentencia ajena
Que nos tase el desagravio;
Que solo es buen juez Castilla
Para el honor castellano.

«No pienses en la riqueza,
Ni en si está el Tesoro exhausto,
Porque el mas rico tesoro

Es el honor bien guardado;

«Pues si solo por guarismos

Se rigieran los estados,

Y solo á cuentas mirasen,

No hubieran salido acaso,

«Pelayo de Covadonga,

Cristóbal Colon de Pálos,

De Medellin y Trujillo

Hernan Cortés y Pizarro;

«Y aun quién sabe si vivieran

De innobles canas cargados,

Velarde en su alojamiento

Y Mina junto á su establo.

Tenga, y pronto, su castigo

El arrogante africano.

¡Viva Isabel! ¡Guerra al moro!

¡Santiago, España, Santiago!

Por los eléctricos hilos,

En presto invisible lampo,

Corre do quier la centella

Del fuego guerrero y santo.

Los que del Táder y el Júcar

Sangran tel caudal escáso;

Los que dejan en sus cañües

Al duero y Guadiana intactos;

Los que así quieren sus fueros

Allá entre los montes vascos,

Y las belicosas gentes

Que el Ebro beben y el Tajo;

Y el astur noble y fornido,

Y el versátil valenciano,

Y el que en el Bétis torea,

Y el que caza en el Moncayo;

Y el catalan industrioso,
Y el francote y leal navarro,
Y el balear y el gallego,
Y hasta el remoto cubano,

En son de guerra se agitan,
Gritando en pueblos y campos;
¡Viva Isabel! ¡Guerra al moro!
Santiago, España, Santiago!

No estéril furia los mueve,
Ni llama de fuego fátuo:
No; que en aras de la patria
Hacen ricos holocaustos.

La que en el trono se asienta,
Y que lleva el nombre sacro
De aquella que con sus joyas
Humilló ignoto Océano:

Tambien sus galas ofrece,
Y su vagilla y sus vasos:
Mejor que afrentas con oro,
Quiere victorias con barro.

A su ejemplo los magnates
De sus rotos mayorazgos
Aún sacan nobles presentes,
Ya que no ricos, bizarros;

Y da el labrador su esquilmoy,
El menestral su trabajo,
El ganadero sus reses,
Sus corceles y rebaños,

El fabricante sus telas,
El comerciante sus cambios,
Su inspiracion el artista,
Sus soldadas el criado,

La hermosa el cendal piadoso

Que deshila con sus manos,
Y hasta el mendigo importuno
Da su miserable ochavo.

¿Y las madres?.. ¡Pobres madres!
Pagan su tributo en llanto
Al despedir á sus hijos,
De su corazón pedazos.

¿Y qué dará en su pobreza
El ministro del Santuario,
Si hasta le falta el incienso
Que eleva al tres veces Santo?..

¿Qué dará?... la cruz de Cristo,
Talisman sublime y sacro,
Que fué salvador de Europa
En las Navas y el Salado.

Dará de Dios la palabra,
Que los rencores insanos
Que hoy nos dividen y enconan,
Deje del todo olvidados.

Dará la fé y la creencia,
Con que sin cesar lidiando,
Desde Asturias á Granada
Nuestro suelo restaurámos;

Con que Colon venturoso
Llegó á las tierras de ocaso;
Con que Cortés en Otumba,
Con que en los Andes Pizarro

El español estandarte
Con gloria inmortal plantaron:
La fé santa y la creencia
Triunfadoras en Lepanto;

La fé santa y la creencia
Que del moderno Alejandro

Contra aquel pilar del Ebro
Hombres estrelló y caballos.

¡Ah!... ¿Porqué la Omnipotencia
No hace conmigo el milagro
De que la nieve se funda
Qué está en mi frente pesando;

Y que se siente mi planta,
Y que se afirme mi brazo,
Como un tiempo memorable
Bajo el invicto Castaños?....

Pronto el corcel ensillara.
Y con mi lanza y mi casco
Hendido de duros golpes
De otros días y otros casos,

La estensa España corriera,
Su actitud noble admirando,
Y recorriera los pueblos,
Y hebiera su entusiasmo.

Allá están de Cataluña
Los ágiles voluntarios,
Ceñidos de sus cananas
Y con gorros de amaranto.

Esos de las rojas boinas
Son los tercios vascongados;
Fusiles llevan certeros
Que en su propio hogar forjaron.

Allí la árabe Giralda
Retiembla, viendo inflamado
Correr, cual lava del Etna,
El metal que engendra rayos.

Ya no hay distancia que baste
A poner la hueste en salvo,
Que lleva espiral estría

Dónde la vista el estrago,
Con granadas estallantes
Y cohetes inflamados,
Que á los aduares den fuego
Y á las cábilas espanto.

En Ferrol y Cartagena,
En Málaga y San Fernando,
Se alistan urcas, vapores,
Chalanas de desembarco,

Puentes, barracas y aprestos
Para establecer un campo,
Para atravesar los rios,
Para allanar un asalto.

Y retumban en los yunques
Los martillos; y el espacio
Llena el humo de la fragua,
Y las ruedas tuercen cabos;

Y actividad y faena
Y animacion y cuidado
Reinan en los arsenales,
Sin momento de descanso;

Pues aunque la sombra venga
Y la noche avance el paso,
No cesa la batahola,
Y nadie deja el trabajo.

Pero no solo se piensa
En el apresto y embarco
De instrumentos de matanza,
Baldon del género humano;

Que tambien do quier se miran
En los muelles y mercados,
Y transportarse á los buques
Que ya pólvora embarcaron,

El succulento tocino,
El durable bacalao,
Y en recuerdo de Castilla;
Indispensable el garbanzo;
Y las cecinas de cerdo
Y de buey cebon y manso;
Las unas de la Coruña,
Las otras de Candelario;
Y trigo, arroz y galleta
En pirámides de sacos,
Y la cebada y el heno
Que han de comer los caballos.
Próvida la madre patria,
Bendiciendo á sus soldados,
Les dá entre caricias tiernas,
Como á sus hijos mas caros,
Cruces, reliquias, vendajes,
Y azucar sabroso y blanco,
Y café que los preserve
Del terrible mal indiano;
Y tiendas que los guarezcan
En aquel clima tan malo
De los turbiones de invierno,
Que el suelo torna en pantanos;
Y completos botiquines,
Artolas, camillas, carros,
Que transportan al herido,
Y dan aliento á los sanos.
¡Al herido!... Yo tambien,
De Ocaña por los collados,
Con el licor de mis venas
Regué los laureles patrios:
Y hoy en cárcel de dolores,

Por la vejez amarrado,
Con mi lira solamente
El marcial grito acompaño;
Mientras que mi nietezuelo
Hace mi baston caballo
Y dice que va á la guerra
De moros y de cristianos.
Si, mi bien, crece y confia
Ver más feliz, á mis años,
La dicha que yo no he visto
Y mis abuelos lograron:
Ver unida á nuestra patria
Por *Isabel* y *Santiago*,
Y el pendón de Zaragoza
En Fez y en Tángér clavado.
Y tú, mi Señora y Reina,
No mires este presagio
Como delirio de enfermo,
Y cuento de veterano.

EL DUQUE DE RIVAS.

¡Ay mísero de mí! ¡ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
Ya que me tratéis así,
¿Que delito cometi
Contra vosotros naciendo?
Aunque, si nací, ya entiendo,
Que delito he cometido:
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.
Solo quisiera saber,

Para apurar mis desvelos;
(Dejando á una parte, cielos,
El delito del nacer)

¿Qué más os pude ofender

Para castigarme más?

¿No nacieron los demás?

Pues si los demás nacieron

Qué privilegios tuvieron

Que yo no gocé jamás?

Nace el ave, y con las galas

Que la dan belleza suma,

Ápénas es flor de pluma

O ramillete con alas,

Cuando las etéreas salas,

Corta con velocidad

Negándose á la piedad

Del nido que deja en calma;

Y ¿teniendo yo mas alma

Tengo menos libertad?

Nace el bruto, y con la piel

Qué dibujan manchas bellas,

Ápénas signo es de estrellas

(Gracias al docto pincel)

Cuando atrevido y cruel,

La humana necesidad

Le enseña á tener crueldad,

Mónstruo de su laberinto,

Y ¿yo con mejor instinto,

Tengo menos libertad?

Nace el pez, que no respira,

Aborto de ovas y lamas,

Y apénas, bajel de escamas,

Sobre las ondas se mira,

Cuando á todas partes jira,
Midiendo la inmensidad
De tanta capacidad
Como le da el centro frío,
Y ¿yo con mas albedrío
Tengo menos libertad?

Nace el arroyo, culubra,
Que entre flores se desata,
Y apenas sierpe de plata,
Entre las flores se quiebra,
Cuando músico celebra
De las flores la piedad
Que le dá la magestad,
En campo abierto á su huida:
Y ¿yo teniendo mas vida
Tengo menos libertad?

En llegando á esta pasion,
Un volcan, un Etna hecho,
Quisiera arrancar del pecho
Pedazos del corazon.
¿Qué ley, justicia ó razon,
Negar á los hombres sabe
Privilegio tan süave,
Escepcion tan principal,
Que Dios le ha dado á un cristal,
A un pez, á un bruto, y á un ave?

CALDERON DE LA BARCA. (D). PEU

Epigramas.

Ayer convidé á Torcuato,
Comió sopas y puchero,
Media pierna de carnero,

Dos gazapillos y un pato;

Doile vino y respondió:

«Tomadlo por vuestra vida,

Que hasta mitad de comida,

No acostumbro á beber yo.

MORATIN. (D. NICOLAS)

«No hay que dudar, está yerto,

Ya espiró:» dijo el doctor;

Y el enfermo: «No, señor,»

Le contestó, «no estoy muerto.»

El médico que lo oyó,

Mirándole con desprecio,

Le replicó: «Calle el necio:

¿Querrá saber mas que yo?

De guardia estaba un teniente,

Y la comida anhelada

Pidió al goloso asistente:

Mas ¡ay, que ni una tajada

Dejó el gloton insolente!

—¡Caldo no más! ¡Ah Jesualdo!

—Señor, este respondió:

La fiamblera se cayó,

Y recojer pude el caldo;

Pero las tajadas no.

A. RIBOT.

Admiróse un portugués

De ver qué en su tierna infancia

Todos los niños en Francia

Supiesen hablar francés;

Arte diabólica es,
Dijo torciendo el mostacho,
Que para hablar en gabacho
Un fidalgo en Portugal,
Llega á viejo y lo habla mal,
Y aquí lo parla un muchacho.

MORATIN (D. NICOLÁS.)

Aquí yace un matrimonio,
Dos cuñadas, suegra y yerno...
No falta sino el demonio
Para estar junto en infierno.

MARTINEZ DE LA ROSA.

Viendo un entierro el caribe
De un centinela inesperto,
Dijo á lo léjos:—¿Quién vive?
Y contestaron:—Un muerto.

VILLERGAS (D. J. M.)

Un hombre gordo y un flaco
Se dieron un encontron,
Y al sentir un pisoton
El flaco dijo:—Bellaco!
—¡Ira de Dios! gritó el gordo,
¡Bellaco!.... agradezca ustedé,
Que esta frase no escuché,
Porque estoy un poco sordo.

Salve, llama creadora del mundo,
Lengua ardiente de eterno saber,
Puro germen, principio fecundo

Que encadenas la muerte á tus piés.

Tú la inerte materia espoleas,
Tú la ordenas juntarse y vivir,
Tú su lodo modelas, y creas
Miles séres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano
Vencedora la muerte tal vez,
De sus restos levanta tu mano
Nuevas obras triunfando otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,
Tú revistes los cielos de azul,
Tú la luna en las sombras argentas
Tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,
Verde pompa á los árboles das,
Melancólica música al río,
Ronco grito á las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas,
En los valles suspiras de amor,
Tú murmuras del aura en las alas,
En el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra
En arroyos de hirviente metal,
Tú abrillantas la perla que encierra
En su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,
Negro manto que agita Aquilon,
Con tu aliento los aires enciendes
Tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,
Manantial sempiterno de bien,
Luz del mismo Hacedor desprendida,
Juventud y hermosura es tu sér.

Tú eres fuerza secreta que el mundo
En sus ejes impulsa á rodar,
Sentimiento armonioso y profundo
De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan
Incansables artífices son,
Del espíritu ardiente cincelan
Y embellecen la estrecha prision.

Tú en violento, veloz torbellino
Los empujas enérgica, y van:
Y adelante en tu raudo camino
Á otros siglos ordenes llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,
Desparecen y llegan sin fin,
Y en su eterno trabajo se alcanzan,
Y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean
En tu inmenso taller sin cesar,
Y en la tosca materia golpean,
Y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo océano
Flota el hombre en perpétuo vaiven,
Y derrama abundante tu mano
La creadora semilla del ser.

ESPRONCEDA. (D. JOSÉ)

La Providencia.

Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Porqué ha de permitir tu providencia,
Que arrastrando prisiones la inocencia
Suba la fraude á tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo, que robusto

Hace á tus leyes firme resistencia,
Y que el zelo, que más las reverencia,
Gima á los piés del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inícuas, la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decia yo, cuando riendo
Celestial ninfa apareció y me dijo:
Ciego, ¿es la tierra en centro de las almas?

ARGENSOLA. (D. BARTOLOMÉ DE)

A Tirsis.

Esta es, Tirsis, la fuente do solia
Contemplar su beldad mi Filis bella:
Este el prado gentil, Tirsis, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñia.

Aquí, Tirsis, la ví cuando salia
Dando la luz de una y otra estrella,
Allí, Tirsis, me vido, y tras aquella
Haya se me escondió y así la via.

En esta cueva de este monte amado,
Me dió la mano, y me ciñó la frente
De verde yedra, y de violetas tiernas.

Al prado, y haya, y cueva, y monte, y fuente,
Y al cielo desparciendo olor sagrado,
Rindo por tanto bien gracias eternas.

TORRE. (D. FRANCISCO DE LA)

Al tiempo.

¡Cómo de entre mis manos te resbalas,

Oh, cómo te deslizas, edad mía!
Qué mudos pasos traes, oh muerte fría,
Que con callado pié todo lo igualas!

Feroz de tierra el débil muro escalas,
En quien lozana juventud se fia:
Mas ya mi corazón del postrer día
Atiende al vuelo sin mirar las alas.

¡Oh condicion mortal! ¡oh dura suerte!
¡Que no puedo querer vivir mañana
Sin la pension de procurar mi muerte!

Cualquier instante de la vida humana
Es nueva ejecucion, con que me advierte
Cuán frágil es, cuán mísera, cuán vana.

QUEVEDO. (D. FRANCISCO DE)

À la rosa.

Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
Gallarda y puesta sobre el ramo erguido
Fragancia esparce la naciente rosa;

Mas si el ardiente sol lumbre enojosa
Vibra del Can en llamas encendido,
El dulce aroma y el color perdido,
Sus hojas lleva el aura presurosa.

Así brilló un momento mi ventura
En alas del amor; hermosa nube
Fingí tal vez de gloria y alegría;

Mas ¡ay! que el bien trocöse en amargura
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mía.

ESPRONCEDA.

La corona de Flora.

Hijas del sol, que en el regazo hermoso
Yaceis de la risueña primavera,
Y de Favonio al soplo cariñoso
El beso dais, amor de la pradera;
En cuyo cerco puro, luminoso,
La luz en mil colores reverbera:
Bellas, modestas, divinales flores,
En mi lira escuchad vuestros loores.
Otras el lauro de la gloria viste,
Que del tiempo voraz vence la ira;
Nada á la magia de su voz resiste
Que á dar al héroe eternidad aspira;
Ó bien de funeral ébano triste
Se oyen gemir en humeante pira,
Y la verdad que devoró la llama
Vuelven eterna al eco de la fama.
No tan alto vigor llena la mía:
Vosotras la ceñid, divinas flores;
La voz del corazon su acento guía,
Su númen la ternura y los amores.
Aura de celestial melancolía
De juventud templando los ardores,
Dar del reino de Flora la corona
A modesta beldad solo ambiciona.
Ya vuela á tí mi indagadora vista,
Hija de Mayo, pompa de Citeres;
¿Qué corazon habrá que te resista,
Rosa gentil, ó flor de los placeres?
Adonde quiera que el amor exista,
Emblema dulce de sus triunfos eres;
Tiñe tu cerco sangre de una diosa,

Y del céfiro reinas dulce esposa.

Mas ¿qué á mí que el rubor tiña tu frente,
Si el soplo de las auras licencioso
Murmura entre tus hojas blandamente,
Y un beso al fin te arranca victorioso?
Punzante espina de amator ardiente
Defiende en vano el vástago precioso;
O con breve dolor, ó sin herida,
Cede al fin tu beldad envanecida.

Y tú tambien, oh cándida azucena,
Tiendes de nieve las brillantes alas,
Y de fragancia y granos de oro llena
Desplegas noble tus altivas galas;
Yo la inocencia de tu faz serena
Amo, y el dulce bálsamo que exhalas;
Mas si el oro á tu seno se confía,
¿Qué fuego anima tu belleza fría?

Yo en tu cáliz purísimo le miro,
Clavel ardiente, que en el prado ameno
Vences la rica purpura de Tiro,
La roja aurora en el azul sereno:
O ya la nieve con gracioso giro
Manche el color de tu rizado seno,
Alzas en el jardin tu frente hermosa,
Rival de la azucena y de la rosa.

Mas ya que no á tu flor, tu airosa rama
Ni balsámico olor tu gloria fies,
Sabes el noble fuego que te inflama,
Y de su gloria y tu poder te engriés.
Del genio ostentan la brillante llama
Tus encendidas hojas carmesíes;
Mas ay! mintiendo adulacion traidora
La afrenta tu altivez aja y desdora.

Ni vosotras, oh lilas! que la frente
Ceñís al tronco maternal altivas,
Pomposo en hoja, en ramas floreciente,
Hoy vuestro triunfo aplaudireis festivas;
Amo aspirar el perfumado ambiente,
Cuando bañais sus alas fugitivas;
Mas sois en cuna altísima mecidas,
No sombra á recibir, á dar nacidas.
¿Qué á mí la varia flor con que tu cima,
Amor al uso, altiva se engalana,
Si la inconstancia tu color anima,
Rival ó de la nieve ó de la grana?
Si hay quien vuestra beldad eterna estima,
Qué la ley del amor resiste ufana,
¡Oh siemprevivas! circundad su frente;
¡Nada pidais á un corazón ardiente!
Tú le hablas, ay! admiración de Flora,
¡Oh milagrosa, oh dulce sensitiva!
Toma en tí la modestia encantadora
Virgíneo velo que el amor aviva:
Mas si á la noche, al aura silbadora
Niegas prudente tu hermosura esquivada,
El beso tan sabroso diferido
¿Porqué no premia al amador rendido?
Eres, di, por ventura más modesta
Que la violeta pálida, amorosa,
Cuya beldad oculta en la floresta,
Revela solo el aura bulliciosa?
Salve ¡oh divina flor! tu encanto presta
Al arpa que decir tus glorias osa,
Y tu virtud y tu beldad proclama,
Y noble reina del jardín te llama.
Yo te miro nacer donde resbala

Sonante arroyo entre quijuelas de oro.
Brotas humilde entre la verde gala,
Creces oculta, espléndido tesoro.
El aroma dulcísimo que exhala
Tu cáliz, lleva el céfiro sonoro,
Y entre la rosa y el clavel ardiente
Hay quien tu aroma delicado siente.

Y si bajo las hojas maternas
Te hallan en sabia oscuridad envuelta,
Mira la luz tus gracias virginales,
De tu tallo sutil la gracia esbelta;
No á fascinar los corazones sales
Como la rosa altiva y desenvuelta:
Bella, débil, modesta, halagadora,
¿Quién es el que te mira, y no te adora?

Crece ¡oh tímida flor! do quiera veas
Latir de amor un corazón sensible
Emblema dulce de su fuego seas,
Su amada como tú, bella, apacible;
Y pues de Flora el reino enseñoas,
Y yo canté tu triunfo bonancible,
El aura que tu bálsamo respira
Hiera también las cuerdas de mi lira.

LA PUENTE Y APECECHEA. (D. FERMIN DE)

Caupolican en la prueba del tronco.

Ya la rosada aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores:
Ya los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,

Aclarando aquel valle la luz nueva,
Cuando Caupolican viene á la prueba,

Con un desden y muestra confiada,
Asiendo del troncon duro y nudoso,
Como si fuera vara delicada

Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció maravillada

De ver el fuerte cuerpo tan nervoso:

La color á Lincoya se le muda,

Poniendo en su victoria mucha duda:

El bárbaro sagaz despacio andaba,

Y á toda priesa entraba el claro dia:

El sol las largas sombras acortaba;

Mas él nunca descrece en su porfía:

Al ocaso la luz se retiraba;

Ni por eso flaqueza en él habia:

Las estrellas se muestran claramente;

Y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta

Del tenebroso albergue húmedo y frio,

Desocupando el campo y la floresta,

De un negro velo lóbrego y sombrío.

Caupolican no alfoja de su apuesta;

Antes con nueva fuerza y mayor brío

Se mueve y representa de manera,

Como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos ejidos

La esposa de Titon ya parecia,

Los dorados cabellos esparcidos

Que de la fresca helada sacudia,

Con que á los mustios prados florecidos

Con el húmedo humor reverdecia,

Y quedaba engastado así en las flores

Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado,
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del sol, y el esforzado
Varon, el grave peso sosteniendo
Acá y allá se mueve no cansado,
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer, corriendo á prisa.

La luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilatada
Al fin turbia, encendida y perezosa
De rostro y luz escasa se mostraba:
Paróse al medio curso mas hermosa
A ver la estraña prueba en que paraba,
Y viéndola en el punto y ser primero,
Se derribó en el ártico hemisferio.

Y el bárbaro en el hombro la gran viga
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga
Tendido habia los rayos de su lumbre;
Y el hijo de Leocan en el semblante
Mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedia,
Y un salto dió en lanzándole disforme
Mostrando que aún mas ánimo tenia:
Y el circunstante pueblo en voz conforme
Pronunció la sentencia y le decia:
Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grande carga que tomamos.

ERCILLA. (D. ALONSO DE)

Epistola á Fabio.

Fabio, las esperanzas cortesanias
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al más activo nacen canas.

El que no las limare, ó las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor, que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso
Primero estar suspenso que caído;

Que el corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dió al prudente,
Que supo retirarse la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado,
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Astrea fué, cuanto regia
Con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía,
Del inícuo procede y pasa al bueno:
¿Qué espera la virtud, ó que confía?

Ven, y reposa en el materno seno

De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno:

Adonde, por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
Blanda le sea al derramarla encima:

Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro,
O cuando su pabon nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro
Como en la oscura noche del Egéo
Busca el piloto el eminente faro:

Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: *lo que desprecio he conseguido*:
Que la opinion vulgar es desvaneó.

Más precia el ruiñeñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,

Que agradar lisonjero las orejas
De algun príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios,
Augur de los semblantes del privado.

Cese el ánsia y la sed de los oficios:
Que acepta el don, y burla del intento
El ídolo, á quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,
Y no te pasarás de hoy á mañana,
Ni quizá de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?
Oh! error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas

Del Senado y romana monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras

¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
Do apenas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?

¿Qué mas que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvario!
¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver, que me desvio
De la vida viviendo, y que esté unida
La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los rios, que en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad, ¿qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo á dicha, en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, ántes que llegue
Aquel forzoso término postrero:

Antes que aquesta miés inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano:

Las hojas, que en las altas selvas vimos,
Cayeron; y nosotros á porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos.

Temamos al Señor, que nos envia
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardía.

No imitemos la tierra, siempre dura

A las aguas del cielo y al arado;
Ni la vid, cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú, que fué criado
El varon para rayo de la guerra,
Para sulcar el piélagos salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco, donde el sol siempre camina?
¡Oh quién así lo entiende, cuánto yerra!

Esta nuestra porcion alta y divina
A mayores acciones es llamada,
Y en más nobles objetos se termina.

Así aquella, que al hombre solo es dada,
Sacra razon y pura, me despierta
De esplendor y de rayos coronada;

Y en la fría region, dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder, que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente,
Que no afecto los nombres ni la fama.

El soberbio tirano del Oriente,
Que maziza las torres de cien codos
Del cándido metal puro y luciente,

Apénas puede ya comprar los modos
De pecar; la virtud es mas barata,
Ella consigo misma ruega á todos.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe

Naturaleza al parco y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto y leve.

No, porque asi te escribo, hagas conceto
Que pongo la virtud en ejercicio:
Que aun esto fue dificil á Epicteto.

Basta al que empieza á aborrecer el vicio,
Y el ánimo enseñar á ser modesto:
Despues le será el cielo mas propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuan forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duracion de todo á su talento.

Flor la vimos primero, hermosa y pura;
Luego materia acerba y desabrida;
Y perfecta despues, dulce y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones,
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios, que imite estos varones,
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:

Esos inmundos, trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.

¡Cuan callada, que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!

¡Que gárrula y sonante por las cañas!
¡Que muda la virtud por el prudente!

¡Que redundante y llena de ruido
Por el vano ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido,

No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no le note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado.
Hubo ya quién bebió tan ambicioso,
Como en el vaso murinopreciado;

Y alguno tan ilustré y generoso,
Que usó, como si fuera vil gaveta,
Del cristal trasparente y luminoso.

¿Sin la templanza viste tú perfecta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta:

No en la tonante máquina, preñada
De fuego y de rumor: que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad; y mi albedrío
Con ella se compone y se concierne.

No te burles de ver cuanto confío,
Ni al arte de decir, vana y pomposa,
El ardor atribuyas de este brio.

¿Es por ventura menos poderosa
Que en el vicio de la virtud? ¿es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte

Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte:

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro:
De cuanto simple amé rompí los lazos.

Ven, y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

RIOJA. (D. FRANCISCO DE)

La tempestad y la guerra, ó el combate de Trafalgar.

Cantar victorias mi ambicion, sería;
Pero sabed que el Dios de la armonía,

Dispensador de gloria,
El favor de Fortuna en poco estima,
Y solo el valor ínclito sublima

Con inmortal memoria.
Ved aún brillando aquellas en su templo,

Que vieron las Termópilas, ejemplo
De varonil constancia;

Y los que sucumbieron, no domados,
Bajo los tristes muros abrasados

De la infeliz Numancia.
Hay á quien de la cuna alza el destino

Para llevarle siempre por camino
De dóciles laureles;

Las dichas van volando ante sus pasos,
Y en manos de ellas pierden los acasos

Sus espinas, crueles,
Héroes, si ya no dioses, el inmenso

Vulgo los aclama; mas en tanto incienso

Yo mi razon no ofusco;

Y de Belona en el dudoso empeño,

Donde muestra Fortuna airado el ceño;

Allí los héroes busco.

¡Oh constancia! ¡Oh del alma ardiente brío!

Tiende la inmensa vista, excelsa Clio,

Por esos mares vastos;

Tiéndela, que á pesar de hados malignos,

Nunca la habrán parado hechos más dignos

De tus gloriosos fastos.

Mira en baldon de Gades opulenta

Levantarse la furia mas sangrienta

De los senos oscuros;

Y de su ávida mano al mar lanzadas

Las calidoniás selvas, trasformadas

En fluctuantes muros.

Su envidia es la ciudad de Hércules bella,

Que en las puertas atlánticas descuella

Teniendo el mar á raya,

En ondas que postrándose á su frente,

Llegan cargadas de oro de occidente

A enriquecer su playa.

¡Qué de ministros venden á su encono,

Anglia infecunda, de las nieblas tronó,

Campos que el sol no mira,

Que, en sonrisa falaz, Flora reviste

De estéril verde en que la flor es triste

Y amor sin gloria espira!

Hidrópicos de aurivoro veneno,

Al mónstruo de codicia abren el seno

Contra la gloria hispana,

Cuando en horrendas máquinas de muerte

Hasta el precioso fruto se convierte
De la comarca indiana,
De su armada que en vano el mar rechaza
Al cielo, ó con abismos amenaza,
Hacen soberbia muestra:
No lo sufrís, alumnos esforzados
De los Bazanes, y de ardor llevados
Llanzais al mar la vuestra.
Y cual de opuestos vientos acosados
Cruzándose ennegrecen los nublados
Las etéreas campañas,
Y conturbando al mundo en su bramido,
Disputánse el eléctrico fluido,
Ferviente en sus entrañas;
Tal de ambas partes la batalla llega,
Y las alas flamíferas desplega,
Y nave á nave cierra,
Y libra ¡oh día de infeliz redombre!
Cuatro elementos juntos contra el hombre
En brazos de la guerra.
¡Quién entre torbellinos de humo denso,
Que á las aras de Marte, en digno incienso,
Mandan cóncavos bronce,
De férreos rayos el silbar sin cuento,
Y el ruido, que desquicia el firmamento
De sus eternos gonces;
Quién, de llamas y sangre en tanto lago,
Mástiles estallantes y alto estrago
De derrocadas moles;
Quién, al triste fulgor que el cuadro alumbraba,
Vuestros sangrientos rostros no columbra,
Oh jefes españoles!
Impávidos, de rojo humor teñidos,

O de sulfúreo polvo ennegrecidos,
Terribles, como en ciego
Combate de sacrilegos gigantes,
De los dioses los fulgidos semblantes,
Entre nubes de fuego.
Con ronca voz vuestro coraje entona
El metálico grito de Belona,
Que al combatiente inflama:
Ni se teme mortal, cuando á sus ojos,
De hirviente sangre ve raudales rojos,
Que el mismo al mar derrama.
Cuájase en hierro el aire, y se convierte
Cada átomo en un dardo de la muerte,
Cuyo enorme esqueleto,
Gozoso, en medio al golfo se levanta,
Viendo ejercerse allí, con furia tanta,
Su asolador decreto.
¡Oh cuál de juventud las flores siega,
O á perpétuo dolor la vida entrega!
A un brazo mutilado
Sucede el otro á la venganza presto,
O dura aún á pié firme el cuerpo inhiesto,
De su cerviz privado.
Más ay! que allí clara columna sube
De fuego al viento, y entre humosa nube
Desplómase al abismo
Cuerpos, cabezas, armas y maderos,
Y brazos que aún no sueltan los Aceros
Que empuñó el patriotismo.
Gime al estruendo el Trafalgar convulso,
Tiembla el Olimpo, cual si á duro impulso
De bárbaros Titanes
Nadando ardiendo fueran por las aguas

De Etna y Vesubio las hirvientes fraguas

Y á un tiempo mil volcanes

De espanto estremecidos los voraces

Mónstruos del mar, agólpanse fugaces

Hácia el Hercúleo estrecho;

De horror el cielo en nubes se encapota,

Y de escándalo al mar bramando azota

El aquilon deshecho,

Y de su misma cólera espumosa

Nace la tempestad, de desastrosa

Noche fatal presagio;

Marte á su aspecto enfrena el alarido;

Scila y Caribdis, alzan el ladrido,

Númenes de naufragio.

A devorar los desperdicios tristes

De hierro y fuego, y rápidos venistes,

Cual rayo, olas y vientos;

¡Oh noche, quién podrá espresar tu espanto!

¡Quién tu aflicción conmemorar sin llanto!

¡Quién contar tus lamentos!

Ceden, en fin, al elemento amargo

Naves, que domeñaron tiempo largo

Sus furoros altivos;

Los hombres se hunden, y por siempre ansioso

Se cierra el cauce del sepulcro undoso,

Donde descienden vivos.

Minerva, oh! salva al que en mejor fortuna,

Hasta el lecho del Sol desde la cuna

Surcó el terráqueo giro!

¡Urania, á aquel tu confidente auxilia!

Amor, ay! vuelve á una infeliz familia!

De ese el postrer suspiro!

Tristes! ¡Nadando hácia la patria amada,

Y ella esquivarse en sirtes erizada,
Que las olas esconden,
Y la muerte descubre! y á las voces
De los míseros náufragos, feroces
Ellas solas responden.

Jamás el tiempo eslabonar podría
Noche más dura à más horrible día;
Pero en tanto conflicto,
Quien tales hados superó constante
¿Dónde hallará peligro que quebrante
Su corazón invicto?

Donde? ¡oh Clió!... Mas tú de horrores tales
Con buril de oro, en tablas inmortales
Libras de olvido el daño;
Escribes, y la fama los publica
Nombres que el eco olímpico replica:

Gravina, Alava, Escaña;

Y cuántos más que de mi voz suprime
El mismo amor que en mi memoria gime.
Oh *Cosme!*... ¡Oh dura suerte!
Dadle eterno laurel, hijas de Apolo,
Que á un amigo infeliz le cabe solo
Darle llanto en su muerte.

Crisol de adversidad claro y seguro
Vuestro valor probó sublime y puro,
¡Oh marinos hispanos!
Troquel fué de la patria vuestra vida,
Que, al fin, vengada y siempre defendida
Será por vuestras manos.

Rinda al Leon y al águila Neptuno
El brazo tutelar, con que importuno
Y esclavo al Anglia cierra;
Y ella os verá desde las altas popae

Lanzar torrentes de invencibles tropas
Sobre su infausta tierra.

Básteos, en tanto, el lúgubre tributo
De su muerto adalid, doblando el luto
Del Támesis umbrío;

Que, si llenos de honrosas cicatrices
Se os ve, para ocasiones mas felices,
Reservar vuestro brio;

Sois cual leon, que en líbico desierto,
Con garra atroz, del cazador esperto
Rompió asechanza astuta,

Que no inglorioso, aunque sangriento y laso,
Temido sí, se vuelve paso á paso
A su arenosa gruta.

ARRIAZA. (D. JUAN B.º)

Al Céfito.

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus,
Céfito blando:

Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,
Dile que muero.

Filis un tiempo mi dolor sabia;
Filis un tiempo mi dolor lloraba:
Quisome un tiempo, mas agora temo,
Temo sus iras.

Asi los dioses con amor paterno,
Así los cielos con amor benigno,
Nieguen al tiempo que feliz volares,
Nieve á la tierra.

Jamás el peso de la nube parda,
Cuando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros ni su mal granizo.
Hiera tus alas.

VILLEGAS.

Profecía del Tajo.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Caba en la ribera
De Tajo sin testigo:
El pecho sacó fuera
El río, y le habló desta manera:
En mal punto te goces,
Injusto forzador, que ya el sonido
Oyo ya y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.
Ay! ¡esa tu alegría
Qué llantos acarrea! y esa hermosa,
Que vió el sol en mal día,
A España ay! cuán llorosa,
Y al cetro de los godos cuán costosa!
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales,
A tí y á tus vasallos naturales.
A los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitania,
A toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cádiz llama

El injuriado conde, á la venganza,
Atento y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.

Oye, que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en África convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blande
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea:
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo:
Debajo de las velas desaparece
La mar: la voz al cielo
Confusa y varia crece:
El polvo roba el día y le oscurece.

Ay! que ya presurosos,
Suben las largas naves: ay! que tienden
Los brazos vigorosos
A los remos y encienden
Las mares espumosas, por do hienden.

El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el Hérculeo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.

¡Ay triste! y aún te tiene
El mal dulce regazo? ¿ni llamado
Al mal que sobreviene,
No acorres? ¿ocupado

No ves ya el puerto de Hércules sagrado?

Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

¡Ay cuánto de fatiga!
¡Ay cuánto de sudor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
A hombres y caballos juntamente!

Y tú, Betis divino,
De sangre ajena y tuya amancillado,
Darás al mar vecino
¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual á cada parte:
La sexta, ay! te condena,
Oh cara patria, á bárbara cadena.

Maravillas de la creacion.

Alaba, oh alma, á Dios. Señor, tu alteza
Qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza,
Y luz resplandeciente.
Encima de los cielos desplegados
Al agua diste asiento:
Las nubes son tu carro: tus alados
Caballos son el viento.
Son fuego abrasador tus mensajeros,
Y trueno y torbellino:

Las tierras sobre asientos duraderos
Mantienes de continuo.
Los mares las cubrían de primero
Por cima los collados:
Mas visto de tu voz el trueno fiero,
Huyeron espantados.
Y luego los subidos montes crecen:
Humíllanse los valles:
Si ya entre sí hinchados se enbravecen,
No pasarán las calles:
Las calles que les diste y los linderos;
Ni anegarán las tierras:
Descubres minas de agua en los oteros,
Y corre entre las sierras.
El gamo y las savajes alimañas
Allí la sed quebrantan,
Las aves nadadoras allí bañan,
Y por las ramas cantan.
Con lluvia el monte riegas de tus cumbres;
Y das hartura al llano:
Así das heno al buey; y mil legumbres
Para el servicio humano.
Así se espiga el trigo y la vid crece
Para nuestra alegría;
La verde oliva así nos respalce,
Y el pan da valentía.
De allí se viste el bosque y la arboleda
Y el cedro soberano,
Adonde anida el ave, adonde enreda
Su cámara el milano.
Los riscos á los corzos dan guarida,
Al conejo la peña:
Por tí nos mira el sol, y su lucida

Hermana nos enseña
Los tiempos. Tú nos das la noche oscura,
En que salen las fieras:
El tigre, que racion con hambre dura
Te pide y voces fieras:
Despiertas el aurora, y de consuno
Se van á sus moradas:
Da el hombre á su labor sin miedo alguno
Las horas situadas.
¡Cuán nobles son tus hechos: y cuán llenos
De tú sabiduría!
¿Pues quién dirá el gran mar, sus anchos senos,
Y cuantos peces cria?
¿Las naves, que en él corren, la espantable
Ballena, que le azota?
Sustento esperan todos saludable
De tí, que el bien no agota.
Tomamos, si tú das: tu larga mano
Nos deja satisfechos:
Si huyes, desfallece el ser liviano:
Quedamos polvo hechos.
Mas tornará tu soplo, y renovado
Repararás el mundo:
Será sin fin tu gloria, y tú alabado
De todos sin segundo.
Tú que los montes ardes, si los tocas,
Y al suelo das temblores;
Cien vidas que tuviera y cien mil bocas
Dedico á tus loores.
Mi voz te agradará y á mi este oficio
Será mi gran contento:
No se verá en la tierra maleficio,
Ni tirano sangriento.

Sepultará el olvido su memoria;
Tú, alma, á Dios da gloria.

FR. L. DE LEON.

Canciones entre el alma y Cristo.

La esposa.

Ayl ¿quién podrá sanarme?
Acaba de entregarte ya de vero:
No quieras enviarme
De hoy ya más mensajero;
Que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué, que quedan balbuciendo.

Mas ¿cómo perseveras,
Oh alma, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras
Las flechas, que recibes
De lo que del Amado en tí concibes?

¿Por qué, pues has llagado
Aqueste corazon, no le sanaste?
Y pues me lo has robado,
¿Por qué, así le dejaste,
Y no tomas el robo, que robaste?

Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos;
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos;
Y solo para tí quiero tenellos.

Descubre tu presencia,

Y máteme tu vista y hermosura:
Mira, que la dolencia
De amor no bien se cura
Sino con la presencia y la figura.
¡Oh cristalina fuente!
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo, en mis entrañas dibujados!
Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

El Alma.

Mi amado las montañas,
Los valles solitarios temerosos,
Las ínsulas extrañas,
Los rios sonoros,
El silbo de los aires amorosos:
La noche sosegada
En par de los levantes del aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora:
Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura teñido,
De paz edificado,
Con mil escudos de oro coronado.
A zaga de tu huella
Las jóvenes discuren al camino
Al toque de centella,
Al adobado vino,

Emisiones de bálsamo divino.

En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí que antes seguía.

Allí me dió su pecho;
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa:
Y yo le di de hecho
A mí, sin dejar cosa:
Allí le prometí de ser su esposa.

Mi alma se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio;
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio;
Que ya solo el amar es mi ejercicio.

Pues ya, si en el ejido
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Direis, que me he perdido:
Que andando enamorada
Me hice perdidiza y fui ganada.

De flores y esmeraldas,
En las frescas mañanas escojidas,
Haremos las guirnaldas,
En tu amor florecidas
Y en un cabello mio entretejidas:

En solo aquel cabello,
Que en mi cuello volar consideraste:
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste;
Y en uno de mis ojos te llagaste.

Cuando tú me mirabas,
Tu gracia en mí tus ojos imprimían;

Por eso me adamabas,
Y en eso merecían
Los míos adorar lo que en tí vian.

No quieras despreciarme:
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme
Después que me miraste:
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

Cogednos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña;
En tanto que de rosas
Hacemos una piña
Y no parezca nadie en la montaña.

Detente, ciervo muerto:
Ven, austro, que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran sus olores,
Y parecerá mi Amado entre la flores.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

Salicio.

¡Oh más dura que mármol á mis quejas,
Y al encendido fuego, en que me quemo,
Más helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aún la vida temo:
Témola con razon, pues tú me dejas;
Que no hay sin tí el vivir para que sea.
Vergüenza hé, que me vea
Ninguno en tal estado,
De tí desamparado,
Y aún de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
Donde siempre morasté, no pudiendo

De ella salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles, despertando
Las aves, animales y la gente:
Cuál por el aire claro va volando;
Cuál por el verde prado ó alta cumbre
Paciendo va segura libremente;
Cuál con el sol presente
Va de nuevo al oficio
Y al usado ejercicio,
Do su natura ó menester le enclina:
Siempre está en llanto esta ánima mezquina
Cuando la sombra el mundo va cubriendo
O la luz se avecina:

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Y tú de esta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por tí Salicio triste muera,
Dejas llevar, desconocida, al viento
El amor y la fé, que ser guardada
Eternamente solo á mi debiera.

Oh Dios! ¿por qué siquiera
Pues ves desde tu altura

Esta falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del cielo algun castigo?

Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿Qué hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba:

Por tí la verde yerba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba.
Ay! cuánto me engañaba!
Ay! cuán diferente era
Y cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces durmiendo en la floresta,
Reputándolo yo por desvarío,
Vi mi mal entre sueños, desdichado!
Soñaba, que en el tiempo del estío
Llevaba por pasar allí la siesta
A beber en el Tajo mi ganado;
Y después de llegado,
Sin saber de cuál arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo yo con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Tu dulce habla, en cuya oreja suena?
¿Tus claros ojos á quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
¿Tu quebrantada fé do la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos añudaste?
No hay corazón que haste,
Aunque fuese de piedra,

Viendo mi amada hiedra
De mi arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Que no se esperará de aquí adelante,
Por difícil que sea y por incierto,
O que discordia no será juntada?
Y juntamente, qué terná por cierto,
O qué de hoy mas no temerá el amante,
Siendo á todo materia por tí dada?
Cuando tú enajenada
De mí, cuitado, fuiste,
Notable causa diste
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
Que el más seguro tema con rezelo:
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente:
Dando á quien diste el corazón malvado,
Quitándolo de mí con tal mudanza,
Que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruido
Harán las bravas sierpes ya su nido:
Que mayor diferencia comprendo
De tí al que has escogido.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva lecho en el verano

Y en el invierno abundo en mi majada

La manteca y el queso está sobrado

De mi cantar, pues, yo te vi agradada

Tanto, que no pudiera el mantano

Títiro ser de tí mas alabado

No soy, pues, bien mirado

Tan disforme ni feo

Que aun agora me veo

En esta agua, que corre clara y pura,

Y cierto no trocará mi figura

Con ese, que de mí se esta riendo;

Trocará mi ventura:

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?

¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?

¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?

Si no tuvieras condicion terrible

Siempre fuera tenido de tí en precio,

Y no viera este triste apartamiento.

¿No sabes, que sin cuento

Buscan en el estío

Mis ovejas el frío

De la sierra de Cuenca, y el gobierno

Del abrigado extremo en el invierno?

¿Mas qué vale el tener, si derritiendo

Me estoy en llanto eterno?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen

Su natural dureza y la quebrantan:

Los árboles parece que se inclinan:

Las aves, que me escuchan, cuando cantan

Con diferente voz se condolecen,
Y mi morir cantando me adivinan:
Las fieras, que reclinan
Su cuerpo fatigado,
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste;
Tú sola contra mí te endureciste,
Los ojos aún siquiera no volviendo
A lo que tú hiciste:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que á socorrerme aquí no vienes,
No dejes el lugar que tanto amaste;
Que bien podrás venir de mí segura:
Yo dejaré el lugar, do me dejaste:
Ven, si por esto solo te detienes:
Ves aquí una espesura,
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de tí con lágrimas me quejo:
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede:
Que pues el bien le dejo,
No es mucho que el lugar también le quede.

GARCILASO DE LA VEGA.

A un amigo en la muerte de su hermano.

Es justo, sí: la humanidad, el dendo,
Tus entrañas de amor, todo te ordena
Sentir de veras, y regar con llanto
Ese cadáver para siempre inmóvil,
Que fué tu hermano. La implacable muerte
Abrió sin tiempo su sepulcro odioso,
Y derribóle en él. Ay! á su vida

¡Cuántos años robó, cuánta esperanza!
¡Cuánto amor fraternal! y ¡cuánto, cuánto
Miserable dolor y hondo recuerdo
A su hermano adelanta y sus amigos!
Vive el malvado atormentando, y vive
Y un siglo entero de maldad completa:
Y el honrado mortal, en cuyo pecho
La bondadosa humanidad se abriga,
Nace y deja de ser! Ay! llora, llora,
Caro Fernandez, el fatal destino
De un hermano infeliz: tambien mis ojos
Sabén llorar, y en tu afliccion presente
Más de una vez á tu amistad pagaron
Su tributo de lágrimas. ¡Si el Cielo
Benigno oyera los sinceros votos
De la ardiente amistad! Al punto, al punto
Hácia el cadáver de tu amor volando
Segunda vida le inspirara, y ledo
Presentándole á tí, toma, dijera,
Vuelve á tu hermano y á tu gozo antiguo:
Mas, ay! el hombre en su impotencia triste
No puede más que suspirar deseos.
La losa cae sobre el voraz sepulcro,
Y cae la eternidad; y en vano, en vano
Al que en su abismo se perdió le llaman
De acá las voces del mortal doliente;
Ni poder, ni virtud, ni humildes ruegos,
Ni el ay de la viudez, ni los suspiros
De inocente horfandad, ni los sollozos
De la amistad, ni el maternal lamento,
Ni amor, el tierno amor, alma del mundo,
Nada penetra los oídos sordos
De la muerte insensible. Nuestros ayes

A los umbrales de la tumba llegan,
Y escuchados no son: que los sentidos
Allí cesaron, la razon es muda,
Helóse el corazon, y las pasiones.
Y los deseos para siempre yacen.
Yacen, sí, yacen, el dolor empero
Tambien con ellos para siempre yace,
Y la vida es dolor. Llama á tus años,
Caro Fernandez: sin pasion pregunta
Que has sido en ellos, y con tristes voces
Dirán: «Si un dia te rió sereno,
Ciento y ciento tras él tempestuosos
Tronando sobre tí, huellas profundas
De mal y de temor solo dejaron.»
Hórrido yermo de inflamada arena,
Do entre aridez universal y muerte
Solitario tal vez algun arbusto
Se esfuerza á verdecir, tal es la imágen
De esta vida cruel, que tanto amamos.
Enfermedad, desvalimiento, lloro,
Ignorancia, opresion; este cortejo
Nos espera al nacer, y apesadumbra
La hermosa candidez de nuestra infancia,
Que en nada es nuestra. Los demás ordenan
Á su placer de nuestro débil cuerpo,
Y nuestra mente á sus antojos sirve.
Si nuestro llanto su indolecencia ofende,
Manda que pare su feroz dureza,
Y su bárbara mano enfurecida
Sobre nosotros cae. Niño infelice,
Llora ya, llora, cuando apenas naces,
De la injusticia la opresion sangrienta,
Y el desprecio, el baldon y tantos males,

Preludios ¡ay! de los que en pos te aguardan:
Tus años correrán, y por tus años
Hombre te oirás decir: mas siempre niño
Entre niños serás. Injusto y justo,
Opresor y oprimido todo á un tiempo,
De tus pasiones en el mar furioso
Perdido nadarás. En lucha eterna
De acciones y deseos, mal seguro
No sabrás que querer, y fastidiado
Con lo presente, volarás ansioso
A otro tiempo y lugar, buscando siempre
Allá tu dicha donde estar no puedas.
¿Y que valdrá, que en tu virtud contento
Goces contigo, si mirando en torno
Verás la humanidad acongojada
Largamente gemir? Despedazado
Tu tierno corazon verá los males,
Querrá aliviarlos, no podrá, y el lloro
Solo un estéril lloro es el consuelo,
Que puede dar su caridad fogosa.
¿Hay pena igual á la de oír al triste
Sufrir sin esperanza? ¡Oh muerte, muerte:
Oh sepulcro feliz! ¡Afortunados
Mil mil veces los que allí en reposo
Terminaron los males! Ay! al menos
Sus ojos no verán la escena horrible
De la santa virtud atada en triunfo
De la maldad al victorioso carro.
No escucharán la estrepitosa planta
De la injusticia quebrantando el cuello
De la inocencia desvalida y sola.
Ni olerán los sacrílegos inciensos,
Que del poder en las sangrientas aras

La adulacion escandalosa quema.
¿Oh, cuánto no verán? ¿Por qué lloramos,
Fernandez mio, si la tumba rompe
Tanta infelicidad? Enjuga, enjuga
Tus dolorosas lágrimas; tu hermano
Empezó á ser feliz: sí, cese, cese
Tu pesadumbre ya. Mira que aflige
A tus amigos tu doliente rostro,
Y á tu querida esposa y á tus hijos.
El pequeñuelo Hipólito suspenso,
El dedo puesto entre sus frescos lábios,
Observa tu tristeza y se entristece:
Y marchando hácia atrás llega á su madre,
Y la aprieta una mano, y en su pecho
La delicada cabecita posa,
Siempre los ojos en su padre fijos.
Lloras y llora, y en su amable llanto
¿Qué piensas que dirá? «Padre, te dice,
¿Será eterno el dolor? ¿No hay en la tierra
Otros cariños que el vacío llenen,
Que tu hermano dejó? Mi tierna madre
Vive y mi hermana, y para amarte viven,
Y yo con ellas te amaré. Algun dia
Verás mis años juveniles llenos
De ricos frutos, que oficioso ahora
Con mil afanes en mi pecho siembras.
Honrado, ingénuo, laborioso, humano,
Esclavo del deber, amigo ardiente,
Esposo tierno, enamorado padre,
Yo seré lo que tú. ¡Cuántas delicias
En mí te esperan! Lo verás: mil veces
Llorarás de placer y yo contigo.
Mas vive, vive: que si tú me faltas,

¡Oh pobrecito Hipólito sin sombra!
Ay! qué será de tí, huérfano y solo?
No, mi dulce papá: tu vida es mía.
No me la abrevies traspasando tu alma
Con las espinas de la cruel tristeza.
Vive, sí, vive, que si el hado impío
Pudo romper tus fraternales lazos,
Hermanos mil encontrarás do quiera,
Que amor es hermandad y todos te aman.
De cien amigos que te rien tiernos,
Adopta alguno, y si por mí te guías,
Nicasio en el amor será tu hermano.»

CIENFUEGOS. (D. NICASIO ALVÁREZ)

La Dalia.

—«La Dalia es hermosa» cantaban las aves,
Volando ligeras en torno á la flor:
La flor ocultaba sus hojas suaves,
Temblando inocente de casto pudor.

«¿Qué tiene la esquivá, las aves decían,
Que guarda su cáliz del sol celestial?»
Y más afanosas sus alas batían,
Y más se ocultaba la flor virginal.

Las aves dijeron: «¿Te causa congojas
El vuelo oficioso del aura sutil?»
La flor por respuesta cerró más sus hojas,
Y lento doblóse su talle gentil.

Huyeron las aves, y tímida y pura
Abrió muy despacio sus hojas la flor:
Fecunda brillaba su casta hermosura...
¡Oh brilló fecundo del casto pudor!

La tempestad.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire trasparente por la region azul?

¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del Zenit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?

¿Con qué secreto impulso por el espacio van?

¿Qué sér velado en ellas atravesando viene

Sus cóncavas llanuras, que sin lumbrera están?

¡Cuál rápidas se agolpan! ¡Cuál ruedan y se
ensanchan

Y al firmamento trepan en lóbrego monton,

Y el puro azul alegre del firmamento manchan

Sus misteriosos grupos en torva confusion!

Resbalan lentamente por cima de los montes,

Avanzan en silencio sobre rugiente mar,

Los huecos oscurecen de entrambos horizontes

El orbe y las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas: huyeron las estrellas:

Su claridad escasa la inmensidad sorbió:

Ya reinan solamente por los espacios ellas;

Do quier se ven tinieblas, mas firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle

Del tenebroso velo que le embozó detrás,

Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarle,

Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.

¡Las nubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan

Sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por do quier!

A cada instante que huye la lóbreguez aumentan,

Y se las ve en montones sus limites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos

Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusion,

Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
Ya de movibles mónstruos aligero escuadron.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos,
Las desiguales copas y el campo desigual,
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
Cuando retumba el trueno y cuando va bravia
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
El Hacedor supremo del Universo va.
Y envuelto en sus vapores sus senos mas profundos
Estudia, y sus cimientos, por si caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda
Con impotente saña caminará Luzbel,
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda
Agolpará sus nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Sinai,
En tanto que el ardiente misterio impenetrable
Que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios.
Acaso será alguna la que en los mares toma
Las aguas de un diluvio que le acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! la noche azul serena
Me dice desde lejos: «Tu Dios se esconde allí,»
Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice mas pujante: «Tu Dios se acerca á tí.»

Te acercas, si; conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo

Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que vogan en tropel:
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos semblantes, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crugiente son,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas,
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia
Mas que una arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el dia: tu soplo la existencia:
Tu sombra el firmamento: la eternidad tu sér.

¡Señor! yo te conozco, mi corazon te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus piés está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al harpa del poeta,
Si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,
Mi corazon henchido del fuego del profeta
Cantara; y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera mas dulce que el ruido de las hojas
Mecidas por las auras del oloroso Abril,
Mas gratas que del Fénix las últimas congojas,
Y mas que los gorgéos del ruiseñor gentil.

Mas grave y magestuosa que el eco del torrente
Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Mas grande y mas solemne que sobre el mar hirviente
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! que solo puedo postrarme con mi lira
Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta espira
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Aunque mi vista impura tu aparicion no ve,
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fé.

ZORRILLA.



FIN.

INDICE.

PROSA.

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria	3
Soliloquio de D. Quijote cuando hizo la primera salida de su aldea.	5
Id. de Sancho yendo al Toboso en busca de Dulcinea.	6
Razonamiento de Hernán Cortés á sus soldados, animándolos para la empresa de Méjico	8
Del mismo contra Pamfilo de Narvaez	10
De un Germano al Senado de Roma.	12
De D. Fernando el Zaguer á los Moriscos de la Alpujarra, exhortándolos á levantarse contra los Españoles	19
Oracion inaugural en la apertura del Instituto Asturiano.	22
Pintura de la edad de oro	38
Descripcion de la ciudad de Sevilla	40
De la paz de una noche serena	42
Mision de los apóstoles. — Doctrina de Jesus.	44
Mano de Dios.	47
Delicias de la virtud.	49
Meditacion tercera	51
Lamentable ceguera de los indiferentes en religion	53
De la creacion y del establecimiento de la Iglesia	56

La Maternidad	60
Fragmento de un discurso sobre la Biblia.	67
¿Entre que gentes estamos?	73
Las sillas del Prado	83
Entrada de los franceses	94

VERSO.

El coche en venta	101
La despedida	105
La espigadera	106
Mas vale trocar	107
La mas bella niña	109
El amante tímido	110
La tortolilla	112
La buena vida	113
De este modo ponderaba	114
La cena	115
Descripcion satírica de Madrid	119
Las tres bellezas ,	121
El reloj	127
Cancion pastoril	131
La niña de ojos negros	135
El ultraje	139
Indignacion de España.—Declaracion de guerra, etc.	144
¡Ay mísero de mi! ¡ay infelice!	152
Epigramas	154
Salve llama creadora del mundo	156
La Providencia	158
Á Tirsis	159
Al tiempo	id.
Á la rosa	160

La corona de Flora.	161
Caupolican en la prueba del tronco	164
Epístola á Fabio.	167
La tempestad y la guerra	173
Al céfiro	179
Profecía del Tajo.	180
Maravillas de la creacion	182
Canciones entre el alma y Cristo.	185
Salicio	188
A un amigo á la muerte de su hermano	193
La Dalia	198
La tempestad.	199

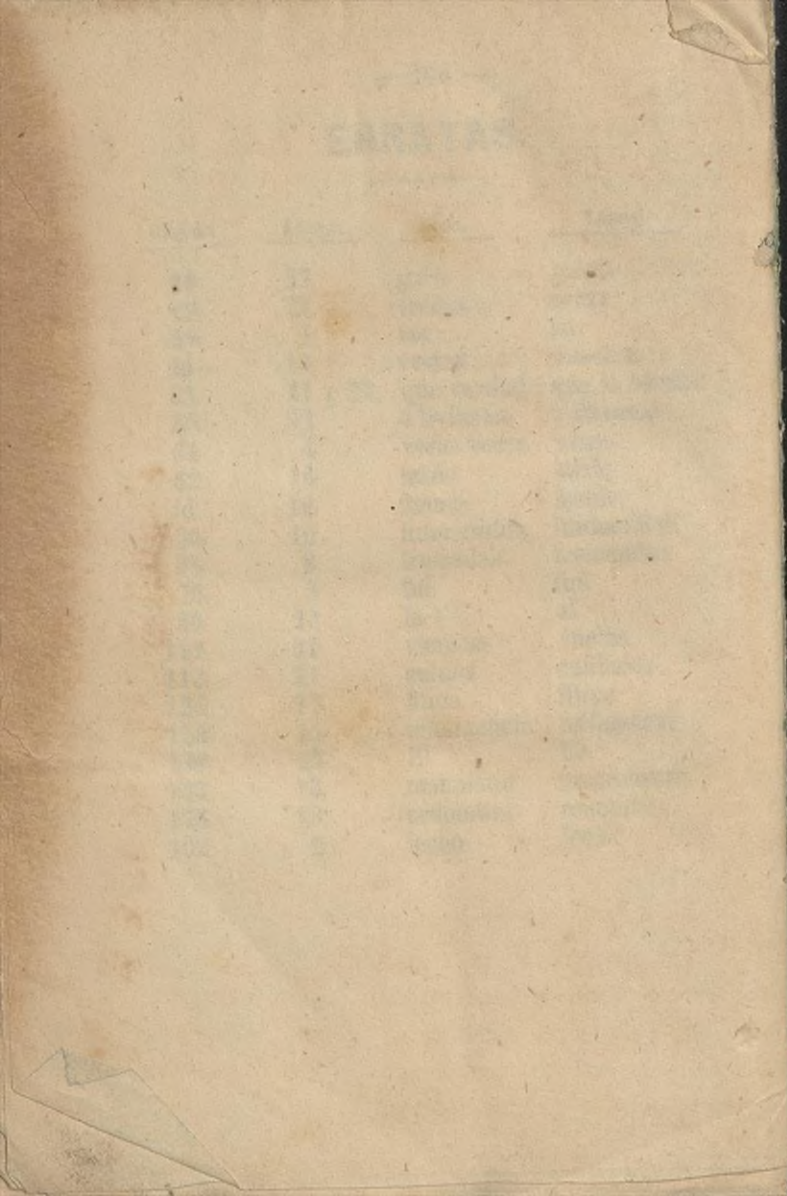


ERRATAS.

<u>Página</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
16	27	¿cómo	¿cómo
28	23	orilla	orilla
29	1	tos	los
id	16	vestra	vuestra
31	21 y 22	que verdad	que la verdad
38	22	é livianas	y livianas
61	4	veces veces	veces
62	10	tardo	tarde
id	16	frente	frente
66	10	humanidda	humanidad
68	8	tremedas	tremendas
75	9	fuí	fué
80	22	la	al
112	31	vuelvas	vuelas
113	31	cuidos	cuidados
124	17	fiuye	fluye
126	15	inteligencia	indigencia
130	25	El	Es
143	13	monuento	monumento
175	18	redombre	renombre
192	2	lecho	leche

ERRATA

Page	Line	Correction	Page
10	1	los	10
10	2	los	10
10	3	los	10
10	4	los	10
10	5	los	10
10	6	los	10
10	7	los	10
10	8	los	10
10	9	los	10
10	10	los	10
10	11	los	10
10	12	los	10
10	13	los	10
10	14	los	10
10	15	los	10
10	16	los	10
10	17	los	10
10	18	los	10
10	19	los	10
10	20	los	10
10	21	los	10
10	22	los	10
10	23	los	10
10	24	los	10
10	25	los	10
10	26	los	10
10	27	los	10
10	28	los	10
10	29	los	10
10	30	los	10
10	31	los	10
10	32	los	10
10	33	los	10
10	34	los	10
10	35	los	10
10	36	los	10
10	37	los	10
10	38	los	10
10	39	los	10
10	40	los	10
10	41	los	10
10	42	los	10
10	43	los	10
10	44	los	10
10	45	los	10
10	46	los	10
10	47	los	10
10	48	los	10
10	49	los	10
10	50	los	10



cederse á un terreno desmontado á su placer; los arbustos de jazmines, y los jazmines, formaban una sombra á cuya sombra hacian por pajaritas y gumbres.

Los nidos abundan en aquel sitio, donde todo tomaba á la ligera.

Altho vió en un árbol un nido con toda la fuerza de sus pulcritudines conyugal, astísticamente la hembra estaba acurrucada.

—¿Veis en aquella rama canta con tanta gracia vestida maveral?

Admirada ante una pregunta con el penoso objeto de averiguar el joven miró al que no se atrevió á semejante cambio de color que burla.

Altho esperaba aquel efecto.

—En verdad, alma mia, no creo que pienso en ninguna cosa de vos. en estos breves instantes no he podido hablar sin testigos como si fuerais de nuestra última entrevista. Motte?

Aquella conversacion

